EL FILO DEL FUTURO
HOWARD FAST



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

LOS PRIMEROS HOMBRES

Por correo aéreo
Calcuta, India
4 de noviembre de 1945

Señora Jean Arbalaid
Washington D. C.

Mi querida hermana:

La encontré. La vi con mis propios ojos, y descubrí así la utilidad de mi vida: investigar más allá de los mares los caprichos antropológicos de mi hermana. Algo, en todo caso, superior al aburrimiento. No deseo volver a casa y no daré explicaciones. Soy un neurótico, un inestable, un hombre sin rumbo. Obtuve mi licencia absoluta en Karachi, como sabes, y me hace muy feliz ser un ex GI y un turista, pero me bastaron solamente unas pocas semanas para aburrirme de la distracción. Me alegró mucho, por lo tanto, que me encomendaras una misión. Y la misión ha sido cumplida.

Podía haber sido más excitante. En verdad la breve noticia de la Associated Press que me enviaste era completamente exacta. El villorrio de Chunga está en Assam. Fui allá en avión, en tren de trocha angosta y en carro de bueyes; un viaje bastante agradable en esta época del año en que el calor ya ha bajado la cabeza. Allí vi a la muchacha, que tiene ahora catorce años de edad.

Conoces la India, y sabes que los catorce años es una edad adulta para una muchacha en estas partes del mundo; la mayoría se ha casado ya a los diez. Y no hay problema acerca de la edad. Hablé extensamente con los padres, quienes identificaron a la niña por dos marcas de nacimiento muy claras. Los parientes y otros habitantes de la aldea certificaron la identificación; todos recordaron las marcas de nacimiento. Circunstancia muy poco rara y muy poco notable en estas pequeñas aldeas.

La niña se perdió a los ocho meses de edad; una historia común: los padres trabajan en el campo, dejan a la criatura en el suelo, y la criatura desaparece. No puedo decir si andaba o no a gatas a esa edad; en todo caso era una niña sana, vivaracha y curiosa, en esto están todos de acuerdo.

Nunca sabremos cómo fue la niña a vivir entre los lobos. Probablemente se la llevó una hembra que había perdido a sus crías. Es la historia más probable, ¿verdad? Este no es el *lupus* de la variedad europea, sino el *pallipes*, su primo local; un animal, sin embargo, respetable por su tamaño y sus maneras, y con el que no es agradable tropezar en una noche oscura. Hace dieciocho días, cuando encontraron a la niña, los aldeanos tuvieron que matar cinco lobos para llevársela, y ella misma luchó como un demonio escapado del infierno. Había vivido como una verdadera loba durante trece años.

¿Se conocerá alguna vez la historia de esa vida lobuna? No lo sé. En la práctica la niña es una loba. No se sostiene erguida y no es posible corregirle la curvatura de la espina dorsal. Corre en cuatro patas y tiene los nudillos cubiertos de gruesos callos. Tratan que ella emplee las manos para asir y tomar, pero sin éxito. Se arranca los vestidos que le ponen, cualesquiera que sean, y hasta ahora no ha podido comprender el significado del lenguaje, y mucho menos hablar. El antropólogo hindú Sumil Gojee ha estado trabajando en el caso la semana pasada, y tiene pocas esperanzas a que alguna vez sea posible comunicarse realmente con ella. De acuerdo con nuestro modo de ver y medir las cosas es una idiota total, una imbécil infantil, y es probable que siga siéndolo durante el resto de su vida.

Por otra parte, tanto el profesor Gojee como el doctor Chalmers, funcionario de sanidad del gobierno, quien vino de Calcuta para examinar a la criatura, están de acuerdo en que no existen elementos físicos o hereditarios que expliquen ese estado mental, pues no hay deformación en la zona craneana, ni antecedentes de imbecilidad en la familia. Todos los habitantes de la aldea atestiguan la normalidad, y en verdad la vivacidad y la lucidez que ella mostraba cuando era pequeña; y el profesor Gojee subraya que para sobrevivir a trece años de vida entre los lobos son necesarias sin duda una inteligencia y una adaptabilidad notables. La niña responde muy bien a las pruebas de acción refleja, y neurológicamente parece estar sana. Es fuerte -más de lo que corresponde a una niña de trece años de edad-, resistente, rápida de movimientos, y tiene un olfato y un oído increíblemente desarrollados.

El profesor Gojee ha examinado antecedentes de dieciocho casos análogos registrados en la India en los últimos cien años, y dice que en todos el niño recuperado era idiota, desde nuestro punto de vista, o un lobo, considerado objetivamente. Señala que sería incorrecto llamar a esta niña idiota o imbécil, como no podemos llamar idiota o imbécil a un lobo. La niña es una loba, quizá una loba muy superior, pero loba de todos modos.

Estoy preparando un informe mucho más completo sobre todo este asunto. Entretanto, esta carta resume los hechos pertinentes. En cuanto al dinero, estoy bien provisto, en verdad, con los mil cien dólares que gané a los dados. Cuídate, cuida de tu brillante marido, y cuida del Servicio de Salud Pública.

Cariños y besos
Harry

Por cable
HARRY FELTON
HOTEL EMPIRE
CALCUTA, INDIA.
10 DE NOVIEMBRE DE 1945.

NO ES CAPRICHO, HARRY, SINO ALGO REALMENTE SERIO. FELICITACIONES. CASO ANÁLOGO EN PRETORIA. HOSPITAL GENERAL, DOCTOR FÉLIX VANOTT. TODO ARREGLADO CON TRANSPORTE AÉREO.

JEAN ARBALAID

Por correo aéreo
Pretoria, Unión Sudafricana
15 de noviembre de 1945

Señora Jean Arbalaid
Washington D. C.

Mi querida hermana:

Son evidentemente muy expeditivos, tú y tu marido, y desearía saber si esta cualidad puede atribuirse, en parte al menos, a la edad cándida en que están ahora. Supongo que podrán decírmelo a su debido tiempo. Pero en todo caso vuestras prioridades son respetadas. Me llevé por delante a todo un coronel y no tardé en dirigirme rápidamente al África del Sur, hermoso país de clima agradable, y, estoy seguro, de gran porvenir.

Vi al muchacho, al que tienen todavía en el Hospital General de esta ciudad, y pasé una noche con el doctor Vanott y una joven y bastante atractiva dama cuáquera, la señorita Gloria

Oland, antropóloga que trabaja entre los bantúes preparando su doctorado. Como ves, podré aportar cierta cantidad de material básico, que crecerá cuando desarrolle mis relaciones con la señorita Oland.

Superficialmente, el caso se parece mucho al de Assam. Allí era una niña de catorce años; aquí un bantú de once. A la niña la criaron los lobos; el niño ha sido criado por los mandriles, y lo rescató un cazador blanco llamado Archway, un tipo fuerte y silencioso, salido directamente de Hemingway. Por desgracia, Archway tiene un temperamento desagradable y no le gustan los niños, y cuando el muchacho lo mordió, lo que es comprensible, casi lo mata a latigazos. «Lo domó», como dice él.

Pero en el hospital el niño ha recibido la mejor atención y un afecto razonable aunque científico. No hay modo de dar con la pista de sus padres, pues los mandriles de Basutolandia son grandes viajeros, y quién sabe dónde lo habrán recogido. La edad que se le atribuye es una conjetura médica, pero una conjetura razonable. No hay dudas en cambio de su origen bantú. Es hermoso, de brazos y piernas largos, muy fuerte, y no tiene señales de lesión craneana. Pero como la muchacha de Assam, y desde nuestro punto de vista, es idiota e imbécil.

En otras palabras: es un mandril. Habla como un mandril. Se diferencia de la muchacha en que es capaz de utilizar las manos para tomar y examinar las cosas, y muestra una curiosidad más activa; pero esto, me asegura la señorita Oland, es lo que distingue a un lobo de un mandril.

También en él la curvatura de la espina dorsal es permanente; anda a cuatro patas como los mandriles y en el dorso de los dedos y las manos tiene gruesos callos. Se arrancó las ropas la primera vez que lo vistieron, y luego las aceptó, pero también esto es característico del mandril. La señorita Oland espera que él podrá aprender a hablar, al menos de modo rudimentario, pero el doctor Vanott no está muy seguro. Debo anotar, incidentalmente, que en los dieciocho casos de los que habla el profesor Gojee no hubo uno solo donde se aprendiera el lenguaje humano más allá de sus elementos básicos.

Así le ocurrió al héroe de mi infancia, Tarzán de los Monos, y así les ocurre a las nobles bestias. Pero hay aquí una idea terrible. ¿Cuál es entonces la esencia del hombre? Las personas cultas del lugar han tratado de explicarme que el hombre es hechura de su pensamiento, y que su pensamiento está formado en medida muy grande por su medio ambiente; y que el proceso del pensamiento -o ideación, como ellos lo llaman- se basa en las palabras. Sin las palabras, el pensamiento es un simple proceso de imágenes, de nivel animal, que excluye todos los conceptos abstractos, incluso los más primitivos; o sea que el hombre no puede hacerse hombre por sí solo: es el resultado de otros hombres y de la totalidad de la sociedad y la experiencia humanas.

El hombre criado por los lobos es un lobo y el criado por los mandriles un mandril. Una verdad inexorable, ¿no es así? Mi cabeza se ha convertido en un hervidero de toda clase de ideas, algunas de ningún modo agradables. Mi querida hermana, ¿qué están urdiendo ahora tú y tu marido? ¿No es hora de bajar los puentes y contarle todo al viejo Harry? ¿O quieren que vaya a reventar al Tíbet? Estoy dispuesto a hacer todo lo que desees, pero con preferencia algo que sea económicamente útil.

Te quiere siempre
Harry

Por correo aéreo
Washington D. C.
27 de noviembre de 1945

Señor Harry Felton
Pretoria, Unión Sudafricana

Querido Harry:

Eres un hermano noble y amable, y además muy perspicaz. Y también muy querido. Mark y yo deseamos que nos hagas un trabajo que te permitirá correr de un lado a otro por la faz de la Tierra, y en el que además se te pagará. Pero no podríamos convencerte sin divulgar los oscuros secretos de nuestra tarea; al fin nos hemos decidido teniendo en cuenta tu carácter recto y digno de confianza. Sin embargo parecería que el correo es menos de confianza, y como trabajamos con el ejército, que tiene una tendencia constitucional al *secreto máximo* y otras tonterías parecidas, la información te llegará vía valija diplomática. Cuando recibas ésta considérate empleado; se te pagarán los gastos de manera razonable, y ocho mil más al año por menos trabajo que indulgencia.

No te muevas entonces, por favor, de tu hotel en Pretoria hasta que llegue la valija. No tardará más de diez días. Por supuesto, te avisaremos.

Cariño, afecto y respeto
Jean

Por valija diplomática
Washington D. C.
5 de diciembre de 1945

Señor Harry Felton
Pretoria, Unión Sudafricana.

Querido Harry:

Considera esta carta como el esfuerzo conjunto de Mark y tu hermana. También compartimos las conclusiones. Acéptala asimismo como un documento verdaderamente muy serio.

Tú sabes que durante los últimos veinte años los dos nos hemos interesado mucho en la sicología infantil y el desarrollo de los niños. No es necesario pasar revista a nuestra carrera o a nuestra experiencia en el Servicio de Salud Pública. Nuestro trabajo durante la guerra, como parte del programa infantil, nos llevó a una teoría interesante que decidimos investigar. El jefe del servicio nos permitió que nos dedicáramos por entero al proyecto, y recientemente nos concedieron una cantidad importante de los fondos militares.

Ahora hablaremos de la teoría, que no ha dejado de ser puesta a prueba, como sabes. Brevemente, pero con dos décadas de trabajo práctico como base: Mark y yo hemos llegado a la conclusión que en las filas del Homo Sapiens fermenta una raza nueva. Llámalos más-que-hombres, o como gustes. No son recién venidos; han estado produciéndose durante centenares y quizá millares de años. Pero están atrapados y moldeados por el medio ambiente humano, tan cierta e implacablemente como tu muchacha de Assam estaba atrapada entre los lobos y tu muchacho bantú entre los mandriles.

Dicho sea de paso, tus casos no son únicos. Tenemos informes fidedignos de siete casos análogos, uno en Rusia, dos en Canadá, dos en la América del Sur, uno en el África Occidental, y sólo para disminuirnos uno en los Estados Unidos. La historia y las leyendas populares hablan además de trescientos once casos análogos en un período de catorce siglos. En la Alemania del siglo XIV, según el folio manuscrito del monje Huberco, hubo cinco casos que él dice haber observado. En todos, en los siete atestiguados por personas que viven actualmente, y en todos menos dieciséis de los conocidos de oídas, el resultado es, con mayor o menor precisión, el que tú mismo has visto y descrito: el niño criado por el lobo es un lobo.

Nuestro trabajo nos lleva a una conclusión paralela: el niño criado por el hombre es un hombre. Si el más-que-hombre existe, está atrapado y enjaulado tan seguramente como cualquier niño humano criado por animales. Nuestra proposición es que existe.

¿Por qué creemos que existe ese super-niño? Hay muchas razones, pero no tiempo ni espacio para entrar en detalles. Sin embargo, dos de las razones son muy convincentes. En primer lugar, sabemos de varios centenares de hombres y mujeres que cuando eran niños tenían un cociente intelectual de 150 o más. A pesar de ese enorme potencial intelectual, menos del diez por ciento ha triunfado en la carrera elegida. Otros tantos, aproximadamente fueron clasificados como enfermos mentales sin remedio. Alrededor del catorce por ciento ha necesitado o necesita auxilio médico en relación con la salud mental. El seis por ciento se ha suicidado, el uno por ciento está en la cárcel, el veintisiete por ciento ha tenido uno o más divorcios, el diecinueve por ciento pertenece a la categoría de fracasados crónicos, y los demás poco se distinguen. Todos los cocientes intelectuales han disminuido, en una suave curva, en relación con la edad.

Como la sociedad no ha dado verdaderas posibilidades a semejante mentalidad, no sabemos realmente cómo podría desarrollarse. Sin embargo, podemos permitirnos una hipótesis, y suponer que esa mentalidad ha sido reducida a una especie de idiotez, una idiotez a la que llamamos normalidad.

Hay una segunda razón. Sabemos que el hombre utiliza sólo una parte minúscula de su cerebro. ¿Qué le impide utilizar el resto? ¿Por qué le ha dado la naturaleza un equipo que no puede emplear? ¿O la sociedad no le ha permitido que eche abajo sus propias barreras?

He aquí, en resumen, dos razones. Pero créeme, Harry, que hay muchas más. Nos bastaron para que algunos funcionarios del gobierno, tercos y sin imaginación, entiendan que merecemos tener la oportunidad de liberar al *superhombre*. Por supuesto, la historia ayuda, a su manera vil. Parecería que estamos iniciando otra guerra, con Rusia esta vez, una guerra fría, como ya la llaman algunos. Y entre otras cosas será una guerra de inteligencia, mercadería que escasea bastante, como algunos de nuestros gigantes mentales han admitido francamente. Consideran a nuestro más-que-hombre como un arma secreta, diablillos que se aparecerán con rayos mortales y bombas superatómicas cuando llegue el momento. Bueno, dejémoslo. No se puede esperar que un proyecto semejante tenga un patrocinio desinteresado. Lo importante es que Mark y yo hemos quedado a cargo de la aventura -millones de dólares, máxima prioridad- y de todos los trabajos. Pero, no obstante, *secreto total*. No te lo repetiré nunca bastantes veces.

Bien, ahora nuestro trabajo, si deseas conocerlo. Se desarrolla paso a paso. Primer paso, Berlín, 1937. Allí vivía un profesor llamado Hans Goldbaum, medio judío, jefe del Instituto de Terapéutica Infantil. Publicó una pequeña monografía sobre las pruebas de inteligencia en los niños y pretendía poder determinar el cociente de inteligencia de un niño en su primer año de vida, en el período anterior al uso de la palabra, lo que nos parece verosímil. Presentaba algunas tablas impresionantes de cálculos y estimaciones y subsiguientes resultados comprobados, pero no conocemos tanto su método como para poder practicarlo nosotros mismos. En otras palabras, necesitamos la ayuda del profesor Goldbaum.

En 1937 desapareció de Berlín. En 1943 se supo que vivía en Ciudad del Cabo, y luego nada más. Te incluyo la última dirección. Ve a Ciudad del Cabo, querido Harry (hablo yo, no Mark). Si se ha ido, búscalo y encuéntralo. Si ha muerto, infórmanos inmediatamente.

Por supuesto, aceptarás el trabajo. Te queremos y necesitamos tu ayuda.

Jean

Por correo aéreo
Ciudad del Cabo, Unión Sudafricana
20 de diciembre de 1945

Señora Jean Arbalaid
Washington D. C.

Querida hermana:

¡Qué ideas absurdas! Si esa es nuestra arma secreta, estoy decidido a arrojar la esponja ahora mismo. Pero un trabajo es un trabajo.

Me costó una semana seguir la pista tortuosa del profesor a través de Ciudad del Cabo, sólo para descubrir que se había ido a Londres en 1944. Evidentemente, lo necesitaban allí. Salgo en seguida para Londres.

Cariños
Harry

Por valija diplomática
Washington D. C.
26 de diciembre de 1945

Señor Harry Felton
Londres, Inglaterra

Querido Harry:

Esto es muy serio. Ya habrás encontrado al profesor, y creemos que a pesar de tus protestas de idiotez, tienes bastante juicio como para apreciar el valor de sus métodos. Véndele esta aventura. ¡Véndesela! Le daremos lo que pida, y queremos que trabaje con nosotros, el tiempo que desee.

En resumen, he aquí lo que vamos a hacer. Nos han asignado una zona de ocho mil acres en el norte de California, y estableceremos ahí un ambiente natural, bajo custodia y protección militares. Al comienzo el mundo exterior estará totalmente excluido. Será un ambiente vigilado, y cerrado.

Dentro de ese medio ambiente nos proponemos llevar a cuarenta niños a la madurez, a una madurez que dará por resultado el más-que-hornbre.

En cuanto a los detalles de ese ambiente..., bueno, pueden esperar. El problema inmediato es los niños. De los cuarenta, se conseguirán diez en los Estados Unidos; los otros treinta, los encontrarán tú y el profesor en otros países...

La mitad tienen que ser varones; queremos que sea igual el número de niños y niñas. La edad oscila entre los seis y los nueve meses y todos deben mostrar indicios de un cociente intelectual muy alto; es decir, si el método del profesor sirve realmente.

Necesitamos cinco grupos raciales: caucásico, hindú, chino, malayo y bantú. Por supuesto, estos grupos son bastante vagos, y tú tienes aquí cierta amplitud de elección. Las seis criaturas *caucásicas* serán europeas. Te sugerimos dos tipos nórdicos, dos de la Europa Central y dos mediterráneos. La misma selección se podría hacer en las otras zonas.

Pero entiéndelo bien: nada de embrollos policiales, nada de OSS, nada de raptos. Por desgracia, el mundo abunda en huérfanos de guerra y en padres bastante pobres y desesperados como para estar dispuestos a vender a sus hijos. Cuando necesites un niño y se presente esa situación: ¡compra! El precio no es un inconveniente. Yo no me mostraré excesivamente sentimental ni escrupulosa. A esos niños se les amará y apreciará, y si compras alguno piensa que le das vida y esperanza.

Cuando encuentres un niño infórmanos inmediatamente. Habrá transporte aéreo a tu disposición, y contaremos con amas de leche y no descuidaremos ningún problema relacionado con la atención del niño. Dispondrás además de ayuda médica inmediata. Por otra parte, queremos niños sanos, dentro de las condiciones de sanidad generales de la zona.

Que tengas suerte. Dependemos de ti y te queremos. Y feliz Navidad.

Jean

Por valija diplomática
Copenhague, Dinamarca
4 de febrero de 1946

Señora Jean Arbelaid
Washington D. C.

Querida Jean:

Creo haber comprendido vuestro tonto *secreto máximo* y vuestras enfermedades *clasificadas*, y he estado esperando un día libre y una valija diplomática para resumir mis diversas aventuras. Por mis cablegramas «cautelosos» ustedes saben que el profesor y yo hemos hecho una excursión de Cook por el mercado mundial de bebés. Mi querida hermana, estos atracones de compras no me sientan muy bien. Sin embargo, di mi palabra y la cumplo. Terminaré el trabajo y adiós.

De paso, supongo que si no recibo otras instrucciones debo seguir enviando mis comunicaciones a Washington, aunque ustedes ya hayan instalado vuestro «ambiente», como lo llaman.

No hubo gran dificultad para encontrar al profesor. Fui al Ministerio de Guerra de uniforme -he adquirido desde entonces un excelente vestuario británico- y con todas las credenciales imaginarias que me ustedes proporcionaron tan amablemente. Como ellos dicen, se tuvo toda clase de cortesías con el mayor Harry Felton, pero yo me siento mejor con ropas civiles. En fin, el profesor trabajaba en un proyecto en favor de la infancia, y vivía entre las ruinas del East End, que quedó muy destrozado. Es un hombrecillo asombroso y me he encariñado mucho con él. Por su parte, él aprende poco a poco a tolerarme.

Lo invité a comer. Tú eres la palanca que mueve su vida, mi querida hermana. Yo no tenía idea de lo famosa que eres en ciertos círculos. El profesor me miraba con un temor reverente, sólo porque tenemos los mismos padres.

Luego le lancé mi discurso, todo él, sin tapujos. Yo esperaba que tu reputación se desmoronara allí mismo, pero no. Goldbaum me escuchó con la boca, los oídos y todas las fibras de su ser. Sólo me interrumpió para interrogarme acerca de la muchacha assamesa y el muchacho bantú, y las suyas fueron preguntas muy agudas y minuciosas. Cuando terminé, se limitó a menear la cabeza, no en desacuerdo, sino excitado y complacido. Le pregunté entonces qué pensaba de todo eso.

-Necesito tiempo -contestó-. Esto es algo que hay que digerir. Pero la idea es admirable, audaz y admirable. El razonamiento básico no es tan nuevo. Yo mismo lo he pensado, como otros muchos antropólogos. Pero poner en práctica esa idea, joven... ¡Ah, su hermana es una mujer maravillosa y notable!

Así eres, hermana. Yo golpeé antes que el hierro se enfriara y le dije entonces que tú deseabas y necesitabas su ayuda, en primer lugar para encontrar a los niños, y luego para trabajar en el «ambiente».

-El ambiente -dijo él-, como usted comprenderá, es fundamental, fundamental. ¿Pero cómo cambiar el ambiente? El ambiente es algo total, el edificio entero de la sociedad humana, auto-engañada y supersticiosa y enferma e irracional, y alimentada por leyendas, fantasías y espectros. ¿Quién puede cambiar eso?

Y continuó así. Mi antropología es apenas aceptable, pero he leído todos tus libros. Y si mis respuestas no fueron muy precisas en ese terreno, él alcanzó a sonsacarme una descripción aproximadamente completa de Mark y de ti. Luego dijo que pensaría en el asunto. Nos citamos para el día siguiente; me explicaría entonces su método para determinar la inteligencia de los bebés.

Nos reunimos al otro día y el hombre explicó sus métodos. Insistió mucho en que él no comprobaba, sino que más bien determinaba, con un amplio margen para el error. Años antes, en

Alemania, había confeccionado una lista de cincuenta características que había observado en ciertos bebés. Luego, a medida que estos niños fueron creciendo, los sometió regularmente a exámenes comunes, comparando los resultados con las observaciones originales. Sacó así ciertas conclusiones que puso a prueba una y otra vez durante los siguientes quince años. Incluyo un artículo inédito en el que da mayores detalles. Baste decir que me convenció de la validez de sus métodos. Luego observé cómo examinaba a ciento cuatro niños británicos, para llegar a nuestra primera elección. Jean, es un hombre notable e inteligente.

Al tercer día accedió a colaborar en el proyecto. Pero me dijo muy gravemente lo siguiente, que transcribo con la mayor exactitud:

> «Usted debe decirle a su hermana que no he tomado esta decisión a la ligera. Tenemos que habérnoslas con almas humanas y quizás incluso con el destino humano. Este experimento puede fracasar, pero si tiene éxito puede ser el acontecimiento más importante de nuestro tiempo, todavía más importante y de mayores consecuencias que la guerra pasada. Y le dirá algo más. Yo tenía una esposa y tres hijos, y los mataron porque una nación de hombres se había convertido en una nación de bestias. Yo vi eso, y no hubiera sobrevivido si no hubiese creído siempre que lo que puede convertirse en un animal puede también convertirse en un hombre. No somos una ni otra cosa. Pero si debemos crear al hombre, seamos humildes. Somos la herramienta, no el artífice, y si tenemos éxito seremos menos que el resultado de nuestro trabajo.»

Así es tu hombre, Jean, y, como he dicho, todo un hombre. He trascrito sus palabras al pie de la letra. Habla también mucho de la cuestión del ambiente, y de la prudencia, el juicio y el amor que se necesitan para crearlo. Convendría, me parece, que me enviases al menos unas pocas palabras acerca de esta cuestión.

Te hemos mandado ya cuatro bebés. Mañana saldremos para Roma y de Roma iremos a Casablanca.

Pero estaremos en Roma por lo menos dos semanas, y podría recibir allí carta tuya.

Más seriamente, y no muy tranquilo
Harry

Por valija diplomática
Vía Washington D. C.
11 de febrero de 1946

Señor Harry Felton
Roma, Italia

Querido Harry:

Sólo unos pocos hechos. Nos han impresionado tremendamente tus reacciones ante el profesor Goldbaum, y esperamos ansiosamente que se una a nosotros. Entretanto, Mark y yo hemos trabajado día y noche en la organización del ambiente. En términos muy generales, he aquí lo que proyectamos.

Una cerca de alambre rodeará la zona -los ocho mil acres-, y el ejército montará guardia. Dentro de la zona crearemos un verdadero hogar. Habrá entre treinta y cuarenta maestros, o padres de grupo. Sólo aceptamos parejas casadas amantes de los niños y que desean dedicarse por entero a esta empresa. No es necesario decir que deben tener también otras cualidades.

En la creencia que en algún momento de la evolución del hombre civilizado algo anduvo mal, adaptaremos la forma prehistórica del casamiento de grupo. Esto no quiere decir que

cohabitaremos indiscriminadamente, pero a los niños se les hará entender que la paternidad es conjunta, que todos somos sus madres y padres, no por la sangre, sino por el amor.

Les enseñaremos la verdad, y cuando no conozcamos la verdad, no enseñaremos. No habrá mitos, ni leyendas, ni mentiras, ni supersticiones, ni religiones, ni dogmas. Enseñaremos el amor y la cooperación, y daremos amor y seguridad en abundancia. También les enseñaremos el conocimiento de la humanidad.

Durante los primeros nueve años regiremos el ambiente por completo. Escribiremos los libros que ellos leerán y modelaremos la historia y las circunstancias de acuerdo con las necesidades de los niños. Luego los niños conocerán el mundo tal como es.

¿Parece esto demasiado sencillo y demasiado presuntuoso? Es lo único que podemos hacer, Harry, y creo que el profesor Goldbaum lo comprenderá muy bien. Nunca se ha hecho nada parecido por los niños.

Buena suerte a los dos. Tus cartas dan la impresión que estuvieras cambiando, Harry. Y nosotros mismos sentimos en nuestro interior un curioso proceso de cambio. Te hablo de esta tarea y de pronto todo me parece demasiado obvio. Nos limitamos a tomar un grupo de niños muy bien dotados y proporcionarles conocimientos y amor. ¿Basta esto para llegar a la parte del hombre no utilizada y desconocida? Bueno, ya lo veremos. Tráenos los niños, Harry, y ya lo veremos.

Cariños

Jean

A comienzos de la primavera de 1965, Harry Felton llegó a Washington y fue directamente a la Casa Blanca. Acababa de cumplir los cincuenta; era un hombre alto y de aspecto agradable, algo encorvado, con el cabello entrecano. Como presidente de la Board of Shipways, Inc. -una de las casas importadoras y exportadoras más importantes de los Estados Unidos- merecía cierta deferencia y respeto por parte de Eggerton, que era entonces secretario de Defensa. En todo caso Eggerton, nada tonto, no cometió el error de tratar de intimidar a Felton.

Al contrario, lo recibió amablemente, y los dos hombres se sentaron a solas en un cuarto de la Casa Blanca, brindaron mutuamente por su buena salud, y conversaron sobre diversos temas.

Eggerton suponía que Felton podía saber por qué lo habían llamado a Washington.

-No puedo decir que lo sé -contestó Felton.

-Tiene usted una hermana notable.

-Me he dado cuenta hace mucho tiempo -sonrió Felton.

-Son ustedes también muy reservados, señor Felton -observó el secretario-. Parece que ni siquiera sus parientes más cercanos han oído hablar del más-que-hombre. Una cualidad recomendable.

-Quizás sí y quizás no. Ha pasado mucho tiempo.

-¿De veras? ¿Entonces, no ha tenido noticias de su hermana últimamente?

-Desde hace casi un año.

-¿Y eso no lo alarma?

-¿Debiera alarmarme? No, no me alarma. Mi hermana y yo somos muy íntimos, pero en su proyecto no hay mucho lugar para las relaciones sociales. Ya anteriormente hubo largos períodos en que yo no tenía noticias de ella. No somos muy aficionados a escribir cartas.

-Comprendo.

-¿Debo pensar que es ella el motivo de mi venida?

-Sí.

-¿Está bien?

-Parece que sí -dijo Eggerton tranquilamente.

-Entonces, ¿qué puedo hacer por ustedes?

-Ayudarnos, si lo desea -contestó Eggerton con la misma tranquilidad-. Le contaré, señor Felton, y luego quizá pueda usted ayudarnos.

-Quizá.

-En cuanto al proyecto, usted sabe tanto como cualquiera de nosotros, quizá más, pues intervino en él desde un principio. Entenderá por lo tanto que a un proyecto como ése hay que tomarlo muy en serio, o tomarlo completamente a risa. Hasta ahora le ha costado al gobierno once millones de dólares, y eso no es muy gracioso. Ahora bien, usted sabe que la parte original del proyecto era su exclusividad. El término se empleó de modo deliberado y específico. El éxito dependía, parece, de la creación de un ambiente único y exclusivo, y convinimos por lo tanto en no enviar observadores a la zona reservada en un período de quince años. Por supuesto, en esos quince años se realizaron muchas conferencias con Mark Arbalaid y su señora, y con algunos de sus compañeros, entre ellos el doctor Goldbaum. Pero fuera de esas conferencias sólo recibimos algunos informes acerca de la marcha de la empresa en general. Se nos insinuó que los resultados eran satisfactorios y excitantes, pero muy poco más. Nosotros hicimos honor a nuestra parte en el convenio, y al final del período de quince años le dijimos a su hermana y su marido que era tiempo de enviar una comisión de observadores. Pidieron una ampliación del plazo -como esencial para el buen éxito de todo el programa- y se mostraron bastante elocuentes. Les concedimos tres años más. Hace unos meses terminó ese nuevo período de tres años. La señora Arbalaid vino a Washington y solicitó una nueva ampliación. Nos negamos, y ella accedió entonces a que nuestros observadores entraran en la zona reservada diez días después. Y regresó a California.

Eggerton hizo una pausa y miró a Felton inquisitivamente.

-¿Y qué descubrieron ustedes?

-¿No lo sabe?

-Me temo que no.

-Pues bien -dijo el secretario lentamente-, me siento un poco tonto cuando lo pienso, y también asustado. Pero cuando lo digo, me siento principalmente tonto. Fuimos allá y no encontramos nada.

-¡Oh!

-No parece usted muy sorprendido, señor Felton.

-Nada de lo que hace mi hermana me ha sorprendido nunca realmente. ¿Quiere usted decir que la zona reservada estaba vacía, sin nadie?

-No, señor Felton. Desearía poder decírselo, desearía decirle que aquello era humano y natural, desearía creer que su hermana y su marido son dos estafadores inteligentes e inescrupulosos que le sacaron al gobierno once millones de dólares. Sería algo consolador, comparado con la realidad. No sabemos si la zona reservada está o no está vacía, señor Felton, porque la zona reservada no está allí.

-*¿Cómo?*

-Exactamente. La zona reservada no está allí.

-Vamos -dijo Felton sonriendo-, mi hermana es una mujer notable, pero no puede irse con ocho mil acres de tierra. No está de acuerdo con su carácter.

-No me parece gracioso su humorismo, señor Felton.

-No, claro que no. Lo siento. Pero la cosa no tiene sentido. ¿Cómo es posible que ocho mil acres de tierra no estén donde estaban? ¿No dejaría eso un gran agujero?

-Si los diarios se enteraran, el agujero sería todavía más grande, señor Felton.

-¿Por qué no me explica?

-Trataré, no de explicar, sino de describir. La zona está en el bosque nacional de Fulton; una zona quebrada, con lomas y pinos gigantescos, de forma de riñón. Había una cerca de alambre, con guardias armados en todos los accesos. Fui allá con nuestros inspectores, el general Meyers, dos médicos castrenses, Gorman, el psiquiatra, el senador Totenwell de la Comisión de Servicios Armados, y Lydia Gentry, la educadora. Cruzamos la región en avión y recorrimos las sesenta millas finales hasta la zona reservada en dos coches del gobierno. Se entra en ella por un

camino barroso. El guardia allí apostado nos dio el alto. La zona reservada estaba directamente ante nosotros. Mientras el guardia se acercaba al primer coche, la zona reservada desapareció.

-¿Así? -murmuró Felton-. ¿Sin ruido, sin explosión?

-Sin ruido, sin explosión. Un momento antes teníamos delante un bosque de pinos gigantescos..., y luego una zona gris de nada.

-¿Nada? Nada es una palabra. ¿Trataron de entrar?

-Sí, tratamos. Los mejores hombres de ciencia de los Estados Unidos han tratado de entrar. Yo no soy un hombre muy valiente, señor Felton, pero tuve bastante coraje como para acercarme a aquel borde gris y tocarlo. Era muy frío y muy duro, tan frío que me ampolló estos tres dedos.

Y Eggerton tendió la mano para que la viera Felton.

-Entonces me asusté -continuó-. Y no he dejado de estar asustado.

Eggerton suspiró.

-No necesito preguntarle si probaron esto o aquello.

-Probamos todo, señor Felton, incluso..., me avergüenza decirlo..., una pequeña bomba atómica. Hicimos cosas sensatas y también tonterías. Sentimos pánico, y probamos todo.

-¿Y no obstante lo han mantenido en secreto?

-Hasta ahora, señor Felton.

-¿Aviones?

-No se ve nada desde arriba. Parece niebla sobre el valle.

-¿Qué opina su gente?

Eggerton sonrió, sacudió la cabeza, y dijo:

-No saben qué es. Al principio algunos pensaron que era una especie de campo magnético. Pero las matemáticas no sirven aquí y desde luego hace frío, un frío terrible. Estoy farfullando. Yo no soy hombre de ciencia ni matemático, pero también ellos farfullan, señor Felton. Estoy cansado de veras. Por eso le pedí que viniera a Washington y hablara con nosotros. Pensé que usted quizás supiera algo.

-Quizás -asintió Felton.

Eggerton pareció animarse. Le sirvió a Felton otro trago, se inclinó vivamente hacia adelante, y esperó. Felton sacó una carta del bolsillo.

-Mi hermana me mandó esta carta -dijo.

-¡Pero me ha dicho que no recibía carta de ella desde hace casi un año!

-La recibí hace casi un año -replicó Felton con un tono de tristeza en la voz-. No la he abierto. Mandó este sobre sellado en una breve carta donde sólo decía que estaba bien y era muy feliz, y que yo debía abrir y leer la otra carta cuando fuese absolutamente necesario. Mi hermana es así; pensamos del mismo modo. Ahora bien, supongo que es necesario, ¿no le parece?

El secretario hizo un lento movimiento afirmativo con la cabeza, pero no dijo una palabra. Felton abrió la carta y la leyó en alta voz.

12 de junio de 1964

Mi querido Harry:

Han pasado veintidós años desde que te vi y hablé por última vez. Mucho tiempo para dos personas que se quieren y se respetan como nosotros. Y ahora que te pareció necesario abrir esta carta y leerla, lo más probable es que nunca volvamos a vernos. He sabido que tienes una esposa y tres hijos, todos maravillosos. Pienso que es más duro aún saber que no los veré ni conoceré.

Sólo eso me entristece. Por lo demás, Mark y yo somos muy felices, y creo que nos entenderás.

En cuanto a la barrera -que está ahí ahora, pues de otro modo no hubieras abierto esta carta- diles que no es peligrosa ni hará daño a nadie. No es posible atravesarla; es una fuerza negativa más que positiva, una ausencia más que una presencia. Luego te diré algo más, aunque

probablemente no lo explicaré mejor. Algunos de los niños podrían traducirlo en palabras inteligibles, pero quiero que éste sea un informe mío, y no de ellos.

Es raro que todavía los llame niños y piense en ellos como niños, cuando en realidad somos nosotros los niños, y ellos los adultos. Pero conservan la cualidad infantil que conocemos mejor, esa inocencia y esa pureza extrañas que desaparecen tan rápidamente en el mundo.

Y ahora te diré qué ha sido de nuestro experimento, al menos en parte. En parte, ¿pues cómo podría narrarte la historia de las dos décadas más raras que hayan vivido los hombres? Todo es increíble, y al mismo tiempo vulgar. Nos hicimos cargo de un grupo de niños maravillosos y les dimos amor, seguridad y verdad en abundancia, pero creo que fue el amor lo más importante. Durante el primer año excluimos a todas las parejas que mostraban menos que el deseo de amar a esos niños. Se los amaba fácilmente. Y a medida que pasaban los años se convertían en nuestros hijos, en todos los aspectos. Los niños que nacían de las parejas se unían sencillamente al grupo. Ninguno tenía *un padre* o *una madre*; éramos un grupo funcional viviente en el que todos los hombres eran los padres de todos los niños, y todas las mujeres sus madres.

No, no fue fácil, Harry. Nosotros, los adultos, tuvimos que luchar y trabajar y examinarnos y modificarnos una y otra vez, y aun desgarrarnos las entrañas y arrancarnos el corazón para mantener un ambiente que nunca había existido hasta entonces, con una cualidad de sensatez y veracidad y seguridad que no existen en ninguna otra parte de este mundo.

¿Cómo te hablaré de un niño indio de los Estados Unidos, de cinco años de edad, que compuso una magnífica sinfonía? ¿O del niño bantú y la niña italiana que a la edad de seis años construyeron una máquina para medir la velocidad de la luz? ¿Creerás que nosotros, los adultos, escuchamos en silencio cómo esos niños de seis años nos explicaban que la velocidad de la luz es una constante, independiente del movimiento de los cuerpos, y que por lo tanto la distancia entre las estrellas no puede mencionarse en función de la luz, ya que esa distancia no es tal en nuestro plano de existencia? Cree entonces también que me expreso muy torpemente. En todas estas cuestiones me siento como un inmigrante inculto cuyo hijo está expuesto a todas las maravillas del conocimiento y de la ciencia. Comprendo un poco, pero muy poco.

Si te enumerara, un ejemplo tras otro, las maravillas que me revelaron estos niños a la edad de seis, siete, ocho y nueve años... ¿Recuerdas esas pobres criaturas torturadas y nerviosas que tienen un cociente intelectual de 160? Los padres los exhiben, y se jactan, y al mismo tiempo lamentan que la suerte no les haya dado hijos normales. Pues bien, los nuestros eran y son niños *normales*, quizá los primeros niños normales que ha visto este mundo desde hace mucho tiempo. Si los oyeras reír o cantar solamente una vez, te darías cuenta. Si pudieras ver qué altos y fuertes son, qué magníficos son sus cuerpos y sus movimientos. Tienen una calidad que yo nunca había visto antes en los niños.

Sí, supongo, querido Harry, que muchas cosas te chocarían. La mayor parte del tiempo andan desnudos. El sexo ha sido siempre para ellos algo bueno y hermoso, y lo disfrutan con la misma naturalidad con que nosotros comemos y bebemos. Con más naturalidad, pues no tienen glotones del sexo ni de la comida, ni úlceras en el estómago ni en el alma. Se besan y acarician y hacen otras muchas cosas que el mundo considera chocantes, obscenas, etcétera, pero siempre con gracia y alegría. ¿Es posible todo esto? Te digo que esa ha sido mi vida durante casi veinte años. Vivo con niños y niñas que no tienen maldad ni enfermedades, que son como paganos o dioses, como quiera que lo consideres.

Pero la historia de los niños y de su vida cotidiana será relatada adecuadamente a su tiempo y en su lugar. Todas las observaciones que he hecho aquí se refieren únicamente a sus grandes dotes y capacidades. Mark y yo nunca dudamos de los resultados. Sabíamos que si organizábamos un ambiente con vistas al futuro los niños aprenderían más que los del mundo exterior. A los siete años de edad ya abordaban fácil y naturalmente problemas científicos que se enseñan normalmente en el colegio superior o en la universidad. Hubiéramos sufrido una gran decepción si no hubiese ocurrido algo parecido. Pero lo que esperábamos y buscábamos era lo insólito: el florecimiento de la mente humana, obstruida en todos los seres humanos de afuera.

Y lo insólito llegó. Empezó con un niño chino en nuestro quinto año. Luego fue un niño norteamericano, y luego otro de Birmania. Pero -incomprensiblemente- no se pensó que fuese algo muy extraordinario, ni entendimos qué ocurría hasta el séptimo año, cuando los casos ya eran cinco.

Aquel día Mark y yo dábamos un paseo -lo recuerdo tan bien, un hermoso día californiano, claro y fresco- cuando tropezamos con un grupo de niños en un prado. Eran unos doce. Cinco estaban sentados en un pequeño círculo con un sexto en el centro, y sus cabezas casi se tocaban. Había allí risas, y murmullos de alegría y de satisfacción. Los otros niños, agrupados a unos tres metros de distancia, observaban atentamente.

Al llegar nosotros al lugar de la escena, los niños del segundo grupo se llevaron el dedo a los labios, indicándonos que guardásemos silencio. Nos detuvimos y observamos sin hablar. A los diez minutos la niña que estaba en el centro del círculo se levantó de un salto y exclamó en éxtasis:

-¡Oí! ¡Oí! ¡Oí!

Había en su voz una especie de triunfo y de deleite que nosotros nunca habíamos oído, ni siquiera a nuestros niños. Luego todos corrieron a besarla y abrazarla, y bailaron a su alrededor una especie de danza juguetona y alegre. Nosotros mirábamos sin dar muestra alguna de sorpresa ni siquiera con mucha curiosidad. Pues aunque por primera vez sucedía algo que superaba nuestras previsiones o nuestra comprensión, ya nada nos asombraba.

Cuando los niños se nos acercaron corriendo a recibir nuestras felicitaciones, aprobamos con movimientos de cabeza, sonreímos y convinimos en que todo aquello era admirable.

-Ahora me toca a mí, madre -me dijo un niño senegalés-. Casi puedo hacerlo ya. Ahora hay seis para ayudarme y será más fácil.

-¿No están orgullosos de nosotros? -preguntó otro.

Les dijimos que estábamos muy orgullosos y eludimos las demás preguntas. Luego, esa noche en la reunión del personal docente, Mark describió lo que habíamos visto.

-Observé eso la semana pasada -dijo Mary Hengel, nuestra maestra de semántica-. Ellos no me vieron.

-¿Cuántos eran? -preguntó el profesor Goldbaum con interés.

-Tres. Había un cuarto en el centro y tenían las cabezas unidas. Pensé que era uno de sus juegos y me fui.

-No lo ocultan -observó alguien.

-Sí -dije yo-, piensan que estamos enterados.

-Nadie hablaba -añadió Mark-, estoy seguro.

-Sin embargo, escuchaban -dije yo-. Se reían como si ocurriese algo muy divertido, o como ríen los niños en sus juegos.

Fue el doctor Goldbaum quien dio en la tecla. Dijo, muy gravemente:

-Usted, Jean, ha dicho siempre que podríamos abrir una extensa zona mental, cerrada y reprimida en nosotros. Creo que ellos la han abierto ahora. Creo que están enseñando y aprendiendo a oír los pensamientos.

Se hizo un silencio, y luego Atwater, uno de nuestros psicólogos, declaró con inquietud:

-No puedo creerlo. He investigado todas las pruebas y todos los informes sobre telepatía que se han publicado en el país, el material de Duke y todo lo demás. Sabemos qué minúsculas y débiles son las ondas cerebrales, y es fantástico imaginar que puedan ser un medio de comunicación.

-Hay también un factor estadístico -intervino Rhoda Lannon, matemática-. Si los hombres tuviesen esa facultad, aunque sólo fuese en potencia, ¿es concebible que no se haya registrado ningún ejemplo?

-Quizá se ha registrado -dijo Fleming, uno de nuestros historiadores-. De toda esa gente azotada, quemada y ahorcada, ¿quién puede determinar quiénes fueron telépatas?

-Creo que estoy de acuerdo con el doctor Goldbaum -declaró Mark-. Los niños se están haciendo telépatas. No me convence la prueba histórica ni la prueba estadística; lo que importa

aquí es el ambiente. La historia no registra ningún caso de un grupo de niños extraordinarios criados en un ambiente semejante. Además, esta puede ser, y probablemente es, una facultad que se desarrolla en la infancia, o queda reprimida para siempre. Creo que el doctor Haeningson me apoyará si digo que las represiones mentales no son raras en la infancia.

-Más que eso -contestó el doctor Haeningson, nuestro jefe psiquiatra-. En nuestra sociedad ningún niño escapa a la necesidad de erigir barreras mentales. Zonas enteras de la mente son bloqueadas en la primera infancia.

El doctor Goldbaum nos miraba de un modo raro. Yo iba a decir algo, pero me contuve. Esperé, y el doctor dijo:

-Me pregunto si entendemos lo que hemos hecho. ¿Qué es un ser humano? Una suma de recuerdos encerrados en la mente y de una estructura que la experiencia complica cada vez más. Ignoramos aún la amplitud o la fuerza de esta cualidad que los niños están desarrollando, pero supongamos que llegan a un punto en que puedan compartir la totalidad de la memoria. No sólo no habrá entre ellos mentiras, ni engaños, ni explicaciones racionales, ni secretos, ni culpas... Esto es algo más.

Goldbaum paseó la mirada por los rostros de todos nosotros. Comenzábamos a entender. Recuerdo lo que sentí en aquel momento: admiración, sorpresa, alegría, y también angustia; un sentimiento tan punzante que me llenó los ojos de lágrimas.

-Veo que comprenden ustedes -añadió Goldbaum-. No conviene, quizás, que yo calle ahora. Soy mucho más viejo que cualquiera de ustedes y he vivido los peores años de bestialidad y de horror que haya conocido la humanidad. Cuando vi lo que vi, me pregunté un millar de veces: ¿qué significa la humanidad, si tiene algún significado, si no es simplemente un accidente azaroso, una estructura molecular de insólita complejidad? Sé que todos ustedes se han hecho la misma pregunta. ¿Quiénes somos? ¿A dónde vamos? ¿Dónde están la cordura o la razón en esta carne que lucha, desgarra y se enferma? Matamos, torturamos, dañamos y destruimos como ninguna otra especie. Ennoblecemos el asesinato, la falsedad, la hipocresía y la superstición; destruimos nuestro propio cuerpo con drogas y alimentos venenosos; nos engañamos a nosotros mismos, engañamos a los demás, y odiamos, odiamos y odiamos.

»Algo nuevo ha ocurrido. Si las mentes de estos niños pueden comunicarse realmente entre sí, tendrán una sola memoria, que será la memoria de todos. Todas las experiencias serán comunes a todos, así como todos los conocimientos, todos los sueños. Los niños serán inmortales. Pues cuando uno muera, otro niño se unirá a la totalidad, y otro y otro. La muerte no tendrá significado, perderá su siniestro horror. La humanidad comenzará, aquí, en este lugar, a realizar parte de su destino, a ser una unidad singular y maravillosa, una totalidad, de acuerdo casi con las palabras de vuestro poeta John Donne, quien sentía, como todos hemos sentido en algún momento, que ningún hombre es una isla. ¿Ha habido alguna vez un hombre reflexivo que no haya sentido esa unidad de la humanidad? No lo creo. Hemos vivido en la oscuridad, en la noche, cada hombre ha luchado sin otra herramienta que su propio pobre cerebro y luego ha muerto con todos los recuerdos de una vida. No es extraño que hayamos conseguido tan poco. Lo sorprendente es que hayamos conseguido tanto. Sin embargo, todo lo que sabemos, todo lo que hemos hecho no será nada en comparación con lo que estos niños sabrán, harán y crearán.

Así habló el anciano, Harry, y describió realmente el comienzo. Ése era el comienzo. Durante los doce meses que siguieron cada uno de nuestros niños se vinculó telepáticamente con todos los demás. Y en los años siguientes los niños que nacían en la zona reservada aprendían de los otros el modo de conseguir esa vinculación. Sólo los adultos quedamos excluidos para siempre. Éramos parte de lo antiguo, y ellos de lo nuevo, y el nuevo camino no era para nosotros, aunque ellos podían penetrar en nuestras mentes, y lo hacían. Pero no podíamos sentirlos allí ni verlos allí, como se sentían y veían entre ellos.

No sé cómo hablarte de esos años, Harry. En nuestra pequeña y vigilada zona de reserva el hombre llegó a ser lo que estaba destinado a ser, pero no lo puedo explicar claramente. Apenas puedo entender, y mucho menos explicar, qué significa habitar simultáneamente en cuarenta cuerpos, o qué significa sentir en uno las personalidades de los otros, o vivir como hombre y

mujer siempre y al mismo tiempo. ¿Podrían explicártelo los niños? Difícilmente porque esta es una transformación que se produce, parece, antes de la pubertad, y los niños la aceptan por lo tanto como algo normal y natural, en verdad lo más natural del mundo. Nosotros somos los antinaturales, y ellos nunca han entendido cómo podemos soportar la vida en nuestra soledad, cómo podemos vivir con el conocimiento de nuestra muerte y extinción.

Nos alegró que los niños no lograran entrar en nuestras mentes en seguida. Al comienzo podían unir sus pensamientos sólo cuando sus cabezas casi se tocaban. El dominio de la distancia creció en ellos poco a poco, pero hasta los quince años de edad no fueron capaces de alcanzar con sus pensamientos cualquier parte de la Tierra. Gracias a Dios. En ese entonces los niños estaban preparados para todo lo que descubrían. Antes, esos descubrimientos hubieran podido destruirlos.

Debo mencionar que dos de los niños murieron accidentalmente en el noveno y el undécimo año. Pero eso no tuvo importancia para los otros; un pequeño pesar, pero no aflicción; no se tuvo la sensación de una gran pérdida, ni hubo sollozos, ni lágrimas. La muerte es totalmente diferente para ellos: una pérdida de la carne; la personalidad es inmortal, y vive conscientemente en los otros. Cuando hablamos de una tumba con una lápida sonrieron y dijeron que lo hiciésemos si eso nos traía algún consuelo. Pero posteriormente, cuando falleció el doctor Goldbaum, la aflicción de los niños fue profunda y terrible, pues ésa era una muerte de la vieja clase.

Exteriormente siguen siendo individuos, cada uno con su personalidad, sus características y sus amaneramientos propios. Los muchachos y las muchachas hacen el amor de la manera sexual normal, aunque todos comparten la experiencia. ¿Puedes comprenderlo? Yo no puedo. Pero para ellos todo es distinto. Sólo la devoción de una madre por su hijo desvalido podría compararse con el amor que los une; pero este amor es distinto, todavía más profundo.

Antes que se produjera la transformación había entre ellos bastante petulancia, ira y fastidio infantiles, pero luego no se ha vuelto a oír una voz airada o molesta. Como dicen ellos mismos, cuando aparece alguna dificultad la resuelven, y cuando se presenta alguna enfermedad, la curan. Desde el noveno año ya no hubo más enfermedades; tres o cuatro niños unían sus mentes, entraban en un cuerpo, y lo curaban.

Empleo estas palabras y expresiones porque no dispongo de otras, pero no describen exactamente la realidad. Aun después de tantos años de vivir con los niños, día y noche, apenas entiendo su modo de vida. Sé cómo son exteriormente: generosos, sanos y felices, como ningún ser humano lo ha sido hasta hoy. Pero nada sé de la vida interior de estas criaturas.

En una ocasión discutí el tema con Arlene, una niña alta y hermosa que encontramos en un orfanato de Idaho. Tenía catorce años entonces. Hablábamos de la personalidad y yo le dije que no entendía cómo podía vivir y trabajar individualmente cuando también formaba parte de tantos otros, y ellos eran a su vez parte de ella.

-Pero yo sigo siendo yo, Jean, y no puedo dejar de ser yo.

-¿Y los otros no son también tú?

-Sí, pero yo soy también ellos.

-¿Pero quién maneja tu cuerpo?

-Yo, naturalmente.

-¿Y si ellos quisieran manejarlo también?

-¿Por qué?

-Si hicieras algo que a ellos desaprobaran -dije débilmente.

-¿Cómo podría hacerlo? ¿Tú puedes hacer algo que desapruebas?

-Me temo que sí. Y lo hago.

-No comprendo. ¿Entonces por qué lo haces?

Así terminaban siempre estas discusiones. Nosotros, los adultos, nos comunicamos principalmente con palabras. En su décimo año los niños habían desarrollado ya métodos de comunicación que superaban a las palabras como éstas superan a los movimientos mudos de los

animales. Si un niño observaba algo no necesitaba describirlo; los otros podían verlo por los ojos de él. Hasta cuando dormían soñaban juntos.

Podría seguir así, durante horas, intentando describir algo que nunca entenderé, pero eso no serviría de nada, ¿verdad, Harry? Tú tendrás tus propios problemas y yo debo hacerte entender lo que ha ocurrido, lo que tenía que ocurrir. En el décimo año los niños habían aprendido ya todo lo que sabíamos nosotros, conocían ya todo nuestro material de enseñanza. En efecto, enseñábamos a una única mente, la inteligencia sin represiones y sin trabas de cuarenta magníficos niños; una mente tan racional, pura y hábil que nosotros no podíamos recibir de ellos más que compasión afectuosa.

Tenemos entre nosotros a Axel Cromwell, cuyo nombre conocerás. Es uno de los mejores físicos del mundo y responsable principal de la primera bomba atómica. Después se vino a vivir con nosotros, como ingresaría uno en un monasterio, como un acto de expiación personal. Cromwell y su mujer enseñaron física a los niños, pero en el octavo año eran ellos quienes enseñaban a Cromwell. Un año después Cromwell ya no podía comprender las matemáticas ni el razonamiento de los niños; y su simbolismo, por supuesto, era ajeno a la estructura de las ideas del sabio.

Permíteme que te cite un ejemplo. En un extremo de nuestro campo de béisbol había una piedra que pesaba quizá diez toneladas. (Te advierto que la destreza atlética y las reacciones físicas de los niños son, a su manera, casi tan extraordinarias como sus facultades mentales. Han batido todos los récords de pista y campo, superando con frecuencia los récords mundiales en un tercio. Los he visto dejar atrás a nuestros caballos. Se mueven con tanta rapidez que junto a ellos parecemos gente perezosa. Y les gusta el béisbol entre otros juegos.)

Habíamos hablado de volar la piedra o apartarla con una aplanadora, pero nunca habíamos llegado a hacerlo. Y un día descubrimos que la piedra había desaparecido y en su lugar había un montón de espeso polvo rojo que el viento allanaba. Les preguntamos a los niños qué había sucedido y nos dijeron que habían reducido la piedra a polvo; lo dijeron como si no hubiese sido más difícil que apartar un guijarro con un puntapié. Pues bien, habían aflojado la estructura molecular, y la roca se había convertido en polvo. Trataron de explicarle a Cromwell cómo podían hacer eso con la mente, pero el hombre entendió tan poco como el resto de nosotros.

Citaré otros ejemplos. Construyeron un motor de fusión atómica, que proporciona energía eléctrica ilimitada. Pusieron lo que ellos llaman campos libres en todos los camiones y coches, de modo que éstos pueden elevarse y viajar por el aire con la misma facilidad que por la tierra. Entran con el pensamiento en los átomos, reordenan los electrones, forman un elemento con otro...; y todo esto es elemental para ellos, como si hicieran juegos de manos para entretenernos y asombrarnos.

Ya conoces en parte a los niños, y ahora te diré lo que debes saber.

En el decimoquinto año de los niños todo nuestro personal se reunió con ellos. Eran cincuenta y dos entonces, pues todos los que habían nacido de nosotros fueron incluidos en aquel grupo único y florecieron con él, a pesar que sus cocientes intelectuales eran bajos al principio. Fue una reunión muy formal y seria, pues treinta días después iba a entrar en la zona reservada el grupo de observadores. Miguel, nacido en Italia, habló en nombre de todos. No necesitaban más que una voz.

Comenzó diciéndonos lo mucho que querían y apreciaban a los adultos que habíamos sido sus maestros.

-Todo lo que tenemos y todo lo que somos nos lo han dado ustedes -dijo-. Son nuestros padres y madres y maestros, y no sabríamos decirles cuánto les queremos. Admiramos desde hace años vuestra paciencia y abnegación, pues hemos penetrado en vuestras mentes y sabemos con qué dolor, duda, temor y confusión viven todos ustedes. Hemos penetrado también en las mentes de los soldados que guardan la zona reservada, y nuestra facultad indagatoria ha ido aumentando, y ahora no hay en parte alguna de la Tierra una mente que no podamos escudriñar y leer. Desde nuestro séptimo año conocíamos todos los detalles de este experimento, por qué estábamos aquí, y qué se proponían ustedes, y desde entonces hasta ahora hemos reflexionado

acerca de nuestro futuro. También hemos tratado de ayudarles, pues les queremos mucho, y quizá hayamos sido un poco útiles al disminuir vuestros disgustos, mantenerles sanos todo lo posible, y tranquilizarles por las noches cuando son presa de esa confusión de temores y pesadillas a la que llaman dormir. Hemos hecho todo lo que podíamos, pero nuestros esfuerzos para que se unieran con nosotros han fracasado. Si esa zona de la mente no se abre antes de la pubertad queda cerrada para siempre; los tejidos cambian, las células del cerebro pierden todo su potencial de desarrollo. Eso es lo que más nos entristece, pues ustedes nos han dado la herencia más valiosa de la humanidad, y nosotros no les hemos dado nada en cambio.

-No es así -dije-. Ustedes nos han dado más.

-Quizás -asintió Miguel-. Son todos muy buenos, pero los quince años han terminado y los observadores estarán aquí dentro de treinta días.

Sacudí la cabeza.

-No. Hay que impedirlo.

-¿Y qué será de todos ustedes? -preguntó Miguel, y miró uno a uno a los adultos.

Algunos de nosotros llorábamos. Cromwell dijo:

-Nosotros somos vuestros maestros y vuestros padres y madres, pero tienen que decirnos qué debemos hacer. Saben que es así.

Miguel movió la cabeza afirmativamente y luego nos anunció lo que habían decidido. Había que mantener la zona de reserva. Yo debía ir a Washington con Mark y el doctor Goldbaum, para conseguir de algún modo una ampliación del plazo. Luego ellos, divididos en grupos, traerían a la zona nuevos niños y los educarían aquí.

-¿Pero por qué hay que traerlos aquí? -preguntó Mark-. Pueden llegar a dondequiera que estén, penetrar en sus mentes, y hacerlos parte de ustedes.

-Pero ellos no podrían llegar hasta nosotros -replicó Miguel-, al menos durante mucho tiempo. Estarían solos, con inteligencias fragmentadas. ¿Qué haría la gente de vuestro mundo exterior con esos niños? ¿Qué les sucedió en el pasado a los posesos, a los que oían voces? Algunos se hicieron santos, pero a la mayoría los quemaron en la hoguera.

-¿No pueden protegerlos? -preguntó alguien.

-Algún día, pero no ahora. Somos pocos aún. Primero debemos ayudar a más niños aquí, a centenares y centenares más. Habrá que organizar otras zonas de reserva y eso llevará mucho tiempo. El mundo es grande y hay en él muchos niños. Hay que tener cuidado. La gente está llena de miedos, y este sería el miedo mayor. Enloquecerían de miedo, y lo único que se les ocurriría sería matarnos.

-Y nuestros niños no podrían defenderse -dijo el doctor Goldbaum tranquilamente-. No pueden herir a ningún ser humano, y mucho menos matarlo. El ganado, nuestros perros y gatos son una cosa...

(Aquí el doctor Goldbaum se refería a que nosotros ya no matábamos el ganado de la manera antigua. Teníamos perros y gatos mimados, y cuando se hacían muy viejos o se enfermaban, los niños los sumían en un sueño del que no despertaban más. Luego los niños nos preguntaron si podían hacer lo mismo con el ganado que matábamos para alimentarnos.)

-... y los seres humanos otra -continuó el doctor Goldbaum-. Ellos no pueden lastimar ni matar a los seres humanos. Nosotros podemos hacer el mal voluntariamente, pero los niños carecen de esa facultad. No pueden matar ni hacer daño. ¿No es así, Miguel?

-Sí, así es -convino Miguel-. Tenemos que hacerlo lenta y pacientemente, y el mundo debe ignorarnos hasta que hayamos tomado ciertas medidas. Necesitamos por lo menos tres años más. ¿Puedes conseguirnos esos tres años, Jean?

-Los conseguiré -dije.

-Y necesitamos de todos ustedes, para que nos ayuden. Por supuesto, no retendremos aquí a ninguno. Pero les necesitamos, como siempre, les queremos y apreciamos, y les suplicamos que se queden con nosotros.

¿Te sorprende que nos quedáramos todos, Harry, que ninguno de nosotros pudiera dejar a nuestros niños? No los dejaremos hasta que nos lleve la muerte. Poco me queda por decir.

Conseguimos los tres años que necesitábamos. En cuanto a la barrera gris que nos rodea, los niños me dicen que el expediente es muy sencillo. Parece que han alterado la sucesión del tiempo de toda la zona reservada. No mucho, en menos de una diezmilésima de segundo, pero como resultado vuestro mundo exterior existe en el futuro, separado por esa minúscula fracción de segundo. El mismo sol brilla sobre nosotros, soplan los mismos vientos, y desde dentro de la barrera vemos vuestro mundo inalterado. Pero ustedes no pueden vernos. Cuando vuelven los ojos hacia nosotros, el presente de nuestra existencia no se ha producido todavía, y en su lugar no hay nada, ni espacio, ni calor, ni luz, sino tan sólo la muralla impenetrable de la no existencia.

Desde dentro podemos pasar afuera, podemos ir del pasado al futuro. Yo misma lo he hecho en los momentos en que pusimos a prueba la barrera. Se siente un estremecimiento, un instante de frío, pero nada más.

Hay también un modo de volver, pero, como comprenderás, no puedo decírtelo.

Tal es, entonces, la situación, Harry. Nunca volveremos a vernos, pero te aseguro que Mark y yo somos más felices que nunca. El hombre cambiará y llegará a ser lo que estaba destinado a ser, y alcanzará con el conocimiento y el amor a todos los universos. ¿No es esto lo que ha soñado siempre el hombre, un mundo sin guerras, sin odios, sin hambre, sin enfermedades y sin muerte? Tenemos la fortuna de vivir y verlo. No podríamos pedir más, Harry.

Con todo cariño

Jean

Felton terminó de leer la carta y hubo un largo, largo silencio mientras los dos hombres se miraban. Al fin el secretario dijo:

-Habrá que golpear y golpear la barrera, hasta descubrir el modo de entrar.

-Sí.

-Será más fácil ahora que su hermana lo ha explicado.

-No creo que sea más fácil -replicó Felton, cansado-. Y no creo que ella lo haya explicado.

-No a usted ni a mí quizá. Pero haremos que los sabios trabajen en el problema. Ellos lo resolverán. Lo hacen siempre.

-Quizás no esta vez.

-¡Oh, sí! Hay que parar eso. No podemos tolerar esa cosa inmoral, impía, que amenaza a todos los seres humanos. Esos muchachos tenían razón. Tendríamos que matarlos. Es una enfermedad. Y la única manera de curar una enfermedad es terminar con los bichos contagiosos. La única manera. Desearía que hubiera otra, pero no la hay.

LA HORMIGA GIGANTE

Ha habido toda clase de opiniones y conjeturas acerca del fin. Se dijo que más pronto o más tarde habría demasiada gente, o que nos mataríamos unos a otros (con la bomba atómica era muy probable). Toda clase de opiniones, pero nadie recordaba que somos lo que somos. Podemos encontrar un modo de alimentar a cualquier número de hombres, y quizá también de evitar que nos eliminemos mutuamente con la bomba; en eso somos gente experta, pero nunca hemos sido expertos en modificarnos a nosotros mismos, o en modificar nuestra conducta.

Lo sé. No soy un malvado ni un hombre cruel; todo lo contrario: soy un ser humano común, quiero a mi esposa y a mis hijos y me llevo bien con mis vecinos. Soy como otros muchos hombres, y hago las mismas cosas que ellos, y de la misma manera irreflexiva.

Soy también escritor, y les dije a Lieberman, el conservador del museo, y a Fitzgerald, el funcionario del gobierno, que me gustaría escribir la historia. Se encogieron de hombros.

-Escríbala -dijeron-, no cambiará nada.

-¿No creen ustedes que alarmará a la gente?

-¿Cómo puede alarmar a nadie si nadie lo creerá?

-Podría incluir una o dos fotografías.

-¡Oh, no! ¡Fotografías no!

-¿Qué sentido tiene esto? Me permiten que escriba la historia, pero no que publique fotografías para que la gente me crea.

-Sería inútil. Dirían que usted ha falsificado las fotografías, y eso aumentaría la confusión. Y si hay alguna probabilidad de salir bien de este asunto, la confusión no ayudaría.

-¿Qué ayudaría?

No podían decírmelo, porque no lo sabían. En consecuencia, he aquí lo que ocurrió, relatado de un modo directo y simple.

Todos los veranos, en el mes de agosto, cuatro buenos amigos míos y yo vamos a pescar durante una semana en la cadena de lagos de St. Regis, en los Adirondacks. Alquilamos la misma cabaña todos los veranos, vamos de un lado a otro en canoas, y a veces pescamos unas pocas lobinas. La pesca no es muy buena, pero jugamos a los naipes, cocinamos, y descansamos en general. El verano último yo tuve que hacer algunas cosas que no podía dejar de lado. Llegué con tres días de retraso y el tiempo era tan caluroso y apacible que decidí quedarme solo un día o dos después de haberse ido los otros. Había un pequeño prado delante de la cabaña y me propuse pasar tres o cuatro horas jugando al golf. Por eso yo tenía el palo de golf junto a mi cama.

El primer día que estuve solo abrí una lata de legumbres y otra de cerveza, cené, y me tendí en la cama con *La vida en el Mississippi*, un paquete de cigarrillos y una barra de chocolate de ocho onzas. No tenía nada que hacer, ni teléfono, ni obligaciones, ni diarios. Me sentía tan tranquilo como puede estarlo un hombre en estos tiempos de nerviosidad.

No había oscurecido aún, y yo leía a la luz que entraba por la ventana, sobre mi cabeza. Iba a tomar un nuevo cigarrillo cuando alcé la vista, y la vi al pie de la cama. El borde de mi mano tocaba el palo de golf y con un simple movimiento blandí el palo, le asesté un golpe violento y exacto, y la maté. A eso me refería anteriormente. Yo seré de este o de aquel modo, pero reacciono como un hombre. Creo que cualquier hombre, negro, blanco o amarillo, en China, en África o en Rusia, hubiese hecho lo mismo.

Me sentí completamente empapado en sudor al principio, y luego me di cuenta que iba a vomitar. Salí de la cabaña, recordando que no me sucedía eso desde 1943, en mi viaje a Europa en la bodega del barco *Liberty*. Pronto me sentí mejor y pude volver a entrar en la cabaña y mirarla. Estaba muerta, pero yo había ya decidido no dormir solo allí.

No podía tocarla con las manos desnudas. La recogí con un pedazo de papel rústico, la eché en mi cesta de pesca, y puse la cesta en el portamaletas del coche junto con el equipaje. Luego cerré la puerta de la cabaña, subí al coche y volví a Nueva York. Me detuve una vez en el camino, poco antes de llegar al Thruway, y dormité en el coche algo más de una hora. Casi amanecía cuando llegué a la ciudad, y me afeité, me di un baño caliente, y me cambié la ropa antes que despertara mi mujer.

Le expliqué durante el desayuno que no me las arreglaba solo, y como ella lo sabía, y los viajes de noche no eran en mí nada extraordinarios, no me abrumó con preguntas. Me serví dos huevos, un poco de café, y fumé un cigarrillo. Luego fui a mi estudio, encendí otro cigarrillo, y contemplé la cesta de pesca, que yo había puesto sobre el escritorio.

Mi mujer entró, vio la cesta, notó que tenía un olor demasiado fuerte, y me pidió que la llevara al sótano.

-Voy a vestirme -dijo-. Los muchachos están todavía en el campo. Tengo una cita con Ann para el almuerzo, pues no pensé que volverías hoy. ¿Me quedo?

-No, por favor. Aprovecharé para hacer algunas cosas.

Me senté y fumé algunos cigarrillos más, y al fin llamé al museo y pregunté quién era el encargado de los insectos. Me dijeron que se llamaba Bertram Lieberman y pedí que me permitieran hablar con él. Tenía una voz agradable. Le dije que me llamo Morgan y soy escritor, y él me indicó cortésmente que había visto mi nombre, y había leído algo que yo había escrito. Lo que suele oírse cuando un escritor se presenta a una persona amable y educada.

Pregunté a Lieberman si podía verlo y contestó que le esperaba una mañana de mucho trabajo. ¿Podía ser al día siguiente?

-Me temo que tenga que ser ahora mismo -repliqué con firmeza.

-Oh. ¿Necesita alguna información?

-No. Tengo un ejemplar para usted.

-Oh.

Ese «Oh» era un intervalo culto y neutral. No preguntaba ni respondía. Había que interpretarlo.

-Sí, creo que le interesará.

-¿Un insecto? -preguntó suavemente.

-Así creo.

-Oh. ¿Grande?

-Muy grande.

-¿A las once en punto? ¿Puede venir a esa hora? En el primer piso, entrando a la derecha.

-Iré.

-Una pregunta. ¿Está muerto?

-Sí, está muerto.

-Oh. Tendré el gusto de verlo a las once en punto, señor Morgan.

Mi mujer estaba ya vestida. Abrió la puerta del estudio y dijo firmemente:

-Llévate esa cesta de pesca. Huele mal.

-Sí, querida. Me la llevaré.

-Creía que necesitabas dormir un poco después de viajar toda la noche.

-Es gracioso, pero no tengo sueño. Creo que daré una vuelta por el museo.

Mi mujer dijo que eso era lo que le gustaba en mí, que nunca me cansaba de lugares como los museos, los tribunales de policía y los clubes nocturnos de tercera clase.

De todos modos, aparte del hipódromo, un museo es el lugar más interesante e insólito del mundo. Era en verdad insólito que además del señor Lieberman me esperaran otros dos hombres. Lieberman era un hombre flaco, de facciones agudas, y unos sesenta años de edad. El funcionario del gobierno, Fitzgerald, era bajo, de ojos negros, y llevaba anteojos con armazón de oro. Se mostró muy vivaz, pero no me dijo a qué parte del gobierno representaba. Se limitaba a decir «nosotros» refiriéndose al gobierno. Hopper, el tercer hombre, bien vestido, regordete y afable, era un senador de los Estados Unidos que se interesaba por la entomología, aunque con anterioridad a aquella mañana yo hubiera jurado que un senador entomólogo era algo que no existía ni podía existir.

La habitación era grande y cuadrada, estaba amueblada con sencillez, y había estanterías y armarios en todas las paredes.

Nos estrechamos las manos y luego Lieberman me preguntó, señalando la cesta con la cabeza:

-¿Es eso?

-Es eso.

-¿Puedo verlo?

-Véalo. No es nada que quiera pasar de contrabando. Se lo regalo.

-Muchas gracias, señor Morgan.

Lieberman abrió la cesta y miró adentro. Luego se irguió y los otros dos lo miraron inquisitivamente.

-Sí -dijo Lieberman.

El senador cerró los ojos un largo rato. Fitzgerald se quitó los anteojos y los limpió cuidadosamente. Lieberman extendió un mantel de plástico sobre el escritorio, y luego sacó la cosa de la cesta y la puso sobre el plástico. Los otros dos hombres no se movieron. Se quedaron sentados, mirando.

-¿Qué opina usted, señor Morgan? -me preguntó Lieberman.

-Creía que esto era asunto suyo -dije.

-Sí, por supuesto, pero quisiera tener su impresión.

-Una hormiga. Esa es mi impresión. Es la primera vez que veo una hormiga de cuarenta, cincuenta centímetros de largo. Y espero que sea la última.

-Un deseo comprensible -asintió Lieberman.

Fitzgerald dijo entonces:

-¿Puedo preguntarle cómo la mató, señor Morgan?

-Con un palo. Un palo de golf, quiero decir. Fui a pescar con unos amigos en St. Regis, en los Adirondacks, y llevé el palo para practicar un poco. Los tiros cortos son la peor parte de mi juego. Yo me quedé solo en la cabaña, y se me ocurrió practicar cuatro o cinco horas. Pero...

-No es necesario que lo explique -interrumpió Hopper sonriendo, pero con una sombra de tristeza en el rostro-. Algunos de nuestros mejores jugadores de golf tienen la misma dificultad.

-Estaba acostado, leyendo, y la vi al pie de mi cama. Yo tenía el palo...

-Comprendo -me interrumpió Fitzgerald.

-Evita usted mirarla -dijo Hopper.

-Me revuelve el estómago.

-Sí, sí, claro.

Lieberman preguntó:

-¿Quiere explicarnos por qué la mató, señor Morgan?

-¿Por qué?

-Sí, ¿por qué?

-No entiendo. ¿Qué quieren decirme?

-Siéntese, por favor, señor Morgan -dijo Hopper-. Trate de descansar. Esto ha sido muy penoso para usted.

-Todavía no he dormido. Y no sé qué pesadillas tendré realmente.

-No queremos inquietarlo, señor Morgan -declaró Lieberman-. Creemos, sin embargo, que ciertos aspectos de este asunto son muy importantes. Por eso le pregunto por qué la mató. Debió tener usted algún motivo. ¿Se vio usted atacado?

-No.

-¿Sorprendió usted un movimiento súbito?

-No. Estaba ahí, simplemente.

-Entonces, ¿por qué?

-La pregunta es inútil -intervino Fitzgerald-. Sabemos por qué la mató.

-¿Lo saben?

-La respuesta es muy sencilla, señor Morgan. Usted la mató porque usted es un ser humano.

-Oh.

-Sí. ¿Comprende?

-No, no comprendo.

-Entonces, ¿por qué la mató? -preguntó Hopper.

-Estaba muy asustado. Y todavía lo estoy, para decir la verdad.

-Es usted un hombre inteligente, señor Morgan -dijo Lieberman-. Permítame que le muestre algo.

Abrió las puertas de un armario adosado a la pared y me mostró ocho frascos de aldehído fórmico con ocho ejemplares como el mío, mutilados todos por un golpe violento y mortal. Yo me limité a mirar sin decir nada.

Lieberman cerró el armario y dijo, encogiéndose de hombros:

-Todas en cinco días.

-Una nueva raza de hormigas -murmuré tontamente.

-No. No son hormigas. Venga.

Me indicó que me acercara al escritorio y los otros dos se unieron a nosotros. Lieberman sacó de un cajón un equipo de instrumentos de disección, dio vuelta al bicho con unas pinzas, y señaló la parte baja de lo que sería el tórax en un insecto.

-Esto parece parte del cuerpo, ¿no es así, señor Morgan?

-Así es.

Utilizando otros dos instrumentos, Lieberman encontró una fisura, y tironeó hacia los lados. El tórax se abrió como el vientre de un avión de bombardeo. Era un receptáculo, una bolsa, y adentro había cuatro utensilios o instrumentos, hermosos y diminutos, de unos cinco centímetros de largo. Eran hermosos como es hermoso todo objeto de propósito funcional creado con amor, como la misma criatura, si ella no hubiera sido un insecto y yo un hombre. Utilizando unas pinzas, Lieberman sacó los instrumentos de las grapas que los sostenían y me los ofreció. Y yo los tomé, los palpé, los examiné y los dejé.

Luego miré la hormiga y me di cuenta que no la había observado verdaderamente hasta entonces. No observamos atentamente lo que nos parece horrible o repugnante. No se puede ver nada a través de una pantalla de aborrecimiento. Pero el aborrecimiento y el temor se habían diluido, y mirando aquello comprobé que no era una hormiga, aunque lo parecía. En verdad, yo nunca había visto ni imaginado nada semejante.

Los tres hombres me observaban y de pronto me defendí.

-¡Yo no lo sabía! -exclamé-. ¿Qué esperan ustedes que haga uno cuando ve un insecto de este tamaño?

Lieberman movió la cabeza afirmativamente.

-¿Qué es, en nombre de Dios? -pregunté.

Lieberman sacó de su escritorio una botella y cuatro copas. Nos sirvió y bebimos. Yo no había esperado encontrar un buen whisky en aquella oficina.

-No lo sabemos -dijo Hopper-. No sabemos qué es.

Lieberman señaló el cráneo roto donde asomaba una sustancia blanca.

-Materia cerebral -dijo-, gran cantidad.

-Una criatura muy inteligente, quizá -declaró Hopper.

-Un insecto, con una estructura en evolución -dijo Lieberman-. Sabemos muy poco de la inteligencia de nuestros insectos. No es exactamente lo que llamamos inteligencia. Es un fenómeno colectivo, como las partes que componen un cuerpo humano. Cada parte vive independientemente, pero la inteligencia es el resultado del conjunto. Si sucediera lo mismo en criaturas como esta...

Los hombres se quedaron mirando el bicho y yo pregunté:

-¿Y si tienen eso?

-¿Qué?

-La inteligencia colectiva de la que usted ha hablado.

-Oh. Bueno, no podría decirlo. Sería algo que superaría nuestros sueños más extravagantes. Comparadas con nosotros serían..., bueno, lo que somos nosotros comparados con una hormiga ordinaria.

-No lo creo -dije lacónicamente.

Y Fitzgerald, el funcionario, me replicó con calma:

-Tampoco nosotros lo creemos. Lo suponemos.

-Si es tan inteligente, ¿por qué no empleó contra mí una de sus armas?

-¿Hubiera sido eso una muestra de inteligencia? -preguntó Hopper suavemente.

-Quizá ninguno de esos instrumentos sea un arma -dijo Lieberman.

-¿No lo sabe? ¿Las otras no llevaban instrumentos?

-Los llevaban -contestó Fitzgerald lacónicamente.

-¿Y qué eran?

-No lo sabemos -dijo Lieberman.

-Pero ustedes pueden averiguarlo. Tenemos hombres de ciencia, ingenieros. Esta es una era de instrumentos fantásticos. ¡Examínenlos!

-Lo hemos hecho.

-¿Y qué han averiguado?

-Nada.

-¿Quiere decirme que no saben nada acerca de estos instrumentos, qué son, cómo funcionan, para qué sirven?

-Así es exactamente -replicó Hopper-. No sabemos nada, señor Morgan. Carecen de sentido para los mejores ingenieros y técnicos de los Estados Unidos. Conoce usted la vieja anécdota. «Dele a Aristóteles un aparato de radio. ¿Qué haría Aristóteles? ¿Dónde encontraría energía eléctrica? ¿Y qué recibiría si nadie transmite nada?» No es que esos instrumentos sean complicados. En realidad son muy sencillos. Pero no tenemos idea de lo que pueden o podrían hacer.

-Pero tienen que ser un arma de alguna clase.

-¿Por qué? -preguntó Lieberman-. Mírese a sí mismo, señor Morgan; es usted un hombre culto e inteligente, pero no concibe un mundo donde las armas no sean un artículo de primera necesidad. Sin embargo, un arma es algo raro, señor Morgan, un instrumento homicida. Nosotros no pensamos así porque las armas son hoy el símbolo de nuestro mundo. ¿Es eso civilización, señor Morgan? ¿O no son las armas y la civilización, en un sentido esencial, incompatibles? ¿No puede usted imaginar una mentalidad que no acepte, o no conciba la idea del crimen? Nosotros vemos todo a través de nuestra subjetividad. ¿Por qué otros (esta criatura, por ejemplo) no deben poder ver el proceso de la actividad mental fuera de su subjetividad? Se acerca a un ser de este mundo y la matan. ¿Por qué? ¿Qué explicación tiene? Dígame, señor Morgan. ¿Cómo se lo explicaría usted a una criatura completamente racional? -Y Lieberman señaló el bicho que estaba sobre el escritorio-. Se lo pregunto muy seriamente, ¿cómo lo explicaría usted?

-¿Un accidente? -murmuré.

-¿Y los ocho frascos del armario? ¿Ocho accidentes?

-Creo, doctor Lieberman -dijo Fitzgerald-, que por ese camino puede ir usted un poco demasiado lejos.

-Sí, para ustedes puede ser así. Es una parte del ambiente en que viven. Pero mi ambiente es la ciencia. Y como hombre de ciencia trato de ser racional. La creación de una estructura de lo bueno y lo malo, o lo que llamamos moralidad y ética, es función de la inteligencia, e indiscutiblemente el mal fundamental puede ser la destrucción de la inteligencia consciente. Por eso, y desde hace tanto tiempo, hemos aceptado al menos el mandamiento «No matarás», aunque sólo de los labios hacia fuera. Pero para una inteligencia colectiva, de la que podría ser parte esta criatura, la idea del asesinato sería inconcebiblemente monstruosa.

Me senté y encendí un cigarrillo. Me temblaban las manos. Hopper se excusó:

-Hemos sido un tanto duros con usted, señor Morgan. Pero en los últimos días otros ocho hombres han hecho exactamente lo mismo que usted. Estamos metidos en una trampa: somos lo que somos.

-Pero díganme, ¿de dónde vienen estas cosas?

-No importa casi de dónde vienen -contestó Hopper desanimadamente-. Quizá de otro planeta, quizá de los abismos de la Tierra, o de la Luna, o de Marte. No importa de dónde. Fitzgerald cree que vienen de un planeta menor, pues sus movimientos son aquí aparentemente lentos. Pero el doctor Lieberman opina que se mueven con lentitud porque no han descubierto la necesidad de moverse con rapidez. Entretanto, tienen que resolver el problema de estos asesinatos. Sólo Dios sabe cuántas han muerto en otros lugares, en África, Asia y Europa.

-Entonces, ¿por qué no se lo dicen al mundo? ¡Pronto, antes que sea demasiado tarde!

-Lo hemos pensado -dijo Fitzgerald-. ¿Pero y el pánico, la histeria? ¿Y si nos dicen que la culpa la tiene la bomba atómica? No podemos cambiar: somos lo que somos.

-Quizá se vayan.

-Sí, pueden hacerlo -declaró Lieberman-. Pero si no padecen la maldición del asesinato, quizá estén exentas también de la maldición del temor. Pueden ser sociales en el sentido más elevado. ¿Qué hace la sociedad con los asesinos?

-Hay sociedades que los condenan a muerte, y otras que reconocen su enfermedad y los encierran en un sitio donde no puedan seguir matando -dijo Hopper-. Por supuesto, es distinto cuando todo un mundo está en el banquillo. Ahora tenemos bombas atómicas y otras cosas, y estamos alcanzando las estrellas...

-Yo me inclino a creer que se irán -dijo Fitzgerald-. Quizá padezcan la maldición del temor, doctor.

-Quizá -admitió Lieberman-. Así lo espero.

Pero cuanto más lo pienso, más me parece que el temor y el odio son dos caras de la misma moneda. Trato aun de recordar, de recrear el momento en que vi al animal al pie de mi cama en la cabaña. Trato aun de extraer de mi memoria una visión clara de su aspecto, y descubrir si detrás de aquella cara quitinosa y de las dos antenas que se movían suavemente había alguna muestra de temor y de ira. Pero cuanto más se me aclaran los recuerdos, tanto más me parece descubrir una dignidad y una calma admirables. Nada de temor ni de ira.

Y cada vez más, mientras hago mi trabajo, tengo la impresión de lo que Hopper llamó «un mundo en el banquillo». Yo tampoco siento ira. Como un criminal que ya no puede vivir consigo mismo, me satisface que me juzguen.

DEL TIEMPO Y LOS GATOS

Al menos, aunque no tiene sentido alguno, explica lo de los gatos. En el *Times* de hoy había una nota sobre el corral municipal; llevaron allí cuatro veces el número corriente de gatos y el asunto sigue empeorando. Seguirá empeorando cada vez más, sin duda, pero los gatos no son tan malos como otras cosas.

Para explicarlo, después de convencerme respecto a que yo no había perdido el juicio, telefoneé a mi mujer. Algunos dicen que no hay en realidad modo alguno de convencerse del hecho que uno está en sus cabales, pero yo no opino lo mismo. Por lo menos estoy tan cuerdo como hace una semana.

-¿Dónde estás? -me preguntó mi mujer-. ¿Por qué me hablas por teléfono? ¿Por que no subes?

-Porque estoy en el centro de la ciudad, en el Waldorf.

-Oh, no. Estás en el piso de abajo. Te dejé ahí hace menos de tres minutos.

-Ése no soy yo, ¿entiendes?

-No.

Esperé un poco, y ella esperó también. Por fin dije:

-No, me parece que no entiendes.

-También vi cómo te escabullías en la esquina de la calle 63. ¿Jugabas al escondite?

-Bueno...

-¿Qué?

-Ése tampoco era yo. ¿Crees que estoy loco? ¿Piensas que he sufrido un trastorno o algo parecido?

-No, tú no eres de los que sufren trastornos.

-¿Qué opinas, entonces?

-Me reservo mi opinión.

-Gracias. Todavía te quiero. Cuando me viste en el piso de abajo hace unos minutos, ¿cómo estaba vestido?

-¿No lo sabes?

Mi mujer pareció impresionada por primera vez.

-Lo sé, pero quiero que me lo digas. ¿Es preguntarte demasiado? Dímelo, simplemente.

-Está bien, te lo diré. Tenías puesto el traje gris espigado.

-Ah -dije-. Bueno, yo esperaré en el teléfono. Quiero que vayas a mi armario y me digas qué hay ahí.

-No estás borracho. Te he visto borracho y no eras así. No iré al armario. Ven a casa y decidiremos si llamamos o no a un médico.

-Por favor -le supliqué-, por favor. Es poco lo que te pido. Hemos estado casados doce años. Han sido doce años de dar y tomar, de lo mejor y lo peor. Pero hemos salido bien de la prueba. Ahora sólo te pido que vayas...

-Bueno, espera. Iré a ver qué pasa en tu armario. No cortes.

Esperé mientras ella iba y volvía. Mi mujer tomó otra vez el aparato, pero no dijo nada.

-¿Y bien?

Suspiró y confesó que había ido al armario.

-¿Y lo has visto ahí?

-¿Tu traje gris?

-Sí.

-Sí.

-El traje gris espigado. Mi único traje gris. Tengo uno pardo, uno azul y otro Oxford. Tengo dos chaquetas deportivas y tres pares de pantalones de franela. Pero sólo un traje gris, ¿no es así?

-Un traje gris -dijo ella débilmente-. Pero quizás hayas comprado otro.

-¿Por qué?

-Qué sé yo por qué. Supongo que te gustan los trajes grises.

-No, no he comprado otro. Te doy mi palabra de honor. Alicia, te quiero. Llevamos doce años de casados. Soy un hombre sensato, nada veleidoso, ni siquiera romántico, como has observado.

-Eres bastante romántico -dijo ella rotundamente.

-Ya sabes lo que quiero decir. No he comprado otro traje gris. Es el mismo traje gris.

-¿Y está en dos lugares al mismo tiempo?

-Sí.

-Oh.

Hubo un silencio muy largo, y al fin dije:

-¿Harás ahora lo que te diga, aunque no tenga sentido?

Alicia calló un momento y suspiró.

-Sí.

-Bueno. Ahora son las dos y cuarto. Poco antes de las tres llamará el profesor Dunbar, te dirá alguna tontería acerca de su gato, y luego te preguntará por mí. Dile que se vaya al infierno. Luego toma un taxi y ven al Waldorf. Estoy en la habitación 1121.

-Bob -dijo mi mujer, insegura-. ¿Le diré eso..., que se vaya al infierno? Es el jefe de tu departamento.

-Bueno, no con esas palabras. Díselo a tu modo. Luego ven aquí directamente. Algo más. Si me ves en alguna parte, no me hagas caso. ¿Comprendes? Pase lo que pase, no me hagas caso. No me hables.

-Oh. Sí, por supuesto, si te veo en alguna parte no te haré caso. Y si te veo, ¿llevarás el traje gris?

-Sí. ¿Harás lo que te digo?

-Oh, sí, sí, por supuesto.

Y, aunque parezca extraño, lo hizo. Hay mujeres y mujeres; yo quiero a la mía. Me senté en aquella habitación (la menos costosa, ocho dólares diarios) y esperé. Traté de pensar en eso que nadie debiera pensar nunca, y exactamente a las tres y veinte llamaron a la puerta, y yo la

abrí, y allí estaba Alicia. Parecía un poco pálida, un poco agitada, pero lucía tan hermosa como siempre y se mantenía erguida y caminaba con sus propios pies.

La besé y ella me devolvió el beso, pero me dijo que lo hacía sólo porque yo tenía puesto el traje azul. Añadió que no se atrevería a besarme si yo tuviera el traje gris. Luego me preguntó seriamente si podíamos estar soñando.

-Los dos no -contesté-. Tú o yo. Pero esto no es un sueño. ¿Por qué lo preguntas? ¿Me has visto?

Movió la cabeza afirmativamente.

-Deja que antes me siente -dijo.

Se sentó y me miró con una sonrisa curiosa en el rostro.

-Así que me has visto.

-Sí, sí, te he visto.

-¿Dónde?

-En la esquina de la calle 58.

-¿Y yo te vi?

-No, creo que no. Yo iba en un taxi. Pero no debías emplear el singular. Debías haber preguntado: «¿Te vimos?» Porque ustedes eran tres.

-¿Los tres con traje gris?

-Los tres.

Yo tenía una botella de coñac y serví un poco para cada uno, y me bebí el mío de un trago y lo mismo hizo Alicia. Luego me preguntó qué hacía yo, y le dije que me estaba tomando el pulso.

-Yo creía que aquí en el Waldorf las habitaciones eran mejores -dijo Alicia-, aun por ocho dólares diarios. Si tuviera que ocultarme, no me ocultaría en el Waldorf. Iría a una posada de mala muerte, de cincuenta centavos diarios, como hacen en las novelas. ¿Cómo está tu pulso?

-Ochenta. Yo no me oculto.

-Ochenta está bien, ¿verdad?

-Está bien, es lo normal. Los dos somos normales, personas comunes con sentido común.

-¿Y?

-¿Cómo estaba yo? Quiero decir, ¿estaba...?

-Estábamos. Di estábamos. Eran tres. Y también te vi fuera de la casa. Así que son cuatro. Tomé el taxi antes que me alcanzaras, y cuando miré hacia atrás había otro. Ya son cinco.

-¡Oh, Dios mío!

-Sí, ciertamente, y ya puedes agradecerles a los astros que yo no sea una histérica. ¿Cuántos son ustede, si puedo preguntarlo?

-No lo sé -balbuceé-. Quizá cincuenta, quizás cien, quizá quinientos. No lo sé, sencillamente.

-Quieres decir que Nueva York está llena de ti. Cuando yo era niña y leía *Alicia en el País de las Maravillas* me imaginaba que la protagonista era yo. Ahora no tengo que imaginarlo.

-No, supongo que no. Dime, Alicia..., sólo una o dos cosas más, y luego trataré de explicar.

Le serví otro coñac y ella se lo bebió de un trago y dijo:

-Oh, magnífico. Me gustaría oír cómo lo explicas.

-Sí, sí, te gustará, naturalmente. Y yo te..., es decir, hasta donde es posible, te..., yo ciertamente...

-Balbuceas -me interrumpió Alicia, no sin compasión.

-¿Balbuceo, verdad? Bueno, escucha. Lo que quería decir es... ¿Cuando me viste triplicado, estaba yo..., estábamos peleando enojados?

-No, se llevaban muy bien. Pero estaban tan absortos en una discusión que habían interrumpido el tránsito. Esos trillizos tuyos no eran cualquier clase de trillizos, sino trillizos calvos, de cuarenta años de edad, tipo profesoral, idénticos, por supuesto, y vestidos con el traje gris espigado del que ya habla seguramente toda la ciudad. Sí, con tu chaleco tejido sin mangas, y la corbata de lazo verde.

-No sé cómo puedes reírte de algo semejante.

-Tengo el problema de mi propia cordura. ¿No quieres otro traguito?... Sí, le dije a Dunbar que se fuera al infierno, como tú me aconsejaste.

Alicia sirvió coñac y la mano no le temblaba. Que no me digan que un hombre conoce a la mujer con la que está casado; no llega a conocerla en doce ni en veinte años, a menos que suceda algo que no puede suceder, y la mayoría de las personas tienen una vida normal.

-¿Llamó por teléfono?

-Sí. Tú dijiste que llamaría.

-Pero no creí que lo hiciese. ¿A qué hora?

-A las tres menos diez exactamente. Miré la hora.

-Sí. ¿Qué dijo? Por amor de Dios, Alicia, ¿qué dijo?

-Si me hubieses advertido que era importante habría escuchado con más atención.

-Pero escuchaste, ¿verdad, Alicia?

-Lo malo es que él no habla bien el inglés y además estaba muy excitado. Está construyendo alguna clase de máquina en el sótano de su casa, un desviador de campo o algo parecido.

-Ya sé. Ya sé qué quiere hacer.

-Entonces, quizá puedas explicármelo.

-Lo haré, lo haré. Aunque te confieso que yo mismo no lo comprendo bien. Se le ha ocurrido que uno puede torcer el espacio o curvarlo... No, no es eso, sino algo parecido. Anudarlo, quizá... Hacer un nudo con un pedacito de espacio...

-No tiene sentido, Bob. Estás excitado, trastornado.

-¡Sí, estoy trastornado! ¡Estoy loco! ¡Maldita sea! ¿Qué dijo, Alicia?

-Así es mejor. Conviene que te enojes. Es una especie de válvula de seguridad.

-¿Pero qué dijo?

-Dijo que su gato se había metido en..., lo que fuera..., entre dos electrodos o algo parecido a electrodos.

-¿Un vórtice?

-Quizá. Sea lo que fuere, su gato se metió allí y desapareció. ¡Puf, y ya no había gato! Entonces, lo probó con él mismo (tiene la estabilidad emocional de un niño de seis años) y no sucedió absolutamente nada. Quiere que tomes tu coche y vayas inmediatamente a su sótano y le digas qué se puede hacer.

-¿Y?

-No lo sé -Alicia frunció el ceño-. Me aseguró que no tiene nada que ver con la desintegración atómica y esas cosas, pues si no se hubiese producido una terrible explosión y él no hubiera podido hablarme. Se le ocurrió, me parece, que había hecho un buen chiste, porque se reía. Ese humorismo de los profesores con sus alumnos. ¡Oh, perdón!

-No te preocupes. No puedes lastimarme ahora.

-Y yo le dije que se fuera al infierno. No precisamente con estas palabras. Le dije que pasabas la noche con tu hermano en Hartford, y cuando me preguntó el número del teléfono le contesté que estaba desconectado temporalmente. Tuve que darle la dirección y te envió allá un telegrama, o dijo que iba a enviártelo. Ahora te toca a ti.

-Ahora me toca a mí -repetí, y fui a la ventana y miré la calle.

-¿Te buscas a ti mismo? -preguntó Alicia.

-Un chiste malo.

-Perdóname, Bob, lo siento realmente -Alicia se levantó, se acercó y me tomó del brazo-. Sé que estás preocupado. ¿Por qué no me dices qué te pasa?

-¿Me creerás?

-Me parece que ahora puedo creerlo todo.

-Bueno. Vuelve a sentarte. Quiero que te sientes y que me mires. -Alicia me obedeció, y se quedó mirándome con el codo apoyado en el brazo del sillón y el mentón apoyado en la mano.- Yo soy tu marido, Robert Clyde Bottman. ¿No es así?

-De acuerdo.

-Y todos esos otros que has visto hoy eran también yo, tu marido, Robert Clyde Bottman. ¿No es así?

Alicia movió la cabeza afirmativamente.

-Bueno, ¿cómo lo interpretas?

-Oh, no. Yo no interpreto nada. Si tratara de hacerlo me volvería loca. ¿Cómo lo interpretas tú?

-Te lo diré. Esta mañana, a las diez y media, fuiste de compras al centro de la ciudad. Yo corregía unas pruebas. Poco después que salieras llamaron a la puerta. Abrí..., y allí estaba yo, el primero.

-Con traje gris.

-Exactamente. Y no me sorprendí demasiado al principio. Parecía alguien conocido, pero nadie sabe realmente lo que parece a los demás. El peor momento vino cuando descubrí que era yo mismo; no una imitación, no una copia, no un engaño, no una prueba afirmando que el diablo existe realmente, sino yo mismo. Era yo. Era yo. Era yo. Los dos éramos Robert Clyde Bottman. Los dos éramos reales. ¿Comprendes?

Por primera vez hubo una sombra de miedo en el rostro de mi mujer mientras sacudía la cabeza y decía:

-No, Bob, no comprendo.

-Escucha -continué-. Él me lo explicó, o yo se lo expliqué a él, como prefieras. Y mientras él explicaba llamaron de nuevo a la puerta, y la abrí y allí estaba yo otra vez. ¡Éramos tres! Entonces nos pusimos a discutir el asunto filosóficamente, y llamaron de nuevo a la puerta. Éramos cuatro.

-¡Bob, por favor!

-Escucha. Piensa en el día de hoy como tiempo. ¿Qué sucede cuando llega el día de mañana?

-Oh, es mañana. Pero deja eso, Bob. Dime qué ocurrió. No podría soportar esto mucho más.

-Y yo trato de decírtelo, créeme, Alicia. Pero antes tenemos que hablar del tiempo. ¿Qué es el tiempo?

-Bob, no lo sé. El tiempo es el tiempo. Pasa.

-Y yo no sé mucho más, si miras bien las cosas. Y nadie sabe mucho más. Pero el fútbol filosófico ha durado siglos. Yo me paseo por esta habitación. El tiempo pasa. He estado en un número de lugares de esta misma habitación, todos relacionados con mi ser físico real. ¿Qué me ha sucedido a mí tal como era hace dos minutos? Soy. Dejo de ser. Reaparezco.

-Tonterías -resopló Alicia-. Tú estuviste aquí todo el tiempo.

-Porque estoy relacionado conmigo mismo en función del tiempo. Pero supongamos que el tiempo sea un aspecto del movimiento. No hay movimiento, no hay tiempo. Piensa, si quieres, en un camino en términos de movimiento. Te mueves a lo largo del camino y todo aquello de lo que tienes conciencia se mueve paralelamente contigo. Pero nada desaparece, está todo ahí siempre, el ayer, el mañana el día que llegará dentro de un millón de años; una realidad de la que tenemos conciencia sólo en la fluctuante transición del ahora, este momento, este instante.

-No entiendo nada, ni lo creo. ¿Es un destino escrito, un futuro que nos han decretado?

-No, no -dije con impaciencia-. No es eso. El camino no está fijo. Es fluido, cambia constantemente. Pero no podemos sentarnos y discutir el tiempo, porque nos movemos por él. Y tengo que decírtelo antes que vayamos demasiado lejos. Esos otros yoes...

-Llámalos los del traje gris.

-Muy bien, los del traje gris. Me explicaron qué pasó hoy.

-¿Antes que pasara?

-Antes que pasara y después de haber pasado. No tiene importancia. Es una paradoja. Por eso nuestro equipo mental es impotente aquí. No hay en él lugar para la paradoja. El hombre más ilógico es lógico en relación con la paradoja. Así me ocurrió hoy a mí. Corregí las pruebas. Tú

regresaste. El profesor Dunbar me telefoneó y me habló del gato. Yo corrí a su casa. Llevé conmigo un tablero de transistores, descubrí dónde se había quemado el circuito, e hice las conexiones. Yo era el autor de las conexiones originales. Temblaba de excitación cuando...

-¿*Tú* temblabas de excitación?

-Bueno, reacciono ante algunas cosas. No te imaginas qué excitante era curvar el espacio, aunque fuese un pedacito. Yo no pensaba en el tiempo entonces. Había recogido al gato del profesor en la puerta de la casa y entré con él. Había allí tres gatos, pero no me sorprendió. Tomé al que estaba en el escalón y entré con él. El profesor estaba encantado. Decidimos que una curvatura del espacio había llevado al gato fuera de la casa. Pues bien, cuando conecté los transistores y encendí la fuerza motriz, me puse yo mismo entre los electrodos. ¿Qué podía ser más natural?

-Nada, nada absolutamente... Muy natural, sólo que te nombraron mentor de nuevas generaciones.

-Y eso ocurrió hoy a las cinco de la tarde.

-Y ahora son las cuatro y media. -Alicia se encogió de hombros-. Ocurrió hoy, pero todavía no. ¡Por amor de Dios, Bob, soy una mujer! ¡Háblame razonablemente!

-Hago lo posible. Tienes que aceptarlo; no pienses, acéptalo. La curvatura era en el tiempo, y quizá también en el espacio, pues los dos parecen ser inseparables. Sólo contábamos con trescientos amperios, y el efecto fue muy pequeño, una curvatura o rizo minúsculo, y luego se interrumpió. Pero el daño estaba hecho. Mi zona de tiempo particular tenía un rizo de cinco horas. En otras palabras, se repetía interminablemente, y cada vez que se repetía yo estaba varado ahí... No, no tiene sentido lo que digo, ¿verdad?

-Me temo que no -convino Alicia con tristeza-. Has dicho que ocurrió eso.

-Sí, pero el rizo me llevó al pasado, cuando aún no había ocurrido. Fui directamente a casa, llamé a la puerta, la abrí y entré. Me dije...

-¡Calla! -gritó Alicia-. ¡Deja de hablar de ti! Di el del traje gris, si es necesario.

-Está bien. El del traje gris me dijo lo que había pasado. Dios sabe cuántas veces se había repetido ya el rizo.

-¿No podías saber si se repetía?

-¿Cómo podía saberlo? Tengo conciencia sólo del ahora, no del ayer ni del mañana. ¿Cómo podía saberlo?

Alicia sacudió la cabeza en silencio.

-De todos modos -continué desesperadamente- hoy, en mi hoy, en nuestro hoy, esta mañana decidí acabar con eso. Tenía que pararlo. Me volvería loco, el mundo entero se volvería loco si no lo paraba. Pero ellos, los del traje gris, no querían que lo parara.

-¿Por qué?

-Porque tenían miedo. Tenían miedo de morir. Querían vivir tanto como yo. Yo soy el primer yo, y por tanto el verdadero yo; pero ellos también son yo, diferentes momentos de mi conciencia, pero yo. Sin embargo, no podían detenerme. No podían impedírmelo. Cuando les dije que se fueran, tuvieron que irse. Si se oponían, podían morir ellos también. Así que se fueron. Pero algunos vigilaban en la planta baja y algunos en otros lugares. Y todos eran yo. ¿Te preguntas si no estaré medio loco?

-Está bien, querido -dijo Alicia amablemente-. ¿Qué hiciste entonces?

-Me puse el traje azul, no el gris. Bajé por la escalera de incendios, pasé por la casa vecina, llamé un taxi, y vine a este hotel.

-Pero si lo que dices es cierto -observó Alicia, que comenzaba a compartir mi miedo y mi horror- cualquiera de ustedes, los del traje gris, puede ir a casa de Dunbar en vez de...

-Lo he pensado. No sé si resultaría. Pero para estar más seguro me he traído conmigo el tablero de transistores. Se necesitarán por lo menos diez horas de trabajo y un buen taller electrónico para armar otro tablero. Podrían reparar el circuito, y quizás haya fuerza suficiente para un gato, pero no para un hombre. Puedo jurarlo, no para un hombre.

-¿Y si armaran el tablero?

-No lo sé. No lo sé, sencillamente. Nada volvería a ser como antes. ¿Cuántos yoes habría en el mundo? Lo ignoro.

-¿Y si lo paras, Bob?

Me entendiera o no, Alicia me creía. Lo decían sus ojos; en ellos se veía el temor, profundo, húmedo y doliente.

-No puedo responderte. -Me encogí de hombros-. No lo sé. No hemos hecho más que rozar un gran misterio. Sólo nos queda esperar. Falta menos de media hora para las cinco, así que la espera no será larga.

Esperamos. Al principio tratamos de hablar, pero no estábamos muy elocuentes. Luego callamos. Cinco minutos antes de las cinco, Alicia se me acercó y me besó. La rechacé y la hice sentar en su silla.

-Tengo que estar solo -dije.

Yo esperaba algo, con un miedo que nunca había sentido antes ni volvería a sentir. Y dieron las cinco. Comparamos nuestros relojes. Llamamos a la mesa de entradas y comprobamos la hora. Eran las cinco y cinco. Alicia se echó a llorar y yo dejé que llorase. Luego decidimos volver a casa.

Había mucha gente y una conmoción en el vestíbulo, pero no nos detuvimos. Más tarde pensé que uno de ellos habría recordado que me gustaba el Waldorf y habría ido allí, pero entonces no nos detuvimos.

Tomamos un taxi. Mientras nos alejábamos del centro de la ciudad vimos siete grupos de gente, los grupos que se forman cuando ocurre un accidente y que en Nueva York son inconfundibles.

-Esta ciudad es hoy un frente de batalla -dijo el conductor.

No hicimos ningún comentario. No había trajes grises espigados a lo largo del trayecto, ni delante de la casa en que vivíamos, ni en nuestras habitaciones.

No hacía una hora que estábamos en casa cuando se presentó la policía. Eran dos hombres vestidos de civil y otros dos de uniforme. Hablaban como polizontes y querían saber si yo era el profesor Robert Clyde Bottman.

-Lo soy -les dije.

-¿Qué hace usted?

-Enseño física en la Universidad de Columbia.

-¿Tiene algo que lo identifique?

-Bueno, vivo aquí y tengo documentos, por supuesto.

-¿Tiene fotografías suyas?

Yo deseaba saber si se habían vuelto locos, pero Alicia sonrió amablemente y trajo nuestra carpeta de recortes y el álbum de la familia. Se tranquilizaron un poco, aunque nunca del todo. Pues en tres lugares de Nueva York unos amigos míos habían estado conversando conmigo y yo de pronto había desaparecido. Sí, yo había desaparecido y no habían vuelto a verme.

Uno de los que vestían de civil me preguntó si yo tenía algún hermano mellizo, y el otro dijo:

-Tienen que ser por lo menos trillizos.

Luego hablaron por teléfono y averiguaron que el número de hombres calvos vestidos con traje gris espigado, y que habían desaparecido de pronto, exactamente a las cinco en punto, llegaba ya a setenta y ocho y aumentaba constantemente. Se quedaron mirándome en silencio.

Discutieron luego si debían detenerme o no; uno quería hacerlo, otro se oponía. Hablaron otra vez por teléfono, y luego me dijeron que no saliera de la ciudad sin avisarles. Y se fueron. Poco después se presentó el profesor Dunbar.

-¡Ah!, está usted aquí -dijo-. Le di la espalda un instante y desapareció. Realmente, Bob, tiene que examinar ese circuito otra vez.

Alicia sonrió y prometió que yo iría al día siguiente, y arreglaría el circuito de una vez por todas.

Al salir, el profesor dijo:

-Lo más interesante es que había como dos docenas de gatos en el umbral cuando salí de casa. Todos exactamente iguales a Prudence.

-Prudence es la gata del profesor -le explique a Alicia.

-Oh, Prudence ha vuelto, sí. Soy muy aficionado a los gatos. Pero nunca había notado qué parecidos son.

-Y yo diría que nosotros nos parecemos a los gatos, profesor Dunbar -dijo Alicia.

-Bien dicho, muy bien dicho, en verdad. Bueno, mañana será otro día.

-Gracias a Dios -dijo Alicia.

Dejamos que se fuera y Alicia cocinó unos huevos revueltos. Luego comenzó a llegar la gente de los diarios. Nos abrumaron con sus preguntas, pero nosotros dijimos que no sabíamos nada y sonreíamos incrédulamente cuando nos hablaban de hombres de traje gris que se desvanecían en el aire. No sé si para mejor o para peor. Durante unos días el acontecimiento fue más popular que los platos voladores y yo me sentí un poco incómodo en clase. Pero Alicia dice que no durará.

Según su teoría, yo y mi traje gris seremos olvidados a causa del problema general de los gatos. El profesor Dunbar vive en el sector norte del Bronx y cuando fuimos a su casa al día siguiente, para arreglar el circuito de una vez por todas y arreglarlo bien, contamos más de un centenar de gatos. Esos eran los que estaban a la vista. Alicia dice que los gatos que no desaparecen -*puf*- interesan más que los profesores que desaparecen. Alicia dice que si el hombre es capaz de acostumbrarse al átomo, es capaz también de acostumbrarse a los gatos. De todos modos, la ciencia sigue su camino y tarde o temprano -aunque la idea no me gusta- algún otro hará un nudo en el tiempo.

CATÓN EL MARCIANO

En Marte sólo hablaban un idioma, de modo que los idiomas de la Tierra les parecían aun más fascinantes. El estudio del inglés era la manía favorita de la señora Erdig. El inglés era bastante popular, pero últimamente los marcianos que estudiaban chino eran más y más numerosos; antes el idioma preferido había sido el ruso. Pero la señora Erdig opinaba que ningún otro idioma tenía la variedad de inflexiones, matices y significados del inglés.

Por ejemplo, la palabra *righteousness* (rectitud, virtud, honradez, probidad). Se la mencionó esa noche a su marido.

-Te digo que apenas puedo comprenderla -dijo-. Quiero decir que se me escapa cuando me parece que ya la tengo. Y tú sabes qué torpe se siente uno con una palabra terrestre tan elusiva.

-No, no lo sé -replicó el señor Erdig, distraído.

El señor Erdig -significativamente- era especialista en latín, idioma registrado únicamente por medio de las infrecuentes transmisiones de la radio del Vaticano. Los marcianos que se especializaban en latín no sumaban más de un millar.

-Torpe, es evidente -repitió su esposa.

-Oh. ¿Por qué?

-Lo sabes. Me gustaría que no te hicieses el lerdo. Uno espera sentirse superior a esos salvajes del tercer planeta. Es irritante que una palabra terrestre se nos escape.

-¿Qué palabra?

-Entonces no escuchabas. *Righteousness*.

-Bueno, no alardeo de mi inglés, pero recuerdo el significado de *right*.

-Y *righteous* es algo enteramente distinto.

-¿Has consultado el diccionario de Lqynn? -preguntó el señor Erdig, con el pensamiento todavía enredado en sus propios problemas.

-¡Lqynn es un tonto!

-Por supuesto, querida. Podrías consultar al juez Grylyg en el Interductor. Es un experto en verbos ingleses.

-¡Oh, ni siquiera me escuchas! -exclamó la señora Erdig, desesperada-. Incluso tú debieras saber que *righteous* no es un verbo. Tengo la impresión que hablo con la pared.

El señor Erdig se incorporó -o hizo algo equivalente, pues las articulaciones de sus siete miembros poco se parecían a las de un ser humano- y le pidió perdón a su mujer. En realidad la quería y la respetaba.

-Lo siento terriblemente -dijo-. De veras, querida. Pero tengo tantas preocupaciones... Me pierdo en mis pensamientos, y además estoy deprimido.

-Lo sé, lo sé -dijo su mujer con una ternura inmediata-. Hay tantas preocupaciones. Sé cómo todo pesa sobre ti.

-Es una carga que nunca quise.

-Lo se, lo sé muy bien.

-Sí, hay marcianos y marcianos. -El señor Erdig suspiró fatigado-. Algunos han intrigado, sobornado y apelado a toda clase de tretas para ingresar en el Consejo Planetario. Yo no. Nunca lo deseé, nunca lo pensé.

-Por supuesto.

-Hasta quise negarme...

-¿Cómo podías hacerlo? -convino su esposa benévolamente-. Nadie se negó nunca. Hubiésemos sido unos parias. Los niños no hubieran vuelto a levantar la cabeza. Y es un honor, querido, un honor superior a todos. Eres joven, no tienes más que doscientos ochenta años, y estás en la flor de la vida. Sé qué carga es esa. Tienes que llevarla lo más ligeramente posible y no oponerte a todo lo que no te gusta.

-No me opongo a todo lo que no me gusta -dijo el señor Erdig lenta pero claramente-. A todo no. A lo que está mal.

-¿Y sabes cuando algo está mal?

-Esta vez sí, estoy seguro.

-Catón otra vez, supongo.

-¡El viejo tonto! ¿No le ven el juego? ¿No ven que es un idiota pomposo?

-Algunos sí, pero Catón parece reflejar el sentimiento prevaleciente.

-¿De veras? Pues te digo que mucho de eso que llamas el sentimiento prevaleciente es obra de él. Ayer pidió la palabra, se puso de pie, se aclaró la garganta y gritó: «¡La Tierra debe ser destruida!» Lo mismo que ha dicho en todas las sesiones en los últimos treinta años. Y esta vez, asómbrate, querida, esta vez tuvo el descaro de repetirlo en latín: *Terra esse delendam*. Pronto creerá que *es* Catón.

-¿Por qué no lo tomas como un homenaje? Al fin y al cabo, eres el primer latinista de Marte. Fuiste el primero que lo llamó Catón el Censor, y ahora todos lo llaman Catón. No me sorprendería que hayan olvidado su verdadero nombre. Puedes sentirte orgulloso de tu influencia.

-No es esa la cuestión -suspiró el señor Erdig.

-Sólo quiero darte un poco de ánimo.

-Lo sé, querida. No debiera enojarme contigo. Pero cada día sonríen menos, y lo escuchan más. Recuerdo las sonrisas divertidas cuando inició su campaña, los murmullos y los sacudimientos de cabeza. Muchos opinábamos que no estaba en sus cabales y necesitaba tratamiento médico. Luego, poco a poco, la actitud ha ido cambiando. Ahora todos lo escuchan seriamente..., y aceptan lo que dice. ¿Sabes que se propone someterlo a votación mañana?

-Bueno, el Consejo decidirá lo que conviene. Lo mejor que puedes hacer es dormir bien esta noche. Vamos.

El señor Erdig se levantó para seguir a su esposa. Estaban ya acostados, cuando ella dijo:

-Desearía que hubieras elegido el inglés, querido. ¿Por qué debe ser la palabra *righteous* tan desconcertante?

Cuando llegó el señor Erdig, la mayoría de los miembros del Consejo Planetario de Marte estaba ya allí. Mientras el señor Erdig se abría camino entre los otros representantes no pudo dejar de observar cierta frialdad, cierta restricción en los saludos. La señora Erdig hubiera dicho que él era demasiado sensible y que con esa sensibilidad nadie podía disfrutar de paz mental, pero el señor Erdig no se hacía ilusiones. Se enorgullecía de su perspicacia psicológica acerca del estado de ánimo del Consejo. Consideradas todas las cosas, estaba ya seguro que aquél era el día de Catón.

Cuando ocupaba su escaño, su amigo, el señor Kyegg, confirmó sus sombríos presentimientos.

-Advierto que piensa lo mismo que yo, Erdig -dijo.

-Sí.

-Bueno, *que serait, serait*. Lo que será, será. Es francés, idioma que habla sólo un puñado de personas en el continente europeo, pero muy elegante.

-Sé que Francia está en el continente europeo -observó el señor Erdig tiesamente.

-Por supuesto. Pues bien, el viejo Fllari me convenció para que lo estudiara con él. El pobre tipo necesita dinero.

El señor Erdig notó que su irritación con Kyegg aumentaba, y sin motivo. Kyegg era un compañero muy decente a quien el señor Erdig había conocido hacía más de doscientos años. Era infantil permitir que un estado de irritación general lo separase de un miembro de ese reducido círculo de los que aún podía llamar amigos.

En momentos de tensión como ese, el señor Erdig solía arrellanarse en su asiento y contemplar el techo de la sala del Consejo. Como la mayoría de los marcianos, el señor Erdig era dueño de un agudo y bien desarrollado sentido estético, y no se cansaba de contemplar las bellezas de los edificios y paisajes marcianos. En realidad, la creación de belleza y la apreciación de la misma eran preocupaciones esenciales en la sociedad marciana. Ni siquiera el señor Erdig hubiese negado la superioridad marciana en estas cuestiones.

El cielo raso de la Cámara del Consejo reproducía el firmamento nocturno de Marte, de un color azul purpúreo aterciopelado. Las estrellas eran como flores en un árbol primaveral. La luz plateada de las estrellas iluminaba la sala.

«¡Qué hermosas y sabias son las creaciones que acompañan nuestras vidas! -pensaba el señor Erdig-. ¡Qué bueno es ser marciano!»

Compadecía a los pobres diablos del tercer planeta. ¿Por qué los otros no podían sentir lo mismo?

Los toques de campana que anunciaban el comienzo de la sesión lo sacaron de su arrobamiento. Todos los asientos estaban ocupados.

-Ha llegado el momento -dijo el amigo del señor Erdig, el señor Kyegg-. No hay un asiento vacío en la casa.

Leyeron las minutas de la reunión anterior.

-El primero que hablará será Catón -afirmó el señor Kyegg.

-No hace falta mucha perspicacia para preverlo -replicó el señor Erdig agriamente, señalando a Catón.

Catón había levantado ya el brazo (o el miembro, o el tentáculo, según el punto de vista).

El presidente se inclinó y le concedió la palabra.

Catón el Censor terminaba todos sus discursos en el Senado romano pidiendo que Cartago fuera destruida. Catón el marciano lo superaba, pues comenzaba y terminaba todos los suyos pidiendo la destrucción de la Tierra.

-La Tierra debe ser destruida -comenzó también esta vez, e hizo una pausa hasta que terminaron los aplausos-. ¿Por qué sigo año tras año haciendo un pedido que en otro tiempo parecía a tantos sanguinario y cruel? Les aseguro que cuando mis labios formaron por vez

primera esa frase, se me oprimió el corazón y el asco me revolvió las entrañas. Soy un marciano como todos ustedes, y como para ustedes el homicidio es para mí el mal fundamental, y la fuerza es la marca de la bestia. ¡Piensen en lo que me costó crear esa frase y pronunciarla por vez primera en esta cámara, hace tantos años! ¡Recuerden cómo se sintieron ustedes! ¿Fue acaso fácil entonces, fue acaso fácil en todos estos años? ¿Es acaso fácil el papel de *patriota*? Sí, empleo una palabra que nos ha enseñado la Tierra: *patriota*. Una palabra que hoy tiene para nosotros mucho significado.

-*Le patriotisme est le dernier refuge d'un gredin* -observó el señor Kyegg cáusticamente-. Francés, un idioma sentencioso.

-Inglés en realidad -le corrigió el señor Erdig-. *Patriotism is the last refuge of a scoundrel*.[1] La frase es de Samuel Johnson, creo. El decano y el mayor ingenio del mundo literario de Londres hace dos siglos. -El señor Erdig se sentía lo bastante desagradable para poner al señor Kyegg en su lugar-. Londres es la ciudad más grande de Inglaterra, una isla situada a pocos kilómetros del continente europeo.

-Oh, sí -asintió débilmente el señor Kyegg.

-... No sólo porque amo a Marte -decía Catón-, sino también porque amo la esencia y el significado de la vida. Hace ya casi medio siglo captamos las primeras señales radiotelegráficas terrestres. En Marte no conocíamos la palabra *guerra*; nos la enseñó la Tierra. No sabíamos qué significaba matar, destruir, torturar. En verdad, cuando comenzamos a analizar y comprender los diversos idiomas de la Tierra, dudamos de nuestros propios sentidos, de nuestra capacidad analítica. Oíamos, pero nos negábamos a creer lo que oíamos. Nos negábamos a creer que hubiese una raza inteligente dedicada al asesinato, el robo y la brutalidad en una medida que los marcianos no podíamos imaginar...

-Nunca cambia una palabra -murmuró el señor Erdig-. Siempre es el mismo discurso una y otra vez.

-Ha aprendido a decirlo muy bien, ¿no le parece? -preguntó el señor Kyegg.

-... ¡No podíamos creerlo! -exclamó Catón-. ¿Quién podía creer algo semejante? Somos una raza bondadosa y misericordiosa. Tratábamos de razonar, de explicar, de disculpar, pero cuando nuestros receptores captaron las primeras señales de televisión, ya no pudimos interpretar racionalmente, ni explicar ni disculpar. Aquello que podían haber puesto en duda nuestros oídos, lo comprobaban nuestros ojos. Lo que nuestra sensibilidad rechazaba, la realidad nos lo imponía. No tengo que recordarles lo que hemos visto en quince años de transmisiones de televisión terrestre. ¡Crimen, crimen, crimen y violencia! ¡Asesinato y muerte violenta, ésos son los sueños, la vida y las ilusiones de los terrestres! Hombre contra hombre, nación contra nación, madres contra hijos, y siempre violencia y muerte...

-Dijo que no iba a recordarlo -murmuró el señor Erdig.

-Es bueno saberse de memoria un discurso -dijo el señor Kyegg-, de ese modo no es necesario escucharlo con atención.

Pero los miembros del Consejo escuchaban con atención mientras Catón continuaba:

-¡Y *guerra*! Nuestro lenguaje no tenía esta palabra, que nos llegó de la Tierra. ¡Una guerra interminable, guerras grandes y pequeñas, hasta que la mitad del mundo es un cementerio y la atmósfera misma está empapada en odio!

-Hermosa imagen, ¿no le parece? -preguntó el señor Kyegg a su compañero, pero el señor Erdig no se dignó contestarle.

-Y luego -prosiguió Catón en voz baja y siniestra- vimos cómo hacían estallar la primera bomba atómica. La televisión nos mostró cómo probaban una y otra vez esa arma monstruosa, envenenaban la atmósfera y se preparaban para una nueva guerra. ¡Ah!, recuerdo muy bien la calma que guardaban nuestros filósofos. «Déjenlos -decían-, se destruirán a sí mismos.» ¿Lo harán? Marte significa mucho para los marcianos, y yo no tengo fe en los filósofos.

-Se refiere a usted -le dijo el señor Kyegg al señor Erdig.

-¡Los filósofos! -repitió Catón con desprecio-. Conozco bien a uno de ellos. Por burla me ha apodado Catón, exhibiendo sus conocimientos latinos. Pues bien, acepto el nombre. Y como

Catón digo que la Tierra debe ser destruida. No por lo que la Tierra ha hecho y sigue haciendo (convengo en que eso no nos concierne), sino por eso que, como lo sabe todo marciano, la Tierra nos hará inevitablemente a nosotros. Hemos visto cómo enviaban a la atmósfera sus primeros satélites; no hicimos nada mientras ellos lanzaban al espacio sus proyectiles de exploración; y ahora, ahora, como confirman nuestros astrónomos, han enviado un cohete a la Luna.

-Eso cierra la cuestión -suspiró el señor Erdig.

-¿Hasta cuándo esperaremos? -gritó Catón-. ¿Nuestro hermoso planeta se convertirá en un desierto atómico sin que nosotros movamos un dedo? ¿No haremos nada hasta que los primeros invasores terrestres desciendan en Marte? ¿O destruiremos esa plaga tan firme y seguramente cómo destruiríamos una nueva y terrible enfermedad? ¡Digo que la Tierra debe ser destruida! ¿Pero no el próximo mes o el año que viene, sino ahora mismo! ¡La Tierra debe ser destruida!

Catón se sentó, pero no como anteriormente entre una pequeña salva de aplausos o un silencio desaprobador, sino entre una tormenta de asentimiento y aprobación.

Soy un necio al considerarme un filósofo, pensaba el señor Erdig mientras se levantaba para hablar, pero supongo que lo soy, aunque un filósofo menor. Y anunció a los miembros del Consejo que no los iba a entretener mucho tiempo.

-Soy uno de esos individuos -dijo- que aun cuando saben que no ganarán una discusión, encuentran cierta satisfacción en exponer sus ideas. Ya saben que no estoy de acuerdo con Catón. Lo he dicho categóricamente y en muchas ocasiones, pero esta es la conclusión de un largo debate, y no el comienzo de otro.

»Nunca creí que llegaría a ver el día en que este Consejo convendría en que la Tierra debe ser destruida. Pero parece evidente que están de acuerdo con Catón. Permítanme que les hable de algunas de las cosas qué nos proponemos destruir.

»Nosotros, los marcianos, nunca apreciamos realmente nuestra longevidad hasta que comenzamos a escuchar, podríamos decirlo así, lo que ocurría en la Tierra, y hasta que comenzamos a verlo. Todos tenemos bastantes años como para recordar esa época en que los pobladores de la Tierra no habían descubierto aún el secreto de las transmisiones de radio y televisión. ¿Era entonces nuestra vida tan rica como hoy?

»Muchas cosas han cambiado en ese breve período de dos veintenas de años terrestres. Nuestro antiguo y hermoso idioma marciano se ha enriquecido con centenares de palabras terrestres. Los idiomas de la Tierra son hoy el pasatiempo y el placer de millones de marcianos. Los juegos de la Tierra nos divierten y entretienen, de tal modo que el béisbol, el tenis y el golf nos parecen juegos nativos, perfectamente adecuados para nosotros. Todos recuerdan la monotonía y estancamiento en que había caído nuestro arte; el arte de la Tierra le infundió nueva vida, dándonos nuevas formas, ideas y direcciones. En nuestras bibliotecas hay millares de libros que tratan de la Tierra, sus usos, sus tradiciones y su historia; y como en la Tierra tienen la costumbre de leer libros y poemas por radio, disponemos ahora de los tesoros literarios de ese planeta.

»¿En qué aspecto de nuestra vida no se siente la influencia de la Tierra? Nuestros arquitectos han imitado los edificios terrestres. Nuestros médicos han encontrado en la Tierra técnicas y métodos que han salvado aquí muchas vidas. Las sinfonías terrestres se tocan en nuestras salas de concierto, y las canciones de la Tierra han inundado el aire marciano.

»He señalado sólo algunos tesoros, de una lista casi interminable. Y se proponen destruir esa Tierra. ¡Oh, no puedo refutar a Catón! Dice la verdad. La Tierra es un misterio para nosotros. Nunca hemos respirado el aire de la Tierra, ni hemos pisado su suelo, ni hemos visto directamente las grandes ciudades y los verdes bosques. Sólo nos llega una sombra de la realidad, y esa sombra nos confunde y asusta. Comparados con nosotros los habitantes de la Tierra viven poco. Desde el nacimiento hasta la muerte es sólo un momento. ¿Cómo han hecho tanto en tan frágiles momentos de existencia? No lo sabemos realmente, no lo comprendemos. Los vemos divididos, alimentando odio, temor y resentimiento. Vemos cómo matan y destruyen, y nos quedamos perplejos y confusos. ¿Cómo esos seres que crean tan magníficamente pueden destruir con tanta facilidad?

»¿Pero la destrucción resuelve acaso este problema? Hay dos mil millones y medio de personas en la Tierra, tres veces el número de los habitantes de Marte. ¿Podremos dormir alguna vez en paz, soñar en paz, si los destruimos?

La respuesta de Catón al señor Erdig fue muy breve:

-¿Podremos dormir alguna vez en paz, soñar en paz, si no los destruimos?

El señor Erdig se sentó y comprendió que todo había terminado.

-No es como si lo hiciésemos nosotros -le dijo la señora Erdig a su marido esa noche en su casa.

-Lo mismo, querida.

-Pero como tú dices hay allí dos países, como ellos los llaman, la Unión Soviética y los Estados Unidos de Norteamérica, los dos países más poderosos de la Tierra, armados hasta los dientes con quién sabe cuántas bombas atómicas, preparados para lanzarse el uno contra el otro. Conozco bastante la historia de la Tierra y sé que tarde o temprano estallará una guerra, aunque sólo sea por accidente.

-Quizás.

-Y nosotros -dijo la señora Erdig dulcemente- no haremos más que apresurar ese accidente inevitable.

-Sí, hemos llegado a eso -respondió el señor Erdig con tristeza-. Guerra, crueldad e injusticia, palabras terrestres que hemos aprendido, palabras extranjeras, palabras detestables. Sería inmoral que nos armáramos para la guerra o que pensáramos en la guerra. Pero un accidente es otra cosa, ciertamente. Fabricaremos un cohete, le pondremos una cabeza atómica, y lo lanzaremos al espacio. Circundará la Tierra, pasando sobre los polos, e irá a caer en el desierto de Arizona, en los Estados Unidos. En el peor de los casos, destruiremos unas pocas serpientes y vacas. Sí, no nos ensuciaremos las manos. Poco después que estalle esa bomba, la Tierra iniciará su propia destrucción. Pero nosotros nos hemos declarado inocentes.

-No me gusta oírte hablar de ese modo, querido -protestó la señora Erdig-. Nunca oí hablar así a un marciano.

-No me enorgullece ser marciano.

-¡Erdig!

-Me revuelve el estómago.

Había algo de aspereza en la voz de la señora Erdig cuando dijo:

-No sé cómo puedes estar tan seguro de tener razón y que todos los demás se equivocan. A veces pienso que discrepas sólo por el placer de discrepar, o de parecer desagradable. Me parece que para un marciano no debiera haber nada más importante que nuestra seguridad y nuestro sistema de vida. Y no comprendo que sea un error tan terrible apresurar algo que de todos modos sucederá más pronto o más tarde. Si los habitantes de la Tierra fuesen gente digna, sería distinto...

El señor Erdig no escuchaba. Largos años de matrimonio le habían enseñado que cuando su mujer ponía en marcha esa oleada de razonamientos y pruebas podía seguir así mucho tiempo. Dejó entonces que su pensamiento, como hacía tan frecuentemente, evocara las verdes praderas terrestres y aquellos mares azules y cabrilleantes. ¡Cuántas veces había soñado con esa inmensidad de agua ondulante e inquieta! ¡Cuán maravillosa y terrible tenía que ser! No había mares en Marte, de modo que no era fácil imaginarse los océanos terrestres. Pero no podía pensar en esos océanos sin recordar los habitantes de la Tierra, las grandes ciudades de la Tierra.

De pronto sintió una punzada de dolor, como si le hubieran clavado un cuchillo en el pecho. En el viejo y no hablado lenguaje de la Tierra que había llegado a apreciar tanto, murmuró:

-*Magna civitas, magna solitudo.*

El cohete había sido terminado y tenía ya una cabeza atómica, tarea fácil para la tecnología marciana. En los templos (o sus equivalentes) de Marte se rezó una plegaria por las almas de los terrestres, y luego el cohete se elevó en el espacio.

Los astrónomos lo observaron y los matemáticos le siguieron la pista. A pesar del lúgubre propósito y del terrible destino del cohete, los marcianos no pudieron reprimir un sentimiento de orgullo. La capacidad y la eficiencia de los hombres de ciencia marcianos eran indiscutibles. El cohete pasó sobre el polo norte de la Tierra y aterrizó en el desierto de Arizona, a menos de diez kilómetros de distancia del blanco elegido.

La atmósfera de Marte es tenue y clara, y millones de marcianos cuentan con excelentes telescopios. Millones de marcianos observaron pues cómo estallaba la cabeza atómica, y millones se quedaron con los telescopios enfocados en la Tierra, esperando presenciar el holocausto de radiación y llamas que indicaría el principio de la guerra atómica terrestre.

Esperaron en vano. Los marcianos eran seres civilizados, de ningún modo sedientos de sangre, pero tenían mucho miedo, y algunos esperaron y observaron hasta que la mañana marciana encendió el firmamento con violetas y rojos.

Pero no había guerra en la Tierra.

-Me pregunto qué puede haber salido mal -dijo la señora Erdig alzando la vista del ejemplar de *Feria de vanidades* que leía por segunda vez.

En realidad no esperaba una respuesta, pues en los últimos días su marido estaba cada vez menos comunicativo. Se sorprendió un poco cuando él contestó:

-¿No lo adivinas?

-No sé por qué te consideras tan superior. Nadie puede adivinarlo. ¿Tú puedes?

En vez de contestar, el señor Erdig dijo:

-Envidio tu conocimiento del inglés, aunque sólo sea para leer a novelistas como Thackeray.

-Es divertido -confesó la señora Erdig-, pero no puedo acostumbrarme a la pesadilla de la vida en la Tierra.

-No sabía que era para ti una pesadilla.

-¿Qué otra cosa puede ser?

-No lo sé -suspiró el señor Erdig-. Pero me hubiese gustado leer *La Conquista de la Galia*, de César. Nunca la transmitieron por radio.

-Quizá la transmitan.

-No, no. No habrá más transmisiones de radio desde la Tierra, no habrá más televisión.

-¿Por qué? Si no inician esa guerra y no se destruyen a sí mismos, volverán a sus transmisiones.

-Lo dudo -dijo el señor Erdig.

El segundo cohete lanzado desde Marte estalló en el desierto de Siberia. Otra vez los marcianos observaron durante horas con sus telescopios, y esperaron. Todos menos el señor Erdig. La obsesión corriente en Marte no le interesaba. La mayor parte del tiempo la dedicaba al estudio del inglés, sumiéndose en la lectura de las novelas, los diccionarios y las enciclopedias de la señora Erdig. Su progreso, como les contaba la mujer a los vecinos, era pasmoso. Sabía ya bastante inglés como para mantener una conversación regular.

Cuando el Consejo Planetario de Marte se reunió y resolvió enviar un cohete a Londres, el señor Erdig no estaba presente. Se quedó en su casa leyendo un libro, uno de los ejemplares en inglés de su mujer.

Como muchos de los recientes hábitos de su marido, aquella ausencia del Consejo molestó a la señora Erdig. Decidió entonces darle una conferencia acerca de los deberes de un buen

marciano y, en particular, sobre aquella lamentable falta de patriotismo. Esta palabra estaba muy de moda en Marte aquellos días.

-Tengo cosas más importantes que hacer -replicó finalmente el señor Erdig ante tanta insistencia.

-¿Qué cosas?

-Leer este libro, por ejemplo.

-¿Qué libro?

-Se llama *Huckleberry Finn*. Lo escribió un norteamericano, Mark Twain.

-Es un libro tonto. No le encontré pies ni cabeza.

-Bueno...

-No sé por qué es importante.

El señor Erdig meneó la cabeza y siguió leyendo.

Y esa noche, cuando encendieron la radio, los Erdig se enteraron, lo mismo que los otros marcianos, que habían lanzado un cohete contra la ciudad de Londres.

Pasó un mes antes que la primera bomba atómica terrestre estallara en la superficie de Marte. Siguieron otras. Y todavía no había guerra en el planeta Tierra.

Los Erdig tenían buena suerte, pues vivían en una parte de Marte que todavía no había experimentado el impacto monstruoso y esterilizante de una bomba de hidrógeno. Mantenían así una apariencia de vida normal, y el señor Erdig continuaba con su costumbre de leer aproximadamente una hora antes de acostarse. Como tenía el Intertator en funcionamiento casi constante en esos días, se había retirado al equivalente marciano de una caverna humana. Estaba allí esa noche particular cuando la señora Erdig entró apresuradamente y le informó que la primera flota de naves terrestres acababa de descender en Marte. Los soldados de la Tierra estaban ocupando Marte y no había resistencia posible.

-Muy interesante -dijo el señor Erdig.

-¿No me has oído?

-Te he oído, querida.

-¡Son soldados, soldados armados de la Tierra!

-Sí, querida.

Y el señor Erdig volvió a su libro, y cuando su esposa vio que leía por tercera vez aquella tontería llamada *Huckleberry Finn*, salió de la habitación desesperada. Iba a cerrar dando un portazo, cuando el señor Erdig dijo:

-Oh, querida.

La señora Erdig volvió a entrar y preguntó:

-¿Qué pasa?

-Recordarás -contestó el señor Erdig, como si los soldados terrestres no descendiesen en Marte en aquel mismo momento- que hace un tiempo no le encontrabas sentido a una palabra inglesa, *righteous*.

-¡Por Dios!

-Bueno, te preocupaba tanto...

-¿Pero no oíste lo que dije?

-¿De esas naves que llegan de la Tierra? Sí, sí, por supuesto. Bueno, estaba leyendo este libro por tercera vez, un libro muy notable, y encontré esa palabra, y no es realmente una palabra oscura. De ningún modo. Un hombre *righteous* es un hombre puro, sensato, bueno, santo y justo, sobre todo justo. Y equitativo, podría añadir. Catón el Censor era un hombre así. Sí, y también Catón el marciano, creo. ¡Pobre Catón! Lo frió una de esas bombas de hidrógeno, ¿no es así? Era un hombre muy *righteous*.

La señora Erdig huyó de la habitación sollozando histéricamente. El señor Erdig suspiró y volvió a su novela.

[1] El patriotismo es el último refugio de los canallas.

LA CAJA FRÍA, FRÍA

Como siempre, la reunión anual del Directorio había sido convocada para las nueve de la mañana del día 10 de diciembre. Las nueve de la mañana era una hora sensata y razonable para iniciar el trabajo del día, y el 10 de diciembre se había elegido hacía mucho tiempo como garantía contra la seducción de las palabras. Cada uno de los directores debía estar en su casa para las fiestas de Navidad -o su equivalente-, y de acuerdo con la agenda las deliberaciones durarían exactamente dos semanas, y ni una hora más.

Al comienzo habían habido muchas sesiones prolongadas, a veces de dos o tres días, en que los directores trabajaban las veinticuatro horas sin tomarse tiempo para dormir o descansar. Pero luego, a medida que todo se ordenaba, y el sistema reemplazaba a la improvisación, la reunión del día se levantaba a las cuatro en punto de la tarde, e incluso había años en que la reunión general terminaba su trabajo con una anticipación de uno o dos días.

La reunión del Directorio era ahora asunto de simple rutina. El gran reloj de la pared de la hermosa y espaciosa sala de reuniones dio las nueve, con su voz baja y musical, cuando el último de los directores ocupó su asiento. Los directores se saludaban amablemente con un movimiento de cabeza, y si estaban sentados junto a viejos amigos, cambiaban unas palabras afectuosas. Estaban muy tranquilos, sin sentir preocupación o inquietud ante la perspectiva de la larga reunión.

Los directores eran exactamente trescientos, y las butacas se ordenaban en un cómodo círculo de muchas filas. La habitación parecía un pequeño anfiteatro. Dos pasillos descendían hasta un círculo o escenario central, de unos seis metros de diámetro, con un estrado que permitía que el orador se volviese a un lado o a otro mientras hablaba. El número de trescientos directores era arbitrario, convenido tras muchas pruebas y mantenido como un número adecuado para trabajar. La mitad de la sala estaba siempre vacía. De vez en cuando se hablaba de reformar la sala, pero con el tiempo los asientos vacíos fueron parte normal de la decoración.

Los miembros del Directorio se dividían por partes iguales en hombres y mujeres. Nadie podía ser director antes de cumplir treinta años, pero el retiro era voluntario y muchos miembros pasaban de los setenta. Unos dos tercios estaban en la cincuentena. Como el Directorio era responsable de una administración internacional, estaban allí representadas todas las naciones y razas: hombres negros y blancos, morenos y amarillos, de todos los matices y gradaciones intermedios. Lo mismo que las Naciones Unidas -aunque eran demasiado modestos para admitir esa comparación- tenían varios idiomas oficiales (y un sistema de traducciones simultáneas), pero el utilizado con más frecuencia era el inglés.

Como algo natural, el presidente del Directorio, que había nacido en Indochina, abrió la sesión en inglés, idioma que hablaba con facilidad, saludó a los presentes, anunció que no faltaba ningún miembro, y dijo luego:

-En nuestra reunión anual, y podría decir que es un procedimiento establecido, el primer punto es moral y legal: la cuestión del señor Steve Kovac. Lo tratamos antes de leer el orden del día, pues creemos que la cuestión del señor Kovac no es un asunto de orden del día o de negocio, sino de conciencia. De nuestra conciencia, debo añadir, y no sin humildad; pues el señor Kovac es nuestro único secreto. Todo lo demás, todo lo que este Directorio discuta, vote, y decida, o rechace, será hecho público, como saben ustedes. Pero del señor Steve Kovac nada conoce el mundo; y en todos los años del pasado hemos decidido que el mundo siga ignorando al señor Kovac. Todos los años el señor Kovac es víctima de una acción cruel y criminal, que ejecutan los miembros de este Directorio. Todos los años hemos decidido repetir ese crimen.

La mayoría de los miembros del Directorio no reaccionó al oír estas palabras, pero algunos hombres y mujeres jóvenes manifestaron sorpresa, perplejidad e inquietud, ya con gestos o ya en voz baja, con protestas de incredulidad. Los miembros del Directorio no eran personas insensibles.

-Este año, como en el pasado, hablamos en primer lugar del señor Kovac -continuó el presidente- pues sólo cuando hayamos decidido este asunto podremos discutir los demás. Este año decidiremos, como en el pasado, si cometeremos o no un crimen.

Una mujer joven, miembro nuevo del Directorio, con el rostro enardecido e irritado, se levantó y le preguntó al presidente si podía hacer una pregunta. El presidente contestó que sí.

-¿Debo entender que habla usted en serio, señor presidente, o es una travesura de estudiante de segundo año para edificación de los miembros nuevos?

-Este Directorio no está acostumbrado a oír ese lenguaje, señorita Ramu, y usted debiera saberlo -contestó con indulgencia el presidente-. Estoy hablando muy en serio.

La mujer se sentó. Se mordió el labio inferior y bajó la vista. Se levantó un hombre joven.

-¿Qué desea decir, señor Steffanson? -le preguntó amablemente el presidente.

El hombre se sentó otra vez. Los miembros más viejos se mostraban gravemente atentos y pensativos, pero sin impaciencia.

-No me propongo evitar un debate y responderé gustosamente a todas las preguntas -dijo el presidente-, pero antes diré algo más acerca de este molesto asunto. Dos son las razones por las que consideramos todos los años este problema. Ante todo, el crimen que hemos cometido en el pasado no puede dejarnos indiferentes; necesitamos que nos lo recuerden: el crimen premeditado amenaza mortalmente la decencia primera, ¡y Dios nos ayude si alguna vez llegamos a mostrarnos complacientes! La otra razón: cada año hay nuevos miembros en este Directorio y es necesario que conozcan todos los hechos concernientes al señor Kovac. Este año tenemos a siete nuevos miembros. Me dirijo a ellos, pero no sólo a ellos, sino a todos mis colegas.

Steve Kovac (comenzó el presidente) nació en Pittsburgh en el año 1913, en una familia de once hermanos. Sólo cuatro llegaron a la edad adulta. Esto no era demasiado raro en aquella época de pobreza, ignorancia y medicina primitiva.

John Kovac, el padre de Steve, trabajaba en una fundición de acero. Cuando Steve tenía seis años de edad los obreros hicieron una larga huelga, en procura de un aumento de salarios. Estoy seguro que todos ustedes saben qué es una huelga, por lo que no entraré en detalles.

Durante esa huelga murió la madre de Steve Kovac; un año después John Kovac cayó en un tanque de acero fundido. La madre murió de tuberculosis, enfermedad entonces incurable. El cuerpo del padre se disolvió en el acero. Menciono estas cosas a causa del efecto muy profundo y duradero que tuvieron en la mente y el carácter de Steve Kovac. Huérfano a los siete años de edad, creció como un animal en la selva. Fue a parar a un asilo de huérfanos, y señalado allí como malvado e intratable. Recibía una paliza diaria, le quitaban la comida, lo castigaban con todos los métodos que podían idear la ignorancia y la insensibilidad de las autoridades. Luego de dos años de ese tratamiento, se escapó.

Esta es una recapitulación muy breve de la infancia de un hombre notable, un hombre de carácter brillante y fuerte, un hombre de gran genio inventivo y de inflexible determinación. Por desgracia, la mentalidad y la personalidad de ese hombre sufrieron una lesión y un traumatismo irremediables. Se ha preparado un análisis psiquiátrico de este proceso, y ustedes encontrarán una copia en sus carpetas. Ahí se cuentan además las pruebas y los sufrimientos de Steve Kovac entre los nueve y los veinte años de edad, años en que luchó por sobrevivir y llegar a la edad adulta.

Se dan ahí también otras noticias de este período de su vida, noticias en las que no puedo detenerme, como ustedes comprenderán, aunque la cuestión que hoy nos planteamos se relacione con esos antecedentes.

En este momento el presidente del Directorio se interrumpió para beber un poco de agua y repasar sus notas. Los miembros más jóvenes del Directorio examinaron rápidamente el informe psiquiátrico; los más viejos permanecieron en actitud contemplativa, absortos en sus pensamientos. La cuestión se les había planteado muchas veces, y de algún modo nunca perdía interés.

A los veinte años de edad (continuó el presidente) Steve Kovac trabajaba en una fundición de acero de las afueras de Pittsburgh. Era amigo de un hombre llamado Emery. Ese hombre, Emery, vivía solo, sin familia, y sin medios de subsistencia. Había sido minero del carbón y sufría una enfermedad de los pulmones, común en su oficio. Todo lo que tenía en el mundo era una póliza de seguro de cinco mil dólares. Steve Kovac convino en ayudarlo y en cambio Emery designó a Kovac beneficiario de la póliza. En esa época, cuando en una familia moría el que ganaba el pan, la única posibilidad de sobrevivir era a menudo una póliza de seguro.

Cuatro meses después falleció Emery. Años más tarde circuló el rumor asegurando que Kovac había apresurado su muerte, pero no hay pruebas que confirmen ese rumor. Los cinco mil dólares fueron el punto de partida de la fortuna de Steve Kovac. Veinticinco años después esa fortuna llegaba a casi los tres mil millones de dólares. Era con probabilidad el hombre más rico de los Estados Unidos: un magnate en las industrias del acero y el aluminio que controlaba plantas químicas, minas de cobre, ferrocarriles, refinerías de petróleo, y docenas de industrias asociadas. Tenía entonces cuarenta y seis años. Era el año 1959.

La historia de su ascensión al poder y la riqueza es única en su tiempo. Era un hombre fuerte, vigoroso y apuesto, torturado interiormente, impulsado por el deseo insaciable de vengarse, y de vengar también a sus padres, por la pobreza y los sufrimientos de su propia infancia. Dados los factores traumáticos de esa infancia, el ansia de poder se hizo psicopática y paranoica, y Kovac edificó monolíticamente su imperio. Era dueño de diarios y de líneas aéreas, estaciones de televisión y editoriales, y dominaba más cosas de las que poseía. Sin embargo, se mantuvo alejado de la curiosidad pública. En toda la década del 50 no apareció en la prensa algo más que una referencia ocasional a Kovac.

Cómo pudo conseguir eso en una época de corporaciones públicas y del llamado «hombre de corporación» es muestra del espíritu emprendedor y la energía de Kovac. Era un hombre ambicioso, cruel, despiadado, que no conocía la compasión. No vacilaba en destruir cualquier obstáculo; si no podía destruirlo, lo sometía a su voluntad de una manera u otra. Arruinaba vidas y fortunas. Calumniaba y armaba trampas a sus competidores; cuando no podía comprar, o sobornar, recurría a la violencia. Corrompía individuos, sobornaba parlamentos, y compraba gobernantes. Así creó una estructura de poderío y riqueza que se extendió a todos los rincones del globo.

Y entonces, a los cuarenta y seis años, en la cima de su riqueza y su poder, descubrió que tenía cáncer.

El presidente del Directorio hizo una pausa como esperando a que sus palabras se asentaran y causaran su efecto. Bebió otro sorbo de agua. Ordenó los papeles que tenía delante.

-Ahora -dijo-, les leeré un fragmento del diario del doctor Jacob Frederick. Creo que la mayoría de ustedes conoce la obra del doctor Frederick. En todo caso saben que fue miembro de nuestro Directorio. Naturalmente, eso sucedió hace mucho tiempo. Sólo recordaré que el doctor Frederick fue un abnegado y sagaz precursor en el campo de la investigación del cáncer, y no solamente un médico notable, sino también un notable hombre de ciencia. La anotación está fechada el 12 de enero de 1959.

Hoy tuve un visitante insólito (leyó el presidente), Steve Kovac, el magnate industrial. Había oído rumores acerca de los efectos de la riqueza y el poder en este hombre. Es un individuo notable, alto, musculoso, apuesto, con un rostro ancho y enérgico, y cabellos largos, encanecidos prematuramente. Tiene ojos azules, tez rubicunda y parece encontrarse completamente sano y en la flor de la vida. No es así, por supuesto. Lo examiné concienzudamente. No hay esperanza alguna para el hombre.

-Doctor -me dijo-, quiero que me diga la verdad. Ya la conozco. No es usted el primer médico que veo. Pero deseo que me la diga usted también, lisa y llanamente.

Yo se la hubiera dicho de todos modos. Kovac no es de esos hombres a los que se puede mentir con facilidad.

-Muy bien -le dije-. Usted tiene cáncer. Un cáncer incurable. Morirá pronto.

-¿Cuándo?

-No podemos decirlo. Antes de un año quizá.

-¿Y una operación?

-Prolongará su vida un años o dos, si sale bien. Pero significará dolor e incapacidad física.

-¿De modo que no hay cura?

Kovac parecía tranquilo y hablaba con una voz serena; tenía que haberse ejercitado durante años para mostrar esa calma y ese dominio exteriores, pero debajo yo podía ver a un hombre muy asustado y desesperado.

-Ninguna por ahora.

-Pero los curanderos, dietistas y otros por el estilo prometen la curación.

-Es fácil prometer -dije-, pero no hay cura.

-Doctor, yo no quiero morir y no estoy dispuesto a morir. He trabajado veinticinco años para llegar a ser lo que soy. Planté el árbol. Tengo que comer el fruto. Soy joven y fuerte y me esperan los mejores años de mi vida.

Cuando Kovac hablaba así era convincente, incluso para mí. Kovac es un hombre que no exige, toma. Niega lo inevitable.

Pero la realidad seguía ahí.

-No puedo ayudarlo, señor Kovac -le dije.

-Pero usted va a ayudarme -replicó con calma-. He venido a verlo porque usted sabe más del cáncer que cualquier otro hombre. Al menos así me han dicho.

-Le han informado mal. Ningún hombre sabe más que cualquier otro. Ese conocimiento es el fruto de un trabajo colectivo.

-Creo en los hombres, no en la multitud. Creo en usted. Por lo tanto estoy dispuesto a pagarle unos honorarios de un millón de dólares si usted detiene esto y me hace vivir un período de vida normal. -Buscó la cartera y sacó un cheque de un millón de dólares-. Es suyo..., si vivo.

Le dije que volviera al día siguiente, es decir mañana. Y llevo horas sentado aquí, y pensando en lo que significaría un millón de dólares para mi trabajo, mis esperanzas, y en verdad para todos. He reflexionado con desesperación y con escaso resultado. Sólo se me ocurre una idea. Es fantástica, pero Steve Kovac es un hombre fantástico.

El presidente del Directorio volvió a interrumpirse y miró inquisitivamente a algunos de los miembros más jóvenes. Habían estado escuchándolo con lo que parecía una concentración hipnótica. No hubo preguntas ni comentarios.

-Entonces, continuaré con el diario del doctor Frederick -dijo el presidente.

El 13 de enero (leyó el presidente) Steve Kovac volvió a las dos, como habíamos convenido. Me saludó con una sonrisa confiada.

-Doctor, si está usted dispuesto a vender, yo estoy dispuesto a comprar.

-¿Y cree usted realmente que puede comprar vida?

-Puedo comprarlo todo. Es cuestión de precio.

-¿Puede comprar el futuro? Pues ahí está la curación del cáncer. ¿Quiere comprarlo?

-Lo compraré porque usted ha decidido venderlo -dijo Kovac rotundamente-. Sé con quien trato. Haga su oferta, doctor Frederick.

La hice, por fantástica que fuera. Le hablé de mis experimentos con los efectos del frío en las células cancerosas. Le expliqué que aunque los experimentos no habían producido aún curación alguna, habíamos avanzado mucho en la aplicación intensa y rápida del frío extremado, o, para decirlo más científicamente, habíamos conseguido eliminar el calor de los tejidos vivos. Le detallé esas experiencias, cómo habíamos empezado a ensayar con ranas y culebras, congelándolas y luego eliminando el frío, y reanudando el proceso vital en una fecha posterior; cómo habíamos experimentado con ratas, gatos, perros, y luego monos.

Siguió mi explicación y se anticipó a preguntarme:

-¿Cómo devuelve usted la vida?

-No la devuelvo. La vida no termina. En ausencia del calor, lo que se podría llamar el proceso de maduración o de envejecimiento de la vida se suspende, pero la vida continúa. El tiempo y el movimiento están íntimamente relacionados; el frío intenso retarda el movimiento, y teóricamente hasta podría detenerlo, incluso dentro de la estructura atómica. Cuando el movimiento se detiene, el tiempo se detiene.

-¿Es doloroso?

-Supongo que no. La transición es demasiado rápida.

-Me gustaría ver una experiencia.

Le dije que tenía en mi laboratorio un mono que había sido congelado hacía siete semanas. Mis ayudantes podían atestiguarlo. Fue al laboratorio conmigo y observó cómo revivíamos al mono. Al parecer, el animal no estaba peor que antes.

-¿Y la mente? -me preguntó Kovac.

-No lo sé -contesté encogiéndome de hombros-. Nunca hemos probado con un ser humano.

-¿Pero usted cree que resultará?

-Estoy casi seguro. Necesitaría un equipo mejor y más completo. Si dispusiera de algún dinero podría mejorar el procedimiento..., bueno, considerablemente.

Kovac sacó el cheque de la cartera y me dijo:

-He aquí sus honorarios, aparte de lo que tenga que gastar. Compre lo que necesite y póngamelo en la cuenta. Gaste lo que tenga que gastar y compre lo mejor. Sin limitaciones. Y cuando yo despierte, después de haberse descubierto una cura, agregaré un segundo millón a sus honorarios. No soy hombre generoso, pero tampoco soy tacaño cuando compro lo que necesito. ¿Cuándo podremos hacerlo?

-Teniendo en cuenta la prognosis de su enfermedad -contesté- no demoraremos más de cinco semanas. Entonces tendré todo preparado. ¿Y usted?

-Yo también. Hay que resolver muchos detalles técnicos y legales. Tengo muchos intereses, como usted sabe, y el viaje que voy a hacer es de duración incierta. También cuidaré de su responsabilidad legal.

Luego Kovac se fue. Era probablemente el acuerdo más extraño a que hubiesen llegado nunca un médico y su enfermo. Procuro pensar sólo en una cosa: ahora cuento con un millón de dólares que puedo dedicar a mi trabajo y mis investigaciones.

El presidente del Directorio se interrumpió para limpiarse los lentes. Se aclaró la garganta, y ordenó otra vez los papeles sobre la mesa.

Como ustedes ven (explicó) el plan era sencillo y razonable. El señor Kovac estaba desahuciado, aquel era un medio de conservarle la vida y contener la enfermedad hasta que la ciencia descubriese una cura. La timidez no caracterizó nunca al señor Kovac. Analizó la situación, le hizo frente, y aceptó la única salida posible. En consecuencia, ordenó sus asuntos para asegurar la buena marcha de sus empresas, y para que estas volvieran a sus manos cuando él despertara.

En otras palabras, organizó una compañía tenedora de acciones única para todas sus empresas. Designó un Directorio que administraría la compañía en ausencia del presidente, y se nombró a sí mismo presidente, con un presidente sustituto. Dispuso en una serie de reglamentos que ningún presidente sustituto pudiera desempeñar ese cargo durante más de dos años, que el Directorio se ampliase anualmente, y otros detalles destinados a un único fin: retener él mismo todo el poder. Y como no estaba muerto, sino sólo ausente, creó una situación única y sin precedentes en la historia del mundo de los negocios.

Esta compañía estaba libre del mecanismo de la muerte y sus inconvenientes y obstáculos tradicionales. Hasta que el señor Kovac volviera, la compañía era inmortal. Por supuesto, el doctor Frederick fue incluido en el Directorio.

En otras palabras (concluyó el presidente) así se creó este Directorio.

El presidente se permitió su primera sonrisa y dijo:

-¿Alguna pregunta?

Un nuevo miembro del Japón, quiso saber por qué entonces se le decía otra cosa al mundo.

Opinamos que era lo mejor (dijo el presidente). Así como disponemos, los miembros de este Directorio, de grandes recursos para el progreso y el desarrollo del mundo, disponemos también de medios notables para ocultar y alterar la verdad. La población de los Estados Unidos y Gran Bretaña podían haber aceptado quizá el hecho que Steve Kovac creó este Directorio, pero a los soviéticos y a los chinos la noticia les hubiera parecido muy desconcertante. Recuerden que cuando establecimos una zona de libre comercio en la Unión Soviética e incluimos en nuestro Directorio a tres de sus principales gobernantes, nuestra situación cambió radicalmente. Entonces tuvimos en nuestras manos todas las fuentes de energía de la Tierra e impedimos el inminente estallido de la tercera guerra mundial.

En ese momento ya no podíamos ocultar la extensión de nuestras posesiones ni la suma de nuestros beneficios. Por supuesto (rectificó modestamente el presidente), no fuimos nosotros sino nuestros predecesores quienes resolvieron esos problemas. Nuestro saldo en efectivo era mayor que el de la Tesorería de los Estados Unidos, nuestro potencial industrial superaba al de cualquiera de las grandes potencias. Créanme, sin habérselo propuesto, este Directorio descubrió de pronto que dominaba el mundo. Y entonces necesitamos desesperadamente explicar quiénes éramos y qué representábamos.

Un nuevo miembro, de Australia, se levantó y preguntó:

-¿Puedo saber, señor presidente, cuánto tiempo después de la visita del señor Kovac al doctor Frederick ocurrió eso?

-Fue en el año en que falleció el doctor Frederick, veintidós después de haber comenzado el tratamiento. En ese entonces cinco tipos de cáncer habían entregado ya su secreto a la ciencia. Pero no había curación aún para la enfermedad del señor Kovac.

-¿Y durante todo ese tiempo el tratamiento se mantuvo en secreto?

-Durante todo ese tiempo -asintió el presidente.

En esa época (continuó el presidente) el Directorio opinó que la población de la Tierra había llegado a un momento de crisis y decisión. Digo un momento porque el poder estaba en nuestras manos sólo temporalmente. No teníamos ejércitos, armadas ni flotas aéreas; sólo dominábamos la mayor parte de los instrumentos de producción. Sabíamos que no podíamos impedir la guerra, sino sólo retardarla. Este Directorio administraba, no gobernaba, y cualquier día podían despojarnos de nuestras fábricas e instalaciones. En ese momento nuestros muy

reflexivos y sensatos predecesores decidieron emprender una vasta campaña de propaganda mundial presentándose como un parlamento secreto de las fuerzas más sabias y mejores de la humanidad, un Directorio para toda la humanidad.

Y tuvimos éxito, pues las estaciones de televisión, los diarios, la radio, el cine y el teatro eran todos nuestros. Y en ese momento breve y afortunado lanzamos nuestro ataque. Utilizamos las armas de Steve Kovac, seamos honrados y admitámoslo. Actuamos como hubiese actuado él, pero por motivos completamente distintos.

Compramos, sobornamos y engañamos. Nos infiltramos en todos los parlamentos. Compramos a los jefes militares. Disolvimos ejércitos y marinas de guerra en nombre de las super-armas, y luego destruimos las super-armas en nombre de la humanidad. Cuando no podíamos comprar o sobornar a los dirigentes, los incluíamos en el Directorio. Y sobre todo compramos todas las fábricas, empresas agrícolas y explotaciones mineras importantes.

El Directorio tardó veintinueve años más en llevar a cabo esta tarea, y al cabo de ese tiempo nuestra Tierra era un complejo único dedicado a la producción de cosas útiles y, si puedo decirlo así, dedicado a producir felicidad. Había en apariencia estructuras nacionales, pero eran ya entonces tan formales y limitadas como las de los antiguos Estados de los Estados Unidos. Las guerras, los ejércitos, las marinas de guerra, las bombas atómicas eran sólo recuerdos desagradables. Comenzó la era de la razón y de la cordura, la era de la producción para la vida, una producción dominada por un único código legal: el hombre. Así nos hicimos criaturas de la ley, iguales ante la ley, y acatadoras de la ley. Este Directorio no fue nunca un gobierno, ni lo es ahora. Es lo que se proponía ser: un grupo que administra una compañía por acciones.

Pero ahora la compañía y los recursos humanos son inseparables. Por eso es tan grande nuestra responsabilidad.

El presidente del Directorio se secó el rostro y bebió unos sorbos de agua. Un nuevo miembro, de los Estados Unidos, se levantó y dijo:

-Pero, señor presidente, la curación de todos los tipos de cáncer se descubrió hace sesenta y dos años.

-Así es -convino el presidente.

-Entonces, Steve Kovac...

El nuevo miembro se interrumpió. Era una mujer hermosa, delicada, de poco más de treinta años, física famosa y de talento, y excelente intérprete musical.

-Ya ve usted amiga mía -dijo el presidente, con una informalidad que sólo su dignidad y sus años disculpaban-, tuvimos que enfrentar ese problema. Cuando hacemos una ley para la humanidad y nos sometemos a ella, debemos honrarla. Hace sesenta y dos años Steve Kovac era dueño del mundo y de toda su riqueza e industria, un dictador como no había soñado ser dictador alguno, un tirano mayor que todos los tiranos, un rey y un emperador que tenía a sus pies a todos los reyes y emperadores...

Mientras hablaba el presidente, dos de los miembros entraron en la sala trayendo en una mesa rodante un objeto rectangular de metro y medio de altura, dos metros de longitud y un metro de ancho, cubierto con un paño blanco. Lo dejaron en el centro de la sala, y se sentaron otra vez.

-... Sí, era dueño del mundo. Piénsenlo. Por vez primera en la historia de la humanidad una paz justa reinaba en todas las naciones. Se remodelaban las ciudades, los desiertos se convertían en jardines, se limpiaban las selvas, la pobreza y el crimen eran cosas del pasado. El hombre, de pie, erguido, extendía la mano hacia los planetas y las estrellas. Y el dueño de todo eso era un paranoico salvaje, cruel y despótico: Steve Kovac. Entonces, como ahora, mis queridos compañeros, este Directorio tuvo que enfrentar el problema del hombre al que debemos nuestra existencia, el hombre que involuntariamente unificó el mundo y nos introdujo en la nueva era humana; sí, el hombre que nos dio derecho y autoridad para poseer y administrar, el hombre cuya propiedad administramos. Ahora, como entonces, ¡nos enfrentamos con Steve Kovac!

Casi teatral en su conclusión y en sus ademanes, el presidente del Directorio descendió del estrado, y con un solo movimiento retiró el paño que cubría el objeto rectangular. Todos los miembros del Directorio fijaron los ojos en la caja de tapa de vidrio, donde, en un frío que superaba toda idea del frío, un hombre yacía durmiendo en lo que no era ni vida ni muerte, sino una pausa subjetiva en el paso del tiempo. Era un hombre apuesto, alto, de rostro rubicundo y magnífica cabellera canosa. Parecía tranquilo, expectante, confiado, como si soñara ansiosamente, pero con placer, en lo que haría al despertar.

-He aquí a Steve Kovac -dijo el presidente-. Así duerme, de año en año, sin cambios ni diferencias. Así lo vieron nuestros predecesores hace sesenta y dos años, cuando por primera vez contaron con los medios para curarlo y debían sacarlo de su sueño. Cometieron el primero de los sesenta y dos crímenes; no cumplieron una promesa, un deber, y una obligación casi sagrada. ¿Podemos comprenderlos? ¿Podemos perdonarlos? ¿Podemos perdonar al Directorio que tomó esa misma decisión una y otra vez? Sobre todo, ¿podemos perdonarnos a nosotros mismos si mancillamos nuestro honor, violamos la ley, y no tenemos en cuenta que hemos heredado una obligación? No estoy aquí para discutir la pregunta. Nunca se la discute. Se presentan los hechos y luego se vota. Bien, los que estén en favor de despertar al señor Kovac que levanten la mano derecha.

El presidente del Directorio esperó. Pasaron los minutos, pero nadie alzó la mano. Los dos miembros más viejos cubrieron con el paño la caja fría, fría, y la sacaron de la sala. El presidente del Directorio bebió un sorbo de agua y anunció:

-Leeré el orden del día.

LA TIENDA MARCIANA

Estos son los hechos fundamentales que conoció el sargento de policía Tom Bristol cuando le ordenaron que abriera la puerta y entrara. Se decía, es cierto, que los cerrajeros de Centre Street podían abrir todo lo que estuviera cerrado, y esa reputación no era inmerecida. Pero aquella puerta era una excepción. En consecuencia, Bristol fue a abrir la puerta con dos hombres uniformados, palancas de hierro, y todas las otras herramientas que pudiesen ser necesarias. Pero antes estudió un resumen de los hechos.

Se había comprobado que las tres tiendas habían abierto sus puertas el mismo día y a la misma hora; y (otra muestra de una inteligencia bien organizada y ordenada) que los tres locales habían sido alquilados el mismo día y que las escrituras habían sido firmadas a la misma hora. La tienda de Tokio se encontraba en la mejor parte de La Ginza. El local había estado ocupado por una excelente joyería y relojería, quizá la segunda o la tercera entre las mejores de todo el Japón; los joyeros habían rescindido la escritura de dominio, negándose a dar a la prensa explicación alguna. Sin embargo, posteriormente se reveló el precio pagado a la joyería por la compra de su arriendo: cincuenta diamantes de exactamente tres quilates cada uno, todos tan semejantes, tan idénticos en su perfección, que los peritos en diamantes consideran la existencia misma de la colección, hasta entonces desconocida, como un acontecimiento único en la larga historia de las joyas.

La tienda de París estaba, por supuesto, en el Faubourg St. Honoré. No había locales desocupados en ese tiempo, y la escritura de arrendamiento de un famoso modisto fue comprada por cuarenta millones de francos. El modisto (su nombre se omite a pedido del gobierno francés) dio el precio en broma, pues no tenía el propósito de ceder el local. Cuando el agente del comitente libró inmediatamente un cheque, tomándole la palabra, el modisto no tuvo más remedio que cerrar el trato.

La tercera tienda estaba en la Quinta Avenida de Nueva York. Tras treinta años de actividad en la Avenida, los diez últimos cada vez menos beneficiosos, la vieja y sólida casa Delbos renunció a luchar contra las mercaderías modernas. El local que había ocupado estaba entre las calles 52 y 53, en el lado este de la calle. La propiedad misma era administrada por Clyde y Abrahams, quienes tuvieron el placer de liberar a Delbos de un arrendamiento firmado en 1937, y se apresuraron a duplicar el precio del alquiler. La Slocum Company, actuando como agente de los comitentes -que no intervinieron en las gestiones con Clyde y Abrahams ni luego con Trevore, la casa decoradora- no protestó por el aumento, firmó la escritura, y pagó un año de alquiler. Arthur Lewis, uno de los socios más jóvenes de la Slocum Company, dirigió las negociaciones. Wally Clyde, de Clyde y Abrahams, observó en aquel momento que la Slocum Company hacía un mal negocio. Lewis se encogió de hombros y dijo que ellos seguían instrucciones, y que si él hubiera hecho el trato por su propia cuenta hubiese vendido su alma al diablo antes de aceptar un alquiler tan exorbitante.

Lewis se encargó también de las negociaciones con Trevore, les entregó planos detallados para la refacción y la decoración del local, y aceptó el precio. Hizo conocer claramente, no obstante, las instrucciones concretas de su cliente: aceptar cualquier precio y tratar únicamente con las empresas que él le había indicado. Lewis le dijo a Trevore que la Slocum Company detestaba semejantes prácticas y que no se repetirían en el futuro.

Cuando se redactaba este resumen, el señor Samuel Carradine de la Compañía Trevore mostró los planos originales para la refacción y la decoración del local, es decir los planos que le había entregado el señor Lewis. Estaban dibujados a mano en un papel fino pero fuerte de color amarillo pálido. Dos peritos en papel, uno de ellos el químico jefe de los Talleres Harlin, han examinado ya esos planos, pero no pueden identificar el papel, ni han visto nunca otro igual. Afirman que ese papel no está hecho con pulpa ni con trapos. Parte del papel es ahora objeto de análisis químicos en los Laboratorios Crestwood.

Desde este punto en adelante la historia de los tres locales es bastante similar, y no nos referiremos aquí sino a la tienda de la Quinta Avenida. En los tres casos el alquiler y las modificaciones fueron convenidos en circunstancias análogas; en los tres casos los acontecimientos se desarrollaron de modo parecido, dentro de las normas culturales de cada país. En los tres casos, además, la decoración del local era de un gusto excelente, raro, pero que no obstante armonizaba hábilmente con el aspecto general de la calle.

Trevore cobró más de cien mil dólares por la refacción y el decorado. El frente de la tienda fue revestido de paneles ajedrezados de acero inoxidable. Los vanos de las ventanas fueron ensanchados y una magnífica puerta de bronce reemplazó a la anterior de madera de roble. El interior se pintó de negro y carmesí; se pusieron cortinas y alfombras de color amarillo mostaza, y se instalaron escaparates y vitrinas de bronce y cristal. Los decoradores consultados están todos de acuerdo en cuanto a la apreciación de los resultados. Sin duda las tres tiendas fueron diseñadas con un gusto excelente, si no soberbio; el decorado era raro, audaz, pero no vulgar ni desagradable. Debe advertirse, no obstante, que el señor Ernest Searles, jefe del departamento de embellecimiento de la Asociación de la Quinta Avenida, señaló ciertos conceptos angulares -es decir, grados de ángulo insólitos- nunca utilizados hasta entonces por los decoradores norteamericanos.

En la Quinta Avenida, como en los otros casos, el punto central de la decoración era una reproducción en cristal del planeta Marte, suspendida del cielo raso, y que giraba con el mismo movimiento del planeta. Todavía no se ha determinado qué clase de mecanismo mueve esos globos. Los globos, que muestran un raro y notable mapa de la superficie de Marte, fueron instalados por los dueños de la tienda cuando Trevore terminó su trabajo de refacción y decoración. Aunque el frente de la tienda es espléndido, tiene ese aspecto de costosa modestia que caracteriza a Tiffany. Lo último que se instaló fue el nombre de la tienda, PRODUCTOS MARCIANOS, en letras doradas en relieve de quince centímetros de altura. Hoy sabemos que ese letrero es de oro puro.

Las tres tiendas abrieron sus puertas al público a las diez de la mañana del día diez de marzo, según la hora y el día locales. En Nueva York el letrero productos marcianos fue exhibido durante ocho días y despertó gran curiosidad, tanto entre el público como en la prensa. Pero hasta la apertura de las tiendas no se dio información alguna.

Durante esos días se exhibieron cuatro objetos en los escaparates de la tienda. Sin duda el lector de este resumen ha visto o ha examinado esos objetos en su pequeño pedestal de cristal, enmarcados de terciopelo negro como si fueran joyas preciosas; y lo eran hasta cierto punto. Los cuatro objetos fueron un reloj, una máquina de sumar, un pequeño motor y una caja de música. Sólo el reloj tenía aspecto de reloj; era un instrumento de gran precisión, que funcionaba, como otros relojes, con las variaciones de la presión atmosférica. Sin embargo, el diseño, los materiales, y su belleza superaban a todo lo que se podía conseguir en el mercado corriente.

La máquina de sumar era un cubo negro de unos quince centímetros de lado. En la cubierta, de algún material sintético o plástico indeterminado, había unos raros jeroglíficos blancos y dorados que han llegado a ser conocidos como «escritura marciana». La máquina se adaptaba rápida y fácilmente al sonido de una voz, y calculaba de acuerdo con la instrucción vocal. Los resultados salían por una pequeña ranura en la parte superior, impresos en un papel análogo al mencionado antes. Teóricamente, esa máquina de calcular podría ser construida en la actualidad, pero -nos dicen- sólo por dos talleres, uno de Alemania y el otro del Japón. El costo sería enorme; en verdad, se necesitarían años de trabajo de laboratorio para que pudiera sumar, restar, multiplicar y dividir con números de trece dígitos y todo mediante órdenes vocales.

El motor tenía el tamaño de una pequeña máquina de coser eléctrica, era de algún metal azul, y pesaba poco más de seis kilos. Se lo aplicaba fácilmente a una embarcación, un automóvil o cualquier vehículo. Era un motor de reacción de cuarenta caballos de fuerza, y contenía, casi microscópicamente, su propio generador atómico, garantizado para mil horas continuas de funcionamiento. Mediante un silenciador, para el que todavía no se ha descubierto ni siquiera la solución teórica, producía menos ruido que un motor de lancha común. En las tiendas no se hablaba en verdad de silenciadores, sino de un tono que el oído humano no percibía. Ingenieros competentes opinan que esta explicación no es verosímil.

A pesar de las implicaciones de este motor atómico, lo que más llamaba la atención y lo que provocaba mayor número de especulaciones era la caja de música. De las mismas dimensiones que la máquina de sumar, aproximadamente, era de un material sintético amarillo pálido, con jeroglíficos de color gris oscuro. Funcionaba mediante dos ligeras depresiones en la cubierta; un ligero toque en una depresión la ponía en marcha, y un segundo toque en la misma depresión la paraba. Cuando se tocaba la segunda depresión, cambiaba la categoría de la música. Había veintidós categorías de música disponibles: música sinfónica en tres secciones cronológicas; música de cámara en otras tres secciones; piano solo, violín solo con o sin acompañamiento; música folklórica de siete culturas; operas, en tres secciones: orquesta, reparto completo y orquesta (es decir la ópera completa) y trozos selectos; música religiosa, dividida en cinco categorías religiosas; canciones populares en secciones nacionales; música instrumental para ochenta y dos instrumentos, jazz en cinco categorías; y tres categorías de música infantil.

Los vendedores de cada una de las tres tiendas pretendían que la caja de música tenía un repertorio de más de once mil selecciones musicales distintas; pero este número, por supuesto, no pudo ser comprobado y se lo ha discutido a menudo. Asimismo el empleo de la orden vocal para ajustar el sonido y el tono -que no eran inferiores a los de los discos de alta fidelidad producidos en gran escala- fue considerado una impostura. Pero el señor Harry Flannery, ingeniero consultor de sonido de la Radio Corporation of America, ha declarado que la caja de música podía ser fabricada con los presentes conocimientos técnicos, especialmente desde el descubrimiento de la electrónica de los transistores. Como sucedía con la máquina de sumar, la teoría era menos asombrosa que la tecnología. Pero el señor Flannery admitió que un repertorio de once mil obras -si no había aquí engaño- superaba las posibilidades de los conocimientos y la técnica actuales. Hemos interrogado a numerosos testigos y hemos compilado una lista de más de trescientas obras interpretadas por la caja de la tienda.

Esos eran los cuatro objetos que se exhibían en los escaparates de las tres tiendas. Los cuatro objetos podían ser examinados y probados en las tiendas mismas. El reloj se vendía al precio de 500 dólares, la máquina de sumar a 475 dólares, el motor a 1.620, y la caja de música a 700. Y estos precios eran exactamente los mismos, al cambio corriente, en Tokio y París.

Antes de la apertura de las tiendas -es decir el día anterior- anuncios de un cuarto de página, sólo en el *New York Times*, decían sencilla y directamente que los habitantes del planeta Marte anunciaban la inauguración, al día siguiente, de la tienda de la Quinta Avenida, donde se exhibirían, se harían funcionar y se pondrían a la venta cuatro productos de la industria marciana. Se explicaba la limitada selección de las ofertas como un primer paso destinado a comprobar las reacciones de los compradores terrestres. Se esperaba, afirmaba además el anuncio, que las relaciones comerciales entre la Tierra y Marte se mantuvieran en el plano más amistoso, y se declaraba que los industriales marcianos no querían trastornar el sistema económico de la Tierra.

El anuncio decía luego que se recibirían pedidos de todos los productos, garantizándose la entrega en un plazo de doce días, y expresaba la esperanza a que esto iniciase una relación cordial, provechosa y duradera entre los habitantes de los dos planetas.

Este anuncio no era lo primero que aparecía en la prensa acerca de las tiendas marcianas. Todos los columnistas habían dicho ya algo sobre lo que era, sin duda, uno de los planes de propaganda más nuevos e imaginativos de la era del espacio. Algunos periodistas sabían de muy buena fuente -la ciudad estaba poblada de rumores- que detrás de las tiendas estaba la General Dynamics. Otros nombraban a la General Electric, la Radio Corporation, y hasta una docena de empresas industriales. Se hablaba asimismo de un traficante joven y brillante, un modisto de París y un magnate de la marina mercante griega. Algunos decían haber descubierto un plan de los industriales alemanes para introducirse en el mercado de los Estados Unidos, y, por supuesto, había indicios asegurando que la Unión Soviética inspiraba ese método con el propósito de destruir el capitalismo. Los ingenieros estaban dispuestos a reconocer la pericia técnica de Rusia, pero los decoradores no admitían que los rusos fueran capaces de decorar con originalidad y buen gusto. Pero hasta que se abrieron las tiendas, y se demostró cómo funcionaban realmente las máquinas, nadie se tomó el asunto demasiado en serio.

El 10 de marzo se inauguraron las tiendas en cada una de las tres ciudades. El 10 de marzo era lunes en Nueva York. Las tiendas permanecieron abiertas hasta el viernes, y luego se cerraron, parece que para siempre.

Pero en esos cinco días acudieron a la tienda de la Quinta Avenida millares de personas. Se mostró cómo funcionaban las máquinas, y se aceptaron miles de pedidos, aunque no se admitió ningún pago anticipado. La tienda de Nueva York era atendida por un hombre y cinco mujeres, altas, encantadoras y eficientes. El aspecto que tenían realmente es tema de discusión, pues los seis llevaban unos antifaces de un material gomoso ajustados al rostro. Curiosamente, el efecto era muy agradable. Guantes del mismo material les cubrían a todos las manos, de modo que ninguna parte de la piel quedaba a la vista.

John Mattson dijo en el *News* al día siguiente: «Nunca los habitantes de dos planetas se encontraron en circunstancias más promisorias. Habiendo visto la figura marciana, y algo del encanto marciano, estoy dispuesto a correr cualquier riesgo por un rostro marciano. Descúbranse, hermosas, descúbranse. La Tierra espera conteniendo el aliento.»

El profesor Hugo Elligson, el famoso astrónomo, hizo una visita a la tienda a pedido de *Life*. Su artículo decía entre otras cosas: «Si los seres enmascarados de esta tienda son marcianos, digo que hay que conquistar el espacio. Sé que resulta extraño que un astrónomo hable de piernas bien formadas y de acentos apagados y susurrantes, pero sé que en el futuro mi mujer me mirará con ojos raros cada vez que yo contemple el planeta rojo. En cuanto a la relación que pueda haber entre un excelente plan de propaganda y el planeta Marte, el sentido común me ordena no hacer comentarios.»

Quizá la Unión Soviética pensaba de otro modo, pues al segundo día de estar abierta la tienda se supo que dos caballeros de la embajada rusa habían ido allí y habían ofrecido un millón

de dólares norteamericanos por la muestra del motor atómico. Los marcianos rechazaron el ofrecimiento, cortés pero firmemente.

El miércoles los productos de Marte ocupaban en la prensa de Nueva York más espacio que las noticias internacionales. Dejaban afuera la crisis de Medio Oriente, y en el *Times*, Formosa quedó relegada a la página diecisiete. Una docena de autoridades emitió sus doctas opiniones. El tránsito en la Quinta Avenida era imposible, y se recurrió a un centenar de policías extras para mantener el orden y hacer posible la actividad comercial de la avenida. La asociación Amigos de la Quinta Avenida decidió solicitar un embargo alegando que Productos Marcianos desorganizaba la práctica corriente de los negocios.

Algo muy parecido sucedía en el Faubourg St. Honoré y en La Ginza.

Ese mismo día miércoles la industria norteamericana despertó al fin, y hubo pánico. En toda la nación se llamó a reunión de directorio. Importantes magnates industriales volaron a Washington, y las acciones de las compañías de aparatos electrónicos, máquinas comerciales y automóviles bajaron dieciséis puntos. El mayor fabricante de máquinas clasificadoras y calculadoras vio cómo se vendían las acciones de su empresa, diez minutos antes que funcionase el indicador eléctrico, con una baja de ciento ochenta puntos. Y lo mismo sucedió en las bolsas de Londres, París y Tokio.

Pero el servicio secreto no se puso en acción hasta el jueves, día en que pidió oficialmente al F. B. I. y al Departamento de Policía de Nueva York que averiguaran quién estaba detrás de los productos marcianos, dónde habían sido fabricadas esas máquinas, si las habían importado, y si se habían pagado los derechos de aduana. La Sûreté y la policía de Tokio habían tomado ya medidas análogas.

No entraremos en las minucias de la investigación; y baste decir que las autoridades trabajaron en vano. Las tres cuentas bancarias eran resultado de grandes depósitos de dinero hechos por personas muy comunes que no se distinguían de millares de personas comunes. Los agentes actuantes habían recibido por correo plenos poderes, así como instrucciones. Las investigaciones no terminaron hasta el viernes por la tarde.

El viernes varios organismos del gobierno y de la policía vigilaban ya las tres tiendas. En Nueva York la policía secreta de la ciudad montó una guardia de veinticuatro horas en la Quinta Avenida, el miércoles por la tarde, antes que llegaran de Washington instrucciones o pedidos. Pero ninguno de los empleados de la tienda salía de ella después de cerrarse las puertas, ni en ningún otro momento. A la noche cubrían los escaparates con cortinas, que ocultaban los objetos exhibidos. A las diez de la mañana descorrían las cortinas.

Durante el viernes se discutió en Nueva York y Washington si convenía impartir la orden de embargo o hacer un reconocimiento. Al mismo tiempo el gobierno vacilaba. Si la tienda era un plan de propaganda de algún grupo industrial, cualquier organismo oficial que interviniese se exponía a quedar en ridículo ante todo el país, y aun a correr ciertos riesgos si la parte perjudicada iniciaba una acción legal. Agentes de la policía secreta habían entrado en la tienda y salido de ella un centenar de veces en busca de alguna infracción; pero nada habían encontrado, ni siquiera una excusa.

El viernes por la noche la tienda de la Quinta Avenida cerró como de costumbre. Bajaron las cortinas. A las once apagaron las luces. A las tres de la madrugada se abrió la puerta de la tienda.

A esa hora de la mañana del sábado, la Quinta Avenida estaba desierta. En aquel momento observaban la tienda cuatro detectives de la ciudad, dos agentes federales, dos miembros del Servicio Secreto Central y tres detectives privados contratados por la Asociación Nacional de Fabricantes. Los once hombres no trataron de ocultarse. La tienda sólo tenía una entrada. Al otro lado de la avenida esperaban cuatro coches.

De la tienda Productos Marcianos salieron los cinco empleados, cargados de paquetes. En ese mismo momento un gran automóvil negro se detuvo frente a la tienda. El conductor abrió la portezuela trasera, los cinco empleados entraron, y el coche se puso en marcha, seguido por los

otros cuatro coches. Los agentes que vigilaban tenían órdenes de no intervenir, y no arrestar a nadie, sino de seguir a cualquier empleado hasta su destino, e informar por radio.

Contamos con una descripción exacta del automóvil. Se parecía a un Continental, y tenía unos treinta centímetros más de largo, pero no era más ancho. La capota era rara, más redondeada que en los coches comunes.

El coche fue hacia el centro de la ciudad a velocidad moderada, entró en el Central Park, salió de él por la Séptima Avenida y la calle 110, siguió hacia el norte y luego, por la calle 155, hasta la autopista del río Harlem. Cuando llegó a la autopista, dos coches policiales se unieron a la caravana. En la rampa de acceso del puente George Washington el coche aumentó la velocidad, y cuando tomó la autopista corría ya a ciento veinte kilómetros por hora. Los coches policiales hicieron oír sus sirenas, y se ordenó por radio a otros coches policiales que cerraran la calle Dyckman.

En ese momento el coche negro desplegó unas alas, de unos dos metros a cada lado, y se elevó como un avión de reacción. Pareció que los otros coches se hubieran quedado detenidos en el camino. No es posible estimar exactamente la velocidad del coche en aquel momento, pero era muy superior a los doscientos kilómetros por hora. El coche despegó en unos pocos segundos, ganó altura rápidamente, y desapareció hacia el este. Fue captado dos veces en el radar: volaba a seis mil metros de altura, y a una velocidad notable incluso para un avión de reacción. La Fuerza Aérea fue notificada inmediatamente, y muchos aviones levantaron vuelo en segundos, pero no hay informes de si el coche -o avión- negro fue visto otra vez, y tampoco lo captó el radar.

El desarrollo de los acontecimientos fue aproximadamente idéntico en Tokio y en París. El personal de la tienda no fue alcanzado ni detenido en ningún caso.

Este fue el resumen que el sargento Bristol examinó antes de ir al centro de la ciudad y forzar la puerta de entrada de Productos Marcianos. No se enteró de nada nuevo, y, en realidad, sabía mucho más. Su propia especialidad era *entrar y registrar*, pero como casi todos los ciudadanos de Nueva York, había pensado durante días en el intrigante problema de los Productos Marcianos. Era muy práctico en el arte de rechazar conclusiones que no estuviesen fundadas en la experiencia, en hechos que él mismo no pudiese comprobar con la vista, el tacto o el olfato. Sin embargo, no podía dejar de imaginar que detrás de la puerta de la tienda esperaba un enjambre de posibilidades. Era aún demasiado joven para no excitarse con su trabajo, y la excitación había ido aumentando a lo largo del día.

Tanto la policía municipal como el F. B. I. habían decidido esperar hasta el sábado antes de abrir la tienda, y así se comunicó a Tokio y París. En realidad la tienda de Nueva York fue abierta unas pocas horas después que las otras.

Cuando Bristol llegó a la esquina de la calle 52 y la Quinta Avenida, lo esperaban por lo menos unos doce hombres: el jefe de policía, el alcalde, el general Arlen Mack, un coronel del Servicio Secreto Militar y varios funcionarios del F. B. I. Se habían reunido además unos cien espectadores, contenidos por la policía. El jefe de policía estaba enojado y dijo que Bristol era un hombre capaz de llegar tarde a su propio entierro.

-Me dijeron que estuviera aquí a las siete en punto, señor -dijo Bristol-. Todavía faltan unos minutos para las siete.

-Bueno, no discuta. ¡Y abra esa puerta!

Fue más fácil decirlo que hacerlo. Cuando arrancaron la chapa de bronce, encontraron debajo acero puro. Lo fundieron e hicieron saltar a martillazos el cerrojo. Tardaron casi una hora en abrir la. puerta, y, como había sucedido en Tokio y en París, encontraron la tienda vacía. La hermosa reproducción en cristal del planeta Marte había sido pulverizada; los fragmentos estaban en un cesto, y se los llevaron a Centre Street para analizarlos. Por lo demás, ninguna de las decoraciones había sido alterada o eliminada, ni siquiera las letras de oro puro del frente de la tienda, las que por sí solas valían una fortuna. Pero los ocho productos, los cuatro del escaparate y los otros cuatro utilizados en la tienda para las demostraciones, habían desaparecido.

Los altos funcionarios recorrieron el local durante una hora aproximadamente, examinando el decorado y cuchicheando en los rincones. Alguien hizo la inevitable referencia a impresiones digitales, pero el jefe de policía gruñó:

-La gente con la piel cubierta no deja impresiones digitales.

A las nueve se fueron los altos funcionarios, y Bristol se puso a trabajar. Dos de los hombres del F. B. I. se quedaron y observaron con admiración silenciosa los métodos de los tres hombres de Centre Street.

La especialidad de Bristol era, como hemos dicho, *entrar y registrar*. Tenía cuatro hijos, una mujer a la que adoraba, y era moderadamente ambicioso. Hacía ya largo tiempo había decidido hacer de su especialidad una ciencia, y luego llevar esa ciencia a un punto de perfección desconocido. En primer lugar encendió todas las lámparas e inundó la tienda con tres mil vatios de iluminación adicionales. Como la tienda sólo tenía una habitación principal, una pequeña oficina, y un baño, el resultado fue considerable. Además, él y sus dos ayudantes llevaban lámparas portátiles en los cinturones.

-La finalidad principal del registro es encontrar lo que se busca -les dijo Bristol a los del F. B. I.

-¿Sabe usted lo que hay que buscar?

-No. Ni lo sabe nadie. Eso facilita las cosas, en cierto modo.

Los hombres de Centre Street quitaron primero las cortinas, extendieron sábanas blancas, cepillaron cuidadosamente las cortinas por ambos lados, las doblaron, las apartaron y recogieron y rotularon el polvo. Luego barrieron todos los pisos, que repasaron por segunda vez con una aspiradora, y el polvo fue cernido, empaquetado y rotulado. En seguida, ajustando a la aspiradora una nueva bolsa cada vez, repasaron el piso, las paredes, el cielo raso, las molduras y los muebles. Y también las bolsas fueron empaquetadas y rotuladas. Luego desarmaron los muebles tapizados, desmenuzando el paño y el relleno, punzando y desgarrando el caucho espumoso de los cojines. Y una vez más rotularon todo.

-Esto es casi mecánico -explicó Bristol-. Simple rutina. Los análisis químicos y microscópicos los hacemos en el centro.

-¿Simple rutina, eh?

-Me refiero a un problema de esta clase. No investigamos problemas de esta clase más de dos o tres veces al año.

A las dos de la madrugada, los hombres del gobierno fueron a comprar café y sandwiches, y volvieron con una caja de comida para los hombres de la ciudad. A las cuatro, el alfombrado había sido llevado a Centre Street; en el baño habían sido arrancadas las baldosas, las cañerías estaban desconectadas, y todos los artefactos desmontados. A las seis de la mañana del domingo, a la luz fría y gris de la aurora, los hombres de Bristol examinaban todas las piezas de madera o metal de la tienda.

Hicieron el descubrimiento en un escritorio, un escritorio moderno de diseño sueco, de madera de abedul, con un listón en el frente. Cuando arrancaron el listón, Bristol encontró una película de unos dos centímetros de largo y tres milímetros de ancho. La levantó a la luz con unas pinzas, la miró con una lupa, y descubrió que era una película fotográfica. Había dieciséis fotografías completas y parte de otra.

Minutos después, Bristol estaba en un auto con los hombres del gobierno, corriendo hacia Centre Street. Sólo entonces se permitió dar una opinión:

-Deben haber estado trabajando en la película -observó-. He leído que eran muy ordenados y escrupulosos. Pero hasta una persona ordenada puede perder algo. Incluso un marciano -terminó en tono de duda.

Aunque parezca raro, los funcionarios del gobierno no hicieron comentario alguno.

Se ha hablado mucho de Bristol, y se ha dicho que irá lejos. Ya lo han ascendido y sin duda su nombre aparecerá en las crónicas del futuro. Era un hombre honrado y concienzudo, con una inteligencia metódica a la par de cualquier otra inteligencia metódica.

El profesor Julius Goldman tampoco será olvidado. Jefe del Departamento de Lenguas Semíticas de la Universidad de Columbia, era también el principal filólogo del hemisferio occidental, si no del mundo, y a él, tanto como a otros, se le puede atribuir el mérito de haber descifrado la escritura cretense primitiva. Fue un precursor de la reciente tentativa -brillante, aunque fracasada- de descifrar la escritura etrusca. Juntamente con Jacobs de Oklahoma, es la autoridad principal en las lenguas indígenas de Norteamérica y se especializa en los dialectos de las llanuras. Se dice que en el mundo no hay una lengua importante, viva o muerta, que no pueda hablar con fluidez.

Quizás sea una exageración, pero desde que Goldman fue llamado por la Casa Blanca ese mismo domingo, y ya en Washington se puso al frente de un equipo de cinco de los mejores filólogos del país realizando lo que se esperaba de él en treinta y dos horas, se dijo que en verdad su reputación era merecida.

Sin embargo, por la gracia de Dios, o de cualquiera que sea la fuerza que determina nuestro destino, se le dio una «Piedra de Roseta», por decirlo así. Sin ella, como Goldman mismo fue el primero en señalar, la escritura marciana no hubiese podido ser descifrada, ni ahora ni nunca probablemente. La «Piedra de Roseta» -que, como se recordará, permitió a los filólogos descubrir el misterio de los jeroglíficos egipcios, al proporcionarles, en la misma piedra, traducciones en lenguas conocidas- era en este caso un trozo de la película con una inscripción en inglés y otra en marciano. Partiendo de la hipótesis que una era traducción de la otra, el profesor Goldman encontró una brecha. Sin embargo, este trabajo de reconstrucción sigue siendo el más extraordinario de toda la historia del lenguaje.

Ese martes, el martes siguiente a la fecha en que entraron en la tienda las autoridades, el presidente de los Estados Unidos convocó a una reunión ampliada de gabinete en la Casa Blanca. Además de los miembros regulares del gabinete se habían reunido allí otras cuarenta y dos personas, entre ellas Julius Goldman; y no era sólo Goldman el que parecía demacrado por la falta de sueño. Todos habían leído y estudiado una versión algo aumentada del informe oficial. El Presidente inició la reunión pasando revista a los hechos, mencionó algunas opiniones de los peritos, y luego dijo:

-¿Qué podemos pensar, caballeros? Luego de nuestras tímidas exploraciones del espacio el reino de las estrellas ya no es dominio exclusivo de los novelistas. Hasta ahora no hemos llegado a conclusiones sólidas, pero espero que al término de esta reunión podamos ponernos de acuerdo. No necesito repetir que algunas de las mentes más agudas de los Estados Unidos opinan aún que las tiendas marcianas fueron una broma. Si así fuese, esa broma, que le ha costado a su autor muchos millones de dólares, no ha tenido ningún sentido. Rechazo de plano esa conclusión, ni puedo aceptar tampoco que hayamos presenciado una notable campaña de propaganda. He llegado a ciertas conclusiones propias, pero no las expondré hasta que hayan hablado otros hombres.

»Como la mayoría de ustedes sabe, gracias a la energía e ingeniosidad del departamento de policía de Nueva York, descubrimos un trozo de película en la tienda de la Quinta Avenida. Nada de valor se encontró en París ni en Tokio. Sin embargo, he invitado a los embajadores de Japón y Francia. No digo que su interés sea mayor que el de otras naciones, pues...

El Presidente vaciló, se encogió cansadamente de hombros y continuó:

-Bueno, les hablará ahora el profesor Julius Goldman de la Universidad de Columbia, nuestro máximo filólogo. Su contribución a la solución de este problema no puede ser excesivamente estimada.

El profesor Goldman explicó serenamente que él no había encontrado ninguna solución a la que no hubiesen contribuido también sus colegas, que no asistían a la sesión. Los seis habían preparado una declaración jurada que leería en nombre de todos. Pero antes deseaba mostrar las fotografías.

Apagaron las luces de la sala. En un extremo de la habitación, en una pantalla, apareció la primera imagen: una superficie cubierta de líneas verticales, lo que se llamaba ya el jeroglífico marciano. Luego de otra fotografía similar apareció la «Piedra de Roseta». Arriba, en letras latinas se leía esta inscripción:

Compuesto para varones blancos, de 16 a 19 años de edad.

Y directamente debajo, también en inglés, decía:

Advertencia general. En caso de huida o resistencia, estimulación permanente del nervio trigémino.

Y debajo:

Cámara de alimentación: hembras de piel amarilla, de 7 a 10 años de edad.

Y un verso final en inglés:

He viajado mucho por los reinos del oro.

Debajo de esas líneas en inglés, había varias columnas verticales de jeroglíficos.

El profesor Goldman explicó:

-Esta fotografía nos dio la clave, aunque no pretendemos conocer exactamente el significado de las inscripciones. Las autoridades médicas consultadas han indicado que cierto tipo de irritación del nervio trigémino puede ocasionar el dolor más exasperante que conozca el ser humano. La inclusión del verso de Keats carece por completo de sentido; quizá pueda encontrarse alguna explicación en el futuro. Las otras fotografías, como ustedes ven, muestran sólo jeroglíficos.

Encendieron las luces. El profesor Goldman parpadeó, cansado, se limpió los anteojos y dijo:

-Antes de presentar nuestra declaración, y con la indulgencia de ustedes, debo decir unas pocas palabras acerca del lenguaje. Cuando nosotros, los filólogos, pretendemos haber develado el misterio de alguna lengua antigua no hablamos como criptógrafos que han descifrado una clave. La filología y la criptografía son ciencias muy distintas. Cuando se descifra una clave, se descifra también el mensaje. Cuando se descifra una lengua sólo se da un primer paso en un camino largo y arduo. Ningún hombre aislado, ningún grupo particular han develado nunca los secretos de una lengua antigua; esa tarea es siempre internacional, y necesita de la contribución de muchas generaciones.

»Digo esto porque quizás se han alimentado aquí demasiadas esperanzas. Contamos con muy pocos elementos: sólo unas pocas palabras y cifras; es una lengua que no tiene relación alguna con las nuestras, y sólo hemos tenido unas pocas horas para encarar el problema. Por consiguiente, aunque hemos podido extraer algún significado de dos de las fotografías, quedan también muchos espacios en blanco y muchos enigmas. Tenemos a nuestro favor los siguientes hechos: en primer lugar, todo lenguaje, quizá en todo el universo, parece tener un desarrollo y una estructura lógicas; segundo: estos jeroglíficos se refieren a la vida en la Tierra; y, por último, esa es afortunadamente una forma de escritura alfabética, donde hemos creído descubrir cuarenta y un signos, con treinta consonantes por lo menos. Estas formas consonantes indican un ordenamiento de las vocales similar al nuestro, es decir similar en su estructura física, pues los sonidos idiomáticos están determinados en gran medida por características físicas corporales. Mis colegas opinan sin embargo que no hay indicio de relación alguna entre este alfabeto y ningún idioma terrestre conocido. Por mi parte, no haré comentario alguno acerca del origen de esta lengua, pues no es ese mi campo ni mi propósito.

El Presidente movió la cabeza afirmativamente y dijo:

-Comprendemos, profesor Goldman.

Goldman continuó:

-Proyectaremos la traducción en la pantalla, pues se entenderá mejor leída que oída.

Apagaron otra vez las luces y en la pantalla apareció lo siguiente:

Ensayo de traducción parcial de las dos primeras fotografías entregadas a los infrascritos:

«- - codicioso lascivo (¿dedicado a?) (¿practicando?) (¿crímenes?) (¿muertes?) en masa - (tiempo) generaciones (¿de?) asesinato - (¿dócil?) (¿voluntario?) O cuando muestra placer - - - (¿títulos?) (¿que se llama a sí mismo?) (¿que se llama a sí mismo con jactancia?) hombre (¿o humanidad?) - - (¿comparado con?) (¿igual a?) enfermedad (o plaga o moho) frente a (¿hermoso?) (¿rico?) planeta (o globo) - - -.»

La voz del profesor Goldman intervino:

-Esta es la primera fotografía. Como ven ustedes, nuestra traducción es un ensayo muy incompleto. Los elementos son escasos. La palabra entre paréntesis y entre signos de interrogación es una deducción y no una suposición, pero una deducción basada en muy pocos hechos. Ahora la segunda fotografía.

«Fuerza (o violencia) comprendida (o resistida por) - hombre (o humanidad) - primitivo (o número 1) desarrollo de la (potencia o energía o máquina) atómica - - - (estación del espacio o pequeño planeta) - (no posesión referente probablemente a la estación del espacio) - - (¿espacio exterior?) (¿vacío?) negativo (¿brazo largo? (¿arma?) - - - (¿superstición?) (¿ignorancia?) (¿novedad?) - -.»

La inscripción seguía en la pantalla, y la voz de Goldman, baja, cansada y sin expresión, explicó:

-Encerramos entre paréntesis varias palabras, una después de otra, cuando no hemos podido decidirnos por una. Pero sólo una palabra se traduce...

Goldman calló. Los nombres de los seis filólogos aparecieron en la pantalla. Se encendieron las luces, pero el silencio pareció continuar la oscuridad anterior. Por fin, el secretario de Estado se levantó, miró al Presidente, y le dijo al profesor Goldman:

-Deseo conocer su opinión, profesor. ¿Estos jeroglíficos son un engaño? ¿Tienen su origen en la Tierra? ¿O nos las tenemos que haber con marcianos? No es una palabra sucia. Todos la piensan, y nadie la dice. Deseo oír su opinión.

-Soy un hombre de ciencia y un erudito, señor. Si no sé bastante, me abstengo de opinar. Y este es ahora el caso.

-¡Usted sabe más que nadie en la Tierra! ¡Usted puede interpretar ese enredo extraño!

-No más que usted, señor -replicó Goldman suavemente-. Lo que he leído yo, lo ha leído usted.

-Usted lo ha examinado como filólogo -insistió el secretario de Estado.

-Sí.

-Entonces, como filólogo, ¿opina usted que este lenguaje proviene de la Tierra?

-¿Cómo puedo responder a esa pregunta, señor? ¿Qué vale mi opinión cuando los hechos son tan débiles?

-Entonces, díganos: ¿advierte usted alguna relación con algún idioma conocido de la Tierra?

-No, no la advierto -contestó Goldman, y sonrió un poco tristemente.

Se hizo otra vez el silencio. En ese momento apareció uno de los secretarios del Presidente y distribuyó copias de la declaración. Hubo un silencio más largo mientras todos estudiaban el documento. Luego el embajador de Francia pidió la palabra.

-Señor Presidente -dijo-, miembros del Gabinete y caballeros. Muchos de ustedes saben que mi gobierno discutió ayer este mismo problema. Tengo instrucciones de hacer cierto pedido, si la ocasión así lo reclama. Creo que la ocasión lo reclama. Pido que hagan venir inmediatamente al embajador de la Unión Soviética.

La petición no llamó la atención ni sorprendió a nadie. Fueron en busca del embajador soviético. Este esperaba, evidentemente, pues se presentó a los pocos minutos, y cuando declaró en seguida que hablaría también en nombre de la República Popular China o se iría, el presidente de los Estados Unidos reprimió una sonrisa y asintió. El embajador recibió un informe y una copia del documento, los leyó, y se inició la sesión, que continuó hasta las tres de la mañana del día siguiente. En ese tiempo se presentaron treinta y dos especialistas, que dieron su opinión o testimonio, y se marcharon. La sesión se interrumpió luego durante cinco horas, y volvió a reunirse con la presencia de los representantes de la India, China, Gran Bretaña, Italia y Alemania hasta las seis de la tarde del miércoles. Al día siguiente se convocó a una reunión extraordinaria de la Asamblea de las Naciones Unidas. Para entonces el profesor Goldman, con ayuda de filólogos japoneses, chinos y rusos, había terminado una traducción completa. Antes que esa traducción se publicase en la prensa internacional, fue puesta a disposición de todos los delegados de la Asamblea de las Naciones Unidas.

El sábado, sólo una semana después que el sargento Bristol hubiese forzado la puerta de la tienda, el jefe del gobierno hindú habló en la O. N. U.

-Es realmente irónico -dijo con cierta tristeza- que nosotros condenados tan bárbaramente por otro planeta, otra cultura y otra gente, reconozcamos que hay mucho de verdad en esas acusaciones. ¡Qué cerca hemos estado, tantas veces, de la destrucción de la que hablan esas gentes de otro mundo! ¡Y ahora nuestro sueño de un pacífico porvenir tiene que ser dejado de lado, quizá para siempre! ¿Servirá de consuelo que debamos unirnos para luchar con un enemigo común y no entre nosotros? Ruego que así sea, pues mi país, no sin profundo pesar, renuncia hoy al débil escudo de la neutralidad al que se ha aferrado tan desesperadamente. Caballeros, la India está con ustedes; millones de hindúes participarán en la defensa común de la Madre Tierra. Las fábricas y minas inadecuadas de la India están a disposición del mundo y espero de todo corazón que haya tiempo para construir más.

Luego hablaron los representantes de Rusia y de los Estados Unidos. China y otros ocho países fueron admitidos en las Naciones Unidas sin votos en contra; pero esto sólo fue el comienzo de una serie de actividades que llevaron, dentro del mes, a la creación de una Unión Mundial del Espacio, o sea un plan internacional para la construcción de cuatro grandes estaciones en el espacio que circunda a la Tierra, una poderosa flota de naves del espacio de propulsión atómica y una base de defensa militar en la Luna, bajo el dominio de las Naciones Unidas. Se ordenó un plan de defensa de tres años, y, como habían pronosticado tan pocos, se organizó un gobierno mundial con verdadero poder soberano y miembros de todos los países del mundo.

Menos de tres meses después del descubrimiento de la película, se redactó el primer código mundial y fue presentado a la O. N. U. Los buques anticuados y herrumbrosos de las marinas de guerra, la artillería desechada e inútil, los ya arcaicos proyectiles teleguiados, las risibles armas ligeras: todo atestiguaba el comienzo de un gobierno mundial.

Y en menos de un año, la Culpepper Motors la importante empresa industrial, anunció que había duplicado el motor atómico marciano. Los habitantes de la Tierra rieron y aplaudieron. Cuando contemplaban en el firmamento el minúsculo globo rojo de Marte, sentían cada vez más confianza y menos temor.

Pues habían descubierto un nuevo nombre para ellos mismos; habían descubierto que eran la nación de la humanidad. Era un comienzo, tosco, rústico e incómodo en muchos aspectos, pero no obstante un comienzo. Y en toda la Tierra se celebró ese *comienzo* de muchas maneras.

En la residencia de Franklin Harwood Plummer, de ochenta y tres habitaciones, situada en medio de una propiedad de mil cien acres, en el distrito de Putnam del Estado de Nueva York, el comienzo fue celebrado también apropiadamente, de acuerdo con el lugar y las circunstancias. El señor Plummer podía dar y daba comidas grandes e importantes, de las que no informaba la prensa, lo que no dejaba de tener relación con su dominio de gran parte de la prensa, entre otras cosas. Pero la reunión de aquella noche era numerosa y extraordinaria, aun para sus aristocráticos salones, pues se encontraban allí trescientos veintisiete hombres y mujeres, aparte del señor Plummer y los dieciocho miembros del directorio de la Culpepper Motors.

A los cincuenta y ocho años de edad, el señor Plummer era el presidente de la Culpepper Motors, con un valor neto de quince millones de dólares, y un valor industrial privado sólo superado en el mundo por la American Tel & Tel; pero si debemos señalar las instalaciones y diversas influencias de los diecinueve miembros del directorio, ese valor crece tanto que llega a carecer de sentido. Nada podría definir mejor al señor Plummer, patrón nominal de esa empresa gigantesca, que su propia historia. Se había iniciado, treinta y cinco años antes, como tornero en el viejo taller Lewett, y había luchado, y había aplastado a sus rivales, y se había abierto camino hasta la cima. En la historia reciente de los Estados Unidos ha habido algunos casos semejantes, pero pueden contarse con los dedos de una mano.

Ni siquiera era estimado en sus propios círculos, aunque se lo temía y respetaba. No tenía familia ni título universitario, e impresionaba a todos como un intruso extraño, violento y desconcertante. Era un hombre alto y grueso, rubicundo y canoso. Sentado en un extremo del comedor de su vasta residencia, agobiada de muebles, hablaba del hecho que ni siquiera sabía jugar al golf. Sus trescientos veintisiete invitados y sus dieciocho colegas sonreían ligeramente.

-No -continuó el señor Plummer-, no sé jugar al golf, ni al tenis. He sido siempre lo que ustedes llamarían un hombre preocupado, con una preocupación: ganar dinero. Si alguna vez he lavado mi conciencia con algún jabón ha sido recordando la ingeniosa observación de Calvin Coolidge, un hombre que, por otra parte, carecía notablemente de humor. Coolidge bendijo a las personas como yo al declarar que el negocio, la ocupación principal de los Estados Unidos era hacer negocios.

El señor Plummer sonrió mostrando los dientes. Tenía una sonrisa infecciosa, la sonrisa de un hombre que ha logrado lo increíble, que vuelve a su ciudad natal en un Cadillac cromado.

-Disfruto ganando dinero -dijo sencillamente-. Me acusan de codiciar el poder. ¡Tonterías! Mi codicia se resume con una palabra sencilla y sucia: dinero. Lo he codiciado siempre, y seguiré codiciándolo. Desconcierta a mis dieciocho colegas que se sientan aquí a mi lado que yo sea tan descortés o innoble; pero agradezco a los posibles dioses que la buena educación no me haya inhibido nunca. También quiero señalar dos cosas. En primer lugar, la cuestión del dinero: lo he conseguido. No sólo he podido asegurar la futura existencia de la Culpepper Motors, no sólo he creado una situación en que sus beneficios aumentarán año tras año -y quizá se dupliquen cada cinco años, de modo que nuestras acciones son una buena inversión para todos ustedes-, sino que además he podido reunir bajo este techo la mejor colección de seres humanos que pueda proporcionar la humanidad. No intentaré explicar lo que esto significa para mí, lo que ha significado conocer a las trescientas veintisiete personas aquí presentes y trabajar con ellas. Creo que ustedes pueden suponerlo.

»En segundo lugar, he dicho lo que he dicho para consolar a quienes han cooperado en nuestra empresa y han recibido su paga..., y contra aquellos que no han querido aceptar dinero. Los que recibieron dinero pueden tener cierto sentimiento de culpa. Es una tontería. Nadie hace nada sólo por dinero; hay siempre otros factores. Ya lo sé. Yo me metí en esto por los dólares y los centavos, lisa y llanamente, y lo mismo hicieron mis santos colegas del Directorio. Pero todos hemos cambiado entretanto. Mis colegas pueden dejar de desear mi muerte. Yo los quiero por lo que son ahora, y no por lo que eran cuando iniciamos esta empresa, hace dos años.

»Se sienta entre ustedes un tal Jonas Wayne, de Fort Fayette, Kentucky. Es un hombre chapado a la antigua, y quizá el mejor orfebre de los Estados Unidos. Sin él nuestra empresa hubiese sido más difícil, si no imposible. No obstante, no ha querido recibir un dólar, ni siquiera

para los gastos. Es un hombre temeroso de Dios, y decía que trabajaba para Dios y no para mí. Quizá así sea. No lo sé. En la misma mesa se sienta el señor Orendell, el embajador de Francia. No es un hombre rico, y se le han pagado los gastos. Aquí no tenemos secretos. Vivimos y morimos conociéndonos, como una fraternidad, única en su especie. El profesor Julius Goldman -tenga la bondad de levantarse, profesor- era, como ustedes saben, esencial para todo nuestro plan. No le fue difícil descifrar la escritura marciana, y mucho menos inventarla, tarea que llevó más horas de trabajo que la fabricación del motor. No quiso recibir dinero, no porque sea un hombre religioso, sino porque, como él dice, es un hombre de ciencia. Komo Aguchi, el físico -está sentado a la mesa con el doctor Goldman- aceptó cien mil dólares, que invirtió en tratar de curar a su esposa, que se muere de cáncer. ¿Lo juzgaremos, o pondremos al cáncer en el orden del día?

»¿Y qué haremos con el sargento de policía Tom Bristol? ¿Es un policía honesto o deshonesto? Aceptó cuatrocientas acciones de la Culpepper Motors, un centenar por cada uno de sus hijos. Quiere que vayan a la universidad, e irán. La señorita Clementina Arden, probablemente la mejor decoradora de la Tierra, y de Marte, nos cobró cuarenta mil dólares por su decoración. El precio era razonable. Es una mujer de negocios perspicaz, ¿y quién podría cuidar mejor que ella de sus propios intereses? Sin embargo, rechazó muchos otros trabajos.

»Bueno, mis buenos amigos, damas y caballeros. No volveremos a reunimos. Mi padre, que fue obrero toda su vida, dijo una vez que si yo abría una tienda, aunque fuese una tienda pequeña, no dependería de los tontos caprichos de un amo. Quizá tenía razón. Bueno, abrí tres tiendas, con la ayuda de ustedes. El costo total, si les interesa saberlo, fue de veintiún millones de dólares. Hicimos una inteligente inversión, no me importa decirlo. Los beneficios de la Culpepper Motors en los próximos tres meses multiplicarán por cinco esa cantidad. Y creo que nuestras tres tiendas han hecho algo que hombres más sabios no pudieron hacer.

»Nada más. Muchos de ustedes lamentarán que no se alcen monumentos a nuestra obra. Yo pienso que cuando la riqueza de un hombre llega a cierto punto, conviene que no salga de las sombras. Sí, guarden el secreto, pues no sólo nadie les creería, sino que además se reirían de ustedes...

Pasó el tiempo, y un día se discutió el destino del único objeto de valor que habían dejado los «comerciantes del espacio», como se los llamaba ahora: las letras de oro puro. Las de la tienda de la Quinta Avenida fueron expuestas al fin en una vitrina de la O. N. U. De modo que los visitantes de las Naciones Unidas, o de los museos nacionales de Francia o del Japón tienen siempre delante una advertencia en letras de oro:

PRODUCTOS MARCIANOS

LA VISIÓN DEL EDÉN

1

Estaban en órbita; el viaje había terminado. Habían cruzado el vacío, habían salvado todos los abismos del tiempo y la imaginación, habían sondeado lo insondable, y habían pasado por los siete círculos del infierno. Estaban cuerdos, aunque habían rozado las fronteras mismas de la locura. Sonreían, aunque habían conocido las simas de la aflicción y las tentaciones del suicidio; y estaban vivos, aunque habían enfrentado las distintas muertes que esperan en el espacio ilimitado.

Habían tenido un miedo y un terror indescriptibles, y ahora podían hablar de ese miedo y de ese terror. Eran siete, tres mujeres y cuatro hombres, y habían vivido cinco años interminables, encerrados en aquella nave estelar. Estaban a muchos años luz de la Tierra; la nave había atravesado las curvas y las trampas extrañas del espacio, alterando y deformando los cálculos y la geometría conocidos por los hombres, y había llegado a la otra orilla del espacio, donde las estrellas se arracimaban como uvas en las parras de otoño. Los siete tripulantes habían cumplido su tarea, habían hecho lo que nadie en la Tierra había hecho hasta entonces. Y ahora estaban en una órbita silenciosa y ondulante, sobre un planeta tan azul, tan verde y tan hermoso como el que habían dejado atrás.

Ahora podían recordar y podían jactarse. Se sentían muy seguros de sí mismos, como era de esperar. Ahora, en el cuarto de oficiales se miraban mutuamente de un cierto modo. Lo habían hecho.

Todas las palabras que podían decirse ahora eran en verdad inútiles. En cinco años se habían dicho todas las palabras, se habían puesto a prueba todas las reacciones, se habían derramado todas las lágrimas. Ahora sólo importaba la realidad actual, el planeta que tenían debajo, bañado por la luz del sol, lavado por el aire, y adornado con ríos, lagos y lagunas. Era la prueba del universo; lo habían arriesgado todo para demostrar que la vida no se limitaba al planeta Tierra y el Sistema Solar, sino que era parte de la lógica del universo. La realidad actual era un planeta poco mayor que la Tierra, quizá de menor densidad, con una atmósfera de nitrógeno y oxígeno respirable, y con agua y vida vegetal en abundancia. Su día era de treinta y dos horas; su año de unos cuatrocientos quince días. Su sol, semejante al que alumbraba la Tierra, y de casi un millón y medio de kilómetros de diámetro, se encontraba en aquel momento a 179.000.921 kilómetros del planeta. Había once planetas en el sistema; pero primeramente tenían que examinar aquél; los otros diez podían esperar.

La nave recorría su órbita en cinco horas y dieciséis minutos, y ya había cumplido ocho revoluciones. Aquella era una reunión final en el cuarto de oficiales donde se discutirían los distintos puntos de vista. Sería una reunión breve y luego descenderían.

2

Briggs, el piloto y tan capitán como cualquier otro en la nave, miró a todos y dijo:

-Ya no queda mucho de lo que hablar, a menos que alguien pueda alegar algún motivo para no descender.

-Hay toda clase de motivos -contestó la doctora Frances Rhodes-. Microbios, gérmenes, virus, radiaciones; y ninguno es suficiente. -La doctora sonrió, y en aquel momento pareció hermosa, con el rostro iluminado, como los demás, por el resplandor de la hazaña-. Descenderíamos aunque fuese una colonia de leprosos, ¿no es así?

Hubieran descendido aunque hubiese lava hirviente allá abajo, pues habían soportado todo el confinamiento que es posible soportar, y habían sentido la desnudez vertiginosa del espacio vacío.

-No me preocupan los microbios -dijo Carrington, el agrónomo-. No es miedo a la enfermedad. Ni a la radiaciones. Es otra cosa.

Gene Ling, la segunda piloto, y Premio Nobel, movió la cabeza afirmativamente. Era una china delgada y cortés de San Francisco.

-Sí, otra cosa -dijo-. No hay océanos.

-Ni desiertos -añadió Carrington.

-Ni luces en las ciudades por la noche -dijo Gluckman, el ingeniero.

-Si hay ciudades -dijo McCaffery.

-Las noches son claras con la luz de las estrellas -reflexionó Briggs-. Quizá duerman de noche. Esto tiene que ser diferente. No lo olvidemos.

-Quizá ellos nos vean -dijo Laura Shawn, la bióloga-. ¿Por qué no nos llaman, no nos hacen señales, no suben hasta nosotros?

-*¿Ellos?*

-Con el telescopio parece el país de las hadas -observó con afectación Phillips, el segundo ingeniero-. No me gusta.

-¿Qué fue de su infancia, Phillips?

-No me gusta.

-¿Armas? -preguntó Gluckman.

-Supongo que sí -dijo Briggs, inquieto-. Armas blancas en todo caso.

-¿En el país de las hadas? -sonrió Laura Shawn.

La conversación no era fácil ni agradable, y Briggs comprendió que si seguía así podía concluir con una nota de histeria. Se asían a la realidad muy débilmente y la reunión era inútil y se hacía demasiado larga.

-Descenderemos -dijo-. Todos a sus puestos.

Los otros sintieron alivio, pues no deseaban seguir hablando. Fueron a sus puestos, y la nave del espacio descendió por su trayectoria electromagnética hasta que los tensores antigravitatorios flotaron a treinta centímetros sobre la superficie del planeta. Los tripulantes abrieron luego las cámaras de aire, y salieron.

3

El aire era dulce como la miel. Al sol la temperatura era cálida y agradable, y a la sombra había veintidós grados. Habían descendido en una ancha pradera de unos quinientos acres, con un césped verde de dos centímetros y medio de altura, que parecía cuidadosamente recortado. Pero cuando examinaron las briznas, descubrieron que el césped crecía naturalmente. Un arroyo cruzaba la pradera, zigzagueando perezosamente, y a lo largo de sus orillas había un millón de flores rojas, azules, amarillas. Las abejas zumbaban, y en el aire flotaba la fragancia de las flores, y aquí y allá crecía un árbol cargado con frutos dorados o azules. Aguas abajo, a un kilómetro, se alzaba un puente afiligranado.

Habían estado cinco años en la nave, y al principio se contentaron con mirar y respirar. Luego algunos se sentaron en el césped. Todos lloraron un poco, como podía esperarse. Si hubiesen tenido que enfrentar algo peligroso, horroroso, o increíble, hubieran reaccionado de otro modo. Pero aquella belleza y aquella paz eran casi insoportables. Lloraron, y se sintieron un poco mejor.

Pasearon un poco, pero la mayor parte del tiempo estuvieron tendidos en el césped, escuchando el soplo de la suave brisa. Nadie decía nada y nadie quería decir nada. Pasó media hora y al fin Briggs dijo:

-No podemos quedarnos aquí.

-¿Por qué no? -preguntó Laura Shawn.

Todos pensaban, como Briggs, que ese mundo era un sueño o una ilusión, o que estaban muertos. Pensaban que ese mundo era como una burbuja que estallaría de pronto, y Briggs dijo:

-Gluckman y Phillips, suban a la nave y sígannos.

Los otros cinco echaron a caminar, seguidos por la nave espacial que flotaba en una red magnética. Fueron hacia el puente afiligranado de encaje de cristal, y cruzaron el río. Una senda de luz danzante y color llevaba a una colina. Del otro lado había un jardín, y en el centro del jardín un edificio, un castillo de sueño o de país de hadas, parecido a risas de niños. Pero si el edificio se parecía a risas de niños, el jardín era como los sueños de los niños de las ciudades, cuando sueñan con jardines. Mientras Briggs llevaba a los tripulantes por un sendero sinuoso, el jardín -de casi dos kilómetros cuadrados- parecía abrirse en innumerables brazos de encantamiento y maravilla. Era un jardín de fuentes; de una de ellas salía agua dorada, de otra agua roja, de una tercera agua verde, de una cuarta un arco iris de colores; y había centenares de

fuentes, adornadas con niños que bailaban y reían, tallados en una piedra del color de las aguas. Era un jardín de escondrijos y rincones de secreta delicia, con bancos hermosos y cómodos. Era un jardín de setos verdes, amarillos y azules, de macizos de flores y maravillosos pájaros, y era un jardín de surtidores.

Gene Ling se inclinó para beber de un surtidor. La observaron, pero no trataron de impedir que bebiera.

-Es agua -dijo Gene Ling-, agua límpida y fría.

Bebieron todos. Ya no se cuidaban. Las defensas se derrumbaban con demasiada rapidez.

Gluckman detuvo la nave estelar y los siete tripulantes entraron en la casa. En seguida se oyó una música y todos se pararon, nerviosos.

-Es automática -insinuó McCaffery-. Una célula fotoeléctrica, quizá.

Aquella nerviosidad momentánea no podía resistirse a la música; un río sonoro y vibrante de bienvenida y seguridad, y de encantamiento, y de inocencia. Recorrieron el edificio acompañados por la música. Entraron en una vasta sala de espectáculos con una pantalla de plata en un extremo. Atravesaron corredores desiertos, y en las paredes había unas pinturas con niños que jugaban. Encontraron habitaciones con divanes y la música los invitó entonces al sueño; y reconocieron comedores, salas de juego, y aulas. Le parecía siempre que todo era allí como debía ser, y los recuerdos terrestres parecían toscos y absurdos.

Salieron del edificio y volvieron a la nave estelar.

4

Con las miras abiertas, la nave del espacio recorrió la superficie del planeta a treinta metros de altura. Vieron jardines tan hermosos como el primero, y todavía más hermosos. Vieron bosques de árboles viejos y magníficos, y sendas de color entre los árboles. Vieron grandes anfiteatros para cien mil personas y otros más pequeños. Vieron edificios de vidrio y alabastro, de piedra rosada y piedra violeta, de cristal verde. Vieron grupos de edificios parecidos a la Acrópolis de la antigua Atenas; pero era como si los atenienses hubiesen trabajado mil años más en busca de una belleza última. Vieron lagos con barcas amarradas a los muelles, barcas pequeñas, para excursiones de recreo. Vieron pabellones, campos de juego, glorietas, enramadas...

Pero en ninguna parte vieron un hombre, una mujer o un niño vivientes.

5

Por la noche, después de comer, se reunieron y conversaron. Fue una conversación que se arrastró en circunloquios, dudas, y especulaciones. Habían viajado demasiado; el espacio los había envuelto, y aunque la nave estaba ahora a trescientos metros de altura, sobre un planeta tan grande como la Tierra, tenían la impresión de haber cruzado las fronteras de la nada.

-Supongamos -dijo Carrington- que han tomado forma todos nuestros sueños.

-Todos los recuerdos y deseos de nuestra infancia -dijo Frances Rhodes.

-Han tomado forma -repitió Carrington-. ¿Quién sabe qué es o qué hace la fábrica del espacio?

-Hace cosas raras -dijo Gene Ling, la física.

-¿Qué es el pensamiento? -insistió Carrington-. Un planeta así es un país de hadas, está hecho de la materia de los sueños, de todos los sueños que hemos traído de la Tierra; de todos los anhelos y deseos, es una creación del pensamiento.

-¿Quién dijo «haremos de la Tierra un jardín»?

-Yo no lo creo -declaró Briggs, quizá con demasiada aspereza, pues advertía que estaba aceptando las absurdas teorías de los otros-. ¡No lo creo en absoluto! Están ustedes cayendo en un enredo metafísico. La imaginación no crea planetas.

-¿Cómo lo sabe usted? -preguntó Laura Shawn soñadoramente.

-¿Cómo lo sé? Lo sé. Conozco la realidad y la sustancia de los sueños y la realidad y la sustancia de la materia, y son dos mundos diferentes.

-¿Y si nos hubiésemos salido de una curva del espacio pasando del mañana al ayer, eso sería real? -preguntó Gene Ling.

-Este planeta es real -insistió Briggs.

-¿Sin habitantes?

-¿Ni ciudades?

-¿Ni industria? Los palacios no nacen del aire. ¿O cree usted que sí, Briggs? ¿Dónde está la industria?

-¿Quién cultiva la tierra? -preguntó Carrington, el agrónomo-. ¿Quién cuida un millón de macizos de flores? ¿Quién abona el terreno? ¿Quién planta? ¿Quién poda los setos?

-¿Y quién pinta esos murales con niños terrestres? ¿Quién talla esas estatuas de niños?

-¿Por qué deben ser niños terrestres? -preguntó Briggs lenta y tenazmente-. ¿Por qué debe ser el hombre una rareza de la Tierra, un accidente en un planeta, entre miles de millones de planetas? ¿Es el sol un accidente?

-Yo juraría -dijo Carrington- que esos macizos de flores fueron atendidos ayer. ¿Dónde está esa gente?

-Si es que existe...

-Bueno, basta -interrumpió Briggs-. Sólo hemos visto un rincón de este mundo. Mañana veremos más. Ocho horas de sueño no nos vendrán mal, y quizá disipen estas telarañas metafísicas.

Llegó el día siguiente, y a una velocidad de mil kilómetros por hora, la nave del espacio recorrió el planeta, a trescientos metros de altura. Los tripulantes miraron y vieron jardines, lagos, ríos dorados y serpeantes, palacios, y todos los lugares hermosos que el hombre había imaginado alguna vez, y otros que nunca había imaginado. Los observaron hasta que ya no soportaron más aquella resplandeciente abundancia. Al fin el sol se puso. Pero no vieron a ningún ser viviente. Era un mundo desierto.

Esa noche volvieron a conversar, y la conversación los llevó al borde de la locura, y Briggs les dijo que se callaran y se fueran a dormir. Briggs sabía que él mismo no estaba muy lejos del borde de la locura.

6

El tercer día, la nave del espacio se posó a orillas de un lago rodeado de casas de recreo y lugares de ensueño. No se les ocurrían otros nombres para aquellos edificios. Phillips y Gluckman se quedaron en la nave; Briggs llevó a los otros a un muelle que parecía de alabastro, y todos se subieron a una barca amarrada allí. Mientras se sentaban, la barca se animó con la música rara y encantada del planeta, una música que disipó temores y preocupaciones. Briggs vio que los otros sonreían.

-Podríamos quedarnos aquí -dijo Laura Shawn perezosamente.

Briggs sabía lo que ella quería decir. Luego de cinco años en la nave estelar todos conocían los secretos de todos. Laura Shawn era fruto de la pobreza, la desdicha, y finalmente el divorcio. Sus triunfos científicos habían dejado atrás una serie de derrotas sentimentales. Nunca había sido feliz hasta entonces, y Briggs se preguntaba si alguno de ellos lo había sido. Pero eran

felices ahora, y él también, aunque hubiese querido conservar su escepticismo y su desconfianza. La desconfianza no era posible en aquel lugar.

Briggs se sentó al timón y movió una palanca. La barca no tenía hélice; se deslizó sobre el agua como si se moviera a sí misma, pero eso no los asombró, pues la nave del espacio era llevada por las olas y corrientes de magnetismo y de fuerza del universo. Briggs pensó que lo mismo sucedía con todos los misterios y maravillas que había enfrentado alguna vez el hombre. Eran milagros que no tenían explicación hasta que se descubría la causa, sencilla y evidente. El hombre se reía entonces de su temor y su superstición anteriores. ¿Era aquel planeta más maravilloso o enigmático que la trama de fuerza que sostenía y ordenaba el universo?

Briggs llevó la embarcación a través del lago, y luego a lo largo de la costa, y los edificios, uno tras otro, los saludaron con una música distinta. Al fin la barca entró en un canal bordeado de árboles florecidos, y llegaron a otro lago de agua clara con un fondo de rocas doradas, rojas y purpúreas, y peces dorados y plateados. Luego entraron en un río zigzagueante, de aguas serenas, y cuando habían viajado dos kilómetros por ese río, vieron al hombre.

Estaba de pie en un desembarcadero de piedra rosada y translúcida, en medio de un círculo de bancos tallados, y los saludó casi con indiferencia.

-¿Será también una creación del pensamiento? -preguntó Briggs cáusticamente mientras acercaba la barca al muelle.

Llegaron al embarcadero y el hombre los ayudó a salir de la barca. Era un hombre alto y fornido, sonriente, de cabellos castaños, peinado como los pajes de otro tiempo en la Tierra. Tenía una edad madura indeterminada, y vestía una túnica azul liviana ceñida en la cintura.

-Acompáñenme por favor, y pónganse cómodos -dijo con voz afectuosa y sonora y en un inglés impecable-. Lamento esos tres días de perplejidad que han pasado ustedes, pero yo tenía algo que hacer. Siéntense; podemos descansar un rato, y hablar sobre algunos problemas que tenemos en común.

Los cinco terrestres se habían quedado sin habla. Al fin Briggs pudo decir:

-¡Bueno! ¿Qué diablos es esto?

7

-Llámenme Smith -dijo el hombre-. No tengo nombre realmente, pero Smith les facilitará las cosas. No, no están soñando. Soy real. Ustedes son reales. Este sitio es real. No hay motivo para temer, créanme. Y hagan el favor de sentarse.

Se sentaron en los bancos translúcidos, y el hombre respondió a lo que ellos pensaban:

-No, no soy un hombre de la Tierra, sólo un hombre.

-Entonces usted lee el pensamiento -dijo Frances Rhodes en voz baja.

-Leo el pensamiento, sí. Por esa razón, entre otras, hablo con tanta facilidad el idioma de ustedes.

-¿Y las otras razones? -pensó McCaffery.

-Hemos escuchado sus señales de radio durante muchos, muchísimos años. Yo estudio inglés.

-Y este planeta... -murmuró Briggs-. ¿Vive usted aquí solo?

-Nadie vive aquí -dijo Smith sonriendo-, excepto los custodios. Y cuando supimos que ustedes iban a descender, les pedimos que se fueran durante un tiempo.

-¡En nombre de Dios! -exclamó Carrington-. ¿Qué lugar es este?

-Sólo lo que parece ser -Smith sonrió y sacudió la cabeza-. No hay misterio alguno. ¿Qué parece ser?

-Un jardín -contestó Laura Shawn-. El jardín de todos mis sueños.

-Entonces sueña usted bien, señorita Shawn. En su planeta tienen ustedes lugares como este, parques, campos de deportes. Esto es un parque, un campo de recreo para niños. Por eso no

vive nadie aquí. Es un lugar para que los niños jueguen y aprendan un poco acerca de la vida y la belleza... En nuestra cultura, la belleza no está separada de la vida.

-¿Qué niños?

-Los niños de la Galaxia -y Smith movió una mano hacia el firmamento-. Hay muchos niños, y muchos campos de recreo y parques parecidos. Hoy no hay nadie aquí; mañana habrá cinco millones de niños, pues vienen y se van, como en los parques de ustedes.

-Nuestros parques -pensó Briggs amargamente.

-No, no me burlo, piloto Briggs. Trato de responder a sus preguntas y a sus pensamientos, y de relacionar estas cosas con las que ustedes conocen y comprenden.

-¿Quiere usted decirnos que la Galaxia está habitada..., por hombres?

-¿Por qué no? ¿Pueden creer de veras que el hombre sea un accidente? Dondequiera que hay vida, aparece con el tiempo el hombre. Y ahora vive en más de medio millón de planetas, y eso sólo en nuestra Galaxia. Y crea lugares como este para los niños.

-¿Y quién es usted? -preguntó Carrington-. ¿Y por qué está aquí, solo?

-¿Qué seré yo para ustedes? -se preguntó Smith-. Nosotros no tenemos gobiernos, no tenemos naciones. Yo podría ser un administrador. Y me han enviado aquí para que los reciba y hable con ustedes. Los hemos observado mucho tiempo. Sí, observamos la Tierra desde hace mucho tiempo.

-¿Para que hable con nosotros? -preguntó Frances Rhodes en voz baja.

-Sí.

-¿Acerca de qué? -preguntó a su vez Briggs.

-Acerca de la enfermedad de ustedes -contestó Smith con tristeza.

8

Había pasado una hora. Estaban sentados en silencio, mirándose y al fin Briggs dijo:

-Por favor, no nos compadezca. No pedimos compasión, ni de usted ni de ninguno de sus superhombres.

-No es compasión -replicó Smith-. Nosotros no sentimos compasión. Pena es una palabra más exacta.

-Evítenos también eso -dijo Gene Ling.

Carrington se resistía a que la ira o la impaciencia perturbasen sus razonamientos. Quería demostrarle a Smith que podía razonar desapasionadamente, y dijo con calma y firmeza:

-Usted, Smith, nos pide que confesemos nuestra locura, y pide mucho. Usted ha indicado, muy correctamente en mi opinión, que éramos ególatras y anticientíficos. Creíamos que la naturaleza limitaba al hombre a un oscuro planeta del borde de la Galaxia. Y yo le digo: es igualmente anticientífico pretender que entre todas las razas humanas de todos los planetas sólo los habitantes de la Tierra son mentalmente enfermos, sentimentalmente inestables, sí, dementes, aunque esta ha sido la única palabra que usted ha tenido la amabilidad de no emplear.

-Carrington, es inútil -dijo Briggs acremente-. Smith lee el pensamiento.

-Lo que no cambia mis razones -le dijo Carrington a Smith-. Usted menciona nuestras guerras, nuestras matanzas en gran escala, nuestras armas atómicas, nuestra crónica de asesinatos y destrucciones. Pero esos son los errores particulares y despilfarradores de nuestra evolución.

-Son peculiares de su evolución -dijo Smith de mala gana-. Me desagrada repetir que ninguna otra raza humana en todo el universo tiene como principal ocupación el homicidio. Sin embargo, así es. Sólo en la Tierra...

-Pero no todos somos asesinos -protestó Frances Rhodes-. Yo practico la medicina. Si usted conoce tan bien la Tierra, conocerá la historia de la medicina...

-Practica la medicina y lleva un arma de fuego -dijo Smith encogiéndose de hombros.

-Para protegerme únicamente.

-¿Para protegerse? ¿Contra quién, señorita Rhodes?

-Nosotros no sabíamos...

-Lo siento -suspiró Smith-, lo siento.

-Ya dije que era inútil -intervino Briggs-. Lee el pensamiento. Lo sabe. ¡Que Dios nos ayude, lo sabe!

-Sí, lo sé -convino Smith.

-Entonces, debe usted saber que nosotros no somos asesinos -insistió Carrington, con la voz todavía tranquila-. Somos hombres de ciencia. Somos personas civilizadas. Dice usted que somos supersticiosos, mentirosos, aficionados a lo monstruoso y lo obsceno. Habla usted de quinientos millones de seres terrestres que profesan el cristianismo, pero que no lo practican. Habla de los millones de personas que hemos matado en nombre de la libertad, de la fraternidad y de Dios. Habla de nuestra codicia, nuestra mezquindad, del modo como hemos pervertido el amor, el sexo y la belleza. ¿No comprende que somos seres conscientes, que los mejores y más valientes de nosotros han luchado contra eso durante siglos?

-Lo comprendo -contestó Smith.

-Lee el pensamiento -repitió Briggs tercamente.

-Somos hombres de ciencia -continuó Carrington-. Construimos la nave estelar que nos trajo aquí. Hemos vivido encerrados cinco años interminables, para conquistar las fronteras del espacio. Y ahora, cuando descubrimos un universo de hombres, de hombres extraordinariamente capaces y admirables, usted nos dice que esto no es para nosotros, que debemos vivir y morir en nuestra propia motita de polvo.

-Sí, me temo que sea así.

-Todo menos compasión -dijo Laura Shawn.

Smith se puso de pie, abrió la túnica, dejó que se le deslizara del cuerpo al suelo, y quedó desnudo ante ellos. Las mujeres, instintivamente, apartaron los ojos. Los hombres mostraron una incredulidad escandalizada. Smith recogió la túnica y se la puso.

-Ya ven ustedes -dijo.

Los cinco terrestres se quedaron mirándolo, comprendiendo quizá por primera vez.

-En todo el universo -dijo Smith- sólo hay una raza de hombres que se avergüence de su propio cuerpo, y lo desprecie. Todos los demás andan desnudos, con orgullo y sin avergonzarse. Sólo la Tierra ha hecho de la imagen del hombre una maldición y una ignominia. ¿Qué más puedo decir?

-¿Se proponen ustedes destruirnos? -preguntó Briggs.

Smith le miró tristemente.

-Nosotros no destruimos, Briggs, no matamos.

-¿Entonces?

-Ustedes tienen una cosa que nosotros no tenemos -dijo Smith lenta y amablemente-. Nosotros no la necesitamos, pero ustedes han tenido que inventarla, pues de otro modo la enfermedad hubiera acabado con ustedes.

-La conciencia -murmuró Gene Ling.

-Sí, la conciencia. Ella los ayudará. Vuelvan a la nave del espacio y regresen a la Tierra. Y luego decidan olvidar. Cuando lo hayan decidido, nosotros los ayudaremos.

-Si decidimos olvidar -dijo Briggs.

-Si deciden olvidar -convino Smith.

-Denos alguna esperanza -suplicó Laura Shawn-. No nos despida así, por favor. Somos los primeros viajeros...

-No son los primeros -replicó Smith, con una tristeza insoportable en la voz-. Han venido otros de la Tierra, pero se destruyeron mutuamente, destruyendo también lo que habían aprendido. No son ustedes los primeros, ni serán los últimos.

-¿Podemos esperar? -preguntó Laura Shawn.

-Todos los hombres esperan -dijo Smith-. Más que eso..., no sé.

9

La nave del espacio circundó el hermoso planeta, y los siete tripulantes se reunieron en la sala de oficiales. Gluckman y Phillips habían sido informados, y ahora todos discutían interminablemente el asunto. Sólo Briggs callaba, hasta que al fin preguntó:

-¿Por qué no podemos recordar que Smith lee el pensamiento? Smith sabía.

-Yo soy egoísta -murmuró Laura Shawn entre lágrimas-. Es más fácil renunciar a un futuro mejor para la humanidad que a mis propios recuerdos.

-¿Recuerdos de tres días de infancia? -dijo Briggs agriamente-. ¡Que se vaya al diablo! ¡Que se vaya al diablo esa maldita utopía! ¡Que se vayan al diablo las estrellas! ¡Crearemos una atmósfera en Marte y le sacaremos el gas tóxico a Venus! ¡Que se vayan al diablo Smith y sus jardines! ¡Tenemos mucho que hacer! ¡En rumbo hediondo hacia la Tierra, McCaffery, y los demás a la cama! ¡Mañana será otro día!

Briggs, más que cualquiera de los otros, sabía cuánta razón tenía Smith, y durante horas humedeció la almohada con sus lágrimas antes de dormirse. Por la mañana se sintió mejor. La nave del espacio ya había recorrido cien millones de kilómetros, en dirección a la Tierra, y Briggs se sentía más animado.

Como los otros, sólo recordaba un desierto de soles ardientes, y ningún otro planeta, en toda la Galaxia, que los del Sistema Solar. Como los otros, sabía que regresaba a un lugar raro y de una inestimable singularidad: la Tierra, única morada del hombre.